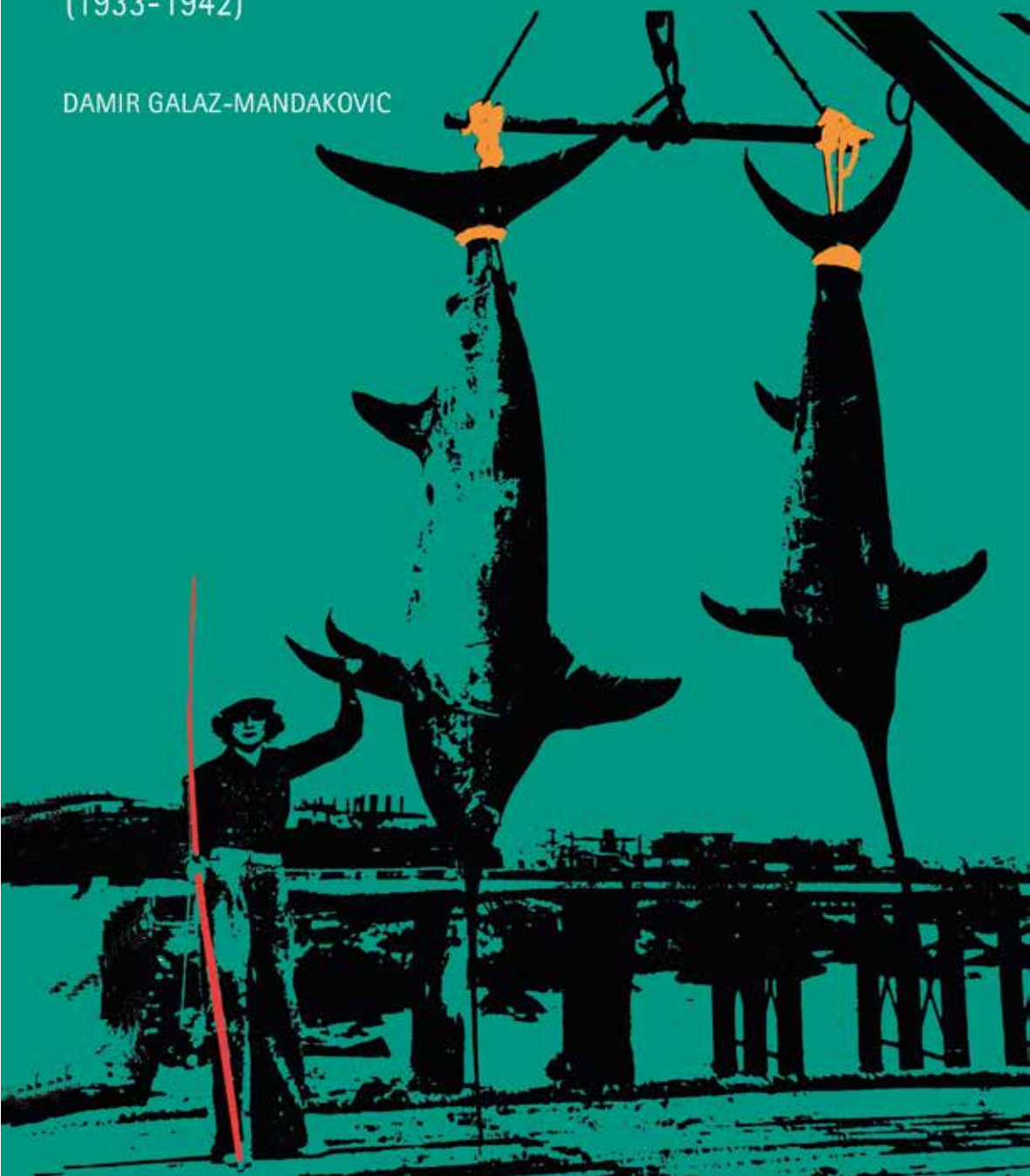


"Tocopilla es un paraíso para los pescadores"

Espectáculo, fama y archivo de la caza deportiva de la albacora
(1933-1942)

DAMIR GALAZ-MANDAKOVIC



“TOCOPILLA ES UN PARAÍSO PARA LOS PESCADORES”

ESPECTÁCULO, FAMA Y ARCHIVO DE LA CAZA DEPORTIVA DE LA ALBACORA (1933-1942)

Colección Cultura y Naturaleza

Volumen IV

©Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Colección Cultura y Naturaleza
“Tocopilla es un paraíso para los pescadores”
Espectáculo, fama y archivo de la caza deportiva de la albacora (1933-1942)

Inscripción N° 2021-A-8301
ISBN 978-956-244-524-5

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretario del Patrimonio Cultural
Emilio De la Cerda Errázuriz

Director Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Carlos Mailet Aránguiz

Subdirectora de Investigación y Directora Responsable
Susana Herrera Rodríguez

Autor
Damir Galaz-Mandakovic Fernández

Imagen portada
Sara Chisie Farrington con dos ejemplares de albacora, Tocopilla, 1941
(Gentileza de International Game Fish Association, Dania Beach, Florida).

Diseño de portada y diagramación
Leticia Martínez Vergara

Correctora de pruebas
Pilar de Aguirre Cox

Ediciones de la Subdirección de Investigación
Av. Libertador Bernardo O'Higgins n° 651
Teléfono: 56-223605278
www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl
Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
2021

“TOCOPILLA ES UN PARAÍSO PARA LOS PESCADORES”

ESPECTÁCULO, FAMA Y ARCHIVO DE LA CAZA DEPORTIVA DE LA
ALBACORA (1933-1942)

DAMIR GALAZ-MANDAKOVIC FERNÁNDEZ



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

9

INTRODUCCIÓN

El paraíso de los pescadores

13

TOCOPILLA, ELECTRICIDAD Y SALITRE: LA TIERRA DE LOS GUGGENHEIM (1933-1942)

19

LOS PESCADORES ARTESANALES Y LA CAZA DE LA ALBACORA

31

Pescadores, mineros, albacoras y dinamitas

LA PESCA DEPORTIVA EN LA DÉCADA DE 1930

45

Cabar y capturar

LOS PESCADORES DEPORTIVOS

55

Williams Tuler: la inauguración tocopillana (1933)

Entre el salitre y la pesca deportiva: George Garey (1934)

Harlan Major, los aparejos y los siete hombres (1935)

Albert S. Woodruff y el pez que no pescó (1937)

Michael Lerner y la visita de American Museum of Natural History de
New York (1940)

Kip Farrington: el pescador escritor (1941)

Otros pescadores e invitados

LA PESCA FEMENINA

105

Sara Houston Chisholm y el récord femenino (1939)

Mrs. Edward Lowe y la marca que cedió (1940)
Georgia Mc Coy: un mes de pesca y un récord (1940)
Rose Saul Montgomery: récord con un marlín rayado (1941)

LOGÍSTICA Y VÍNCULOS

119

Agencia Grace Line

Capturar y regalar: albacoreros y comunidad

Farrington y Lerner premiados por sus hazañas (1942)

Reconocimiento a W.E.S. Tucker (1949)

CONCLUSIONES

141

AGRADECIMIENTOS

155

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

157

PRESENTACIÓN

Este libro es el cuarto volumen de la Colección Cultura y Naturaleza que ha editado la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. En los primeros tres libros se estudiaron las particulares vinculaciones establecidas entre ciertos grupos humanos y mamíferos marinos, tales como ballenas, lobos marinos y nutrias respectivamente. En esta oportunidad, se trata de la albacora, un formidable pez que puede alcanzar una longitud de más de cuatro metros y pesar más de 500 kilos, especie que se constituye como uno de los protagonistas del libro. Los otros son, sin duda, los pescadores, hombres y mujeres, que llegan a Tocopilla de distintos países, principalmente Estados Unidos, en busca de la preciada presa y la gloria.

La albacora o pez espada, *Xiphias gladius*, es una especie pelágica, altamente migratoria, de distribución oceánica y cosmopolita. En Chile se la puede encontrar entre las regiones de Arica y Parinacota por el norte y la de Los Lagos por el sur, dentro y fuera de la zona económica exclusiva. Es la única especie conocida de la familia Xiphiidae, pero comparte el suborden Xiphiodei (especies conocidas en inglés como billfish) con una serie de peces de la familia Istiophoridae, entre los que se encuentran los peces vela (*Istiophorus*) y los marlines (*Makaira* y *Tetrapturus*). Estas especies, altamente depredadoras, usan su apéndice en forma de lanza para cortar y aturdir a sus presas.

Los peces espada, vela y los marlines han sido actores principales en la denominada pesca deportiva en distintas regiones del mundo. Se ha dicho que la primera captura de pez espada con caña y carrete fue en 1913 y la hizo un pescador llamado William Boschen, en las costas de Catalina, en California (Ellis, 2013: 92), pero la actividad experimentó un verdadero auge en la década de 1930 cuando conocidos escritores y pescadores comenzaron a contar sus aventuras, como Zane Grey, que pescaba marlín negro, rayado y azul en el Pacífico, y Ernest Hemingway, que en los cayos de Florida, Bahamas y Cuba pescaba marlin azul del Atlántico y marlin blanco.

El viejo y el mar, la famosa novela de Hemingway, tiene como protagonista a un anciano pescador cubano que tras meses sin tener éxito busca romper su racha de mala suerte, se lanza al mar y logra enganchar un marlin

y lo que se relata en el libro es la tremenda lucha entre el hombre, el pez y los elementos de la naturaleza.

Ernest Hemmingway era un escritor que pescaba, "pero Zane Grey era un pescador que escribía, y lo hacía de manera magnífica" (Ellis, 2013: 93). Zane Grey escribe en 1919: "Durante tres veranos en aguas de Catalina había intentado persistentemente capturar mi primer pez espada de pico ancho; pero eran tan grandes las oportunidades en mi contra que lo intentaba realmente sin esperanzas. Era el orgullo del pescador. La imaginación, más que la esperanza, era lo que me impulsaba. Tenía una apreciación notablemente aguda de las derrotas reservadas para cualquier hombre que aspirara a experimentar esa maravilla del mar: *Xiphias gladius*, el espadachín de pico ancho" (Ellis, 2013: 93-95).

En 1940 se reconoce que Tocopilla, en el norte de Chile, "es el mejor lugar en el mundo para pescar los grandes peces espada" (Ellis 2013: 98). Este libro documenta la pesca deportiva de la albacora en la zona y lo hace de manera notable, recogiendo en forma generosa una manera particular de relacionarse de ciertos hombres y mujeres con estos enormes y fantásticos peces, formas que generan una serie de narrativas de éxitos y fracasos, representados por el establecimiento de algunos records y un poco de fama.

Aunque el libro es sobre la pesca deportiva de la albacora no podemos dejar de mencionar su pesca comercial, que es hoy una actividad regulada en Chile, con acceso restringido a nuevos operadores, con una talla mínima de captura de 1,06 m. y artes y aparejos autorizados puede ser desarrollada tanto por la pesca artesanal como por la industrial.

Un informe elaborado en 1997 por la National Marine Fisheries Service del United States Department of Commerce elabora un diagnóstico muy acabado de la pesca comercial de la albacora en Chile de cuya introducción me permito extraer algunos párrafos y frases:

"Chile continúa llevando a cabo la pesquería de pez espada más importante de América Latina, a pesar de los retrocesos significativos desde que la captura alcanzó su punto máximo en 1991 [...]. Los pescadores artesanales a pequeña escala habían capturado cantidades limitadas de albacoras con arpones durante siglos, ya que existe evidencia arqueológica de que los pueblos indígenas precolombinos lo hicieron. Los pescadores artesanales de la costa

norte expandieron el uso de un pequeño arpón durante las décadas de 1930 y 1940, respondiendo a la creciente demanda en los Estados Unidos [...]. Las capturas alcanzaron las 2.100 toneladas en 1946, disminuyendo gradualmente a medida que la producción interna de los Estados Unidos aumentó y redujo la necesidad de importaciones [...]. La pesquería alcanzó niveles extremadamente bajos en la década de 1970, cuyas razones [...] parece deberse a una reducción del esfuerzo, más que a una disminución de los stocks de pez espada [...]. La pesquería de pez espada en Chile cambió notablemente en la década de 1980 a medida que se desarrollaron métodos más eficientes y se expandió la demanda extranjera. Los exportadores comenzaron a ingresar a los mercados extranjeros que buscaban pescado fresco de alta calidad. Los experimentos con artes y equipos más productivos comenzaron en 1982 [...]. La pesquería artesanal con orientación comercial se desarrolló así como una pesquería orientada a la exportación, que suministra pescado fresco, principalmente al lucrativo mercado estadounidense. El cambio de arpones de bajo rendimiento que requieren mucha mano de obra a redes de enmalle más eficientes permitió a los pescadores alargar la temporada, apuntar a nuevos caladeros y aumentar significativamente el poder de pesca [...]. Los pescadores comerciales comenzaron a ingresar a la pesquería a fines de la década de 1980, comprando embarcaciones más grandes y modernas y usando palangres” (Weidner & Serrano 1997: 429).

En la actualidad, son pocas las embarcaciones que capturan pez espada con palangre en Chile, un arte de pesca que consiste en extender en el mar una larga línea de la cual penden hasta más de un millar de anzuelos. El resto de la flota albacorera, compuesta por más de 200 barcos que miden entre 7 y 18 metros, utilizan redes para pescar el pez espada. También hay que subrayar la persistencia de la pesca de albacora con arpón, conocida como “pesca al palo”, en diversas caletas del norte de Chile, tales como Tal Tal y Caldera.

¿Qué pasa con la pesca deportiva de la albacora en nuestro país ahora? Como lo indica el propio informe del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, recogiendo un testimonio del Director del SERNAP en 1996,

“En la actualidad, no existe en Chile una pesquería recreativa de pez espada y otros peces parecidos. Los pescadores recreativos han reportado en el pasado capturas espectaculares en Chile. Creo que puede existir

la posibilidad de desarrollar una pesquería recreativa dirigida a estos maravillosos peces y otras especies" (Weidner & Serrano 1997: vii).

Kip Farrington, ilustre pescador, cuyas hazañas son reseñadas en este libro, escribe en 1942 "Bill, the Broadbill Swordfish", donde relata las aventuras de Bill, un joven pez espada, nacido en el Mediterráneo, "que rehusa comer cualquier cosa que pudiera contener un anzuelo con cebo". Bill viaja por el mundo con sus padres hasta que "su madre es asesinada por un tiburón mako y su padre capturado por un pescador de Montauk". Más tarde, "conoce a Albacora, el amor de su vida, en Tocopilla, Chile". Pesa 1300 libras y aún es "demasiado listo como para atrapar un anzuelo con cebo", de modo que él y Albacora viven "felices para siempre". Como dice Farrington, "Bill no le teme a los pescadores. Todos los tiburones le tienen miedo, debido a su enorme tamaño y larga y peligrosa espada" (Ellis 2013: 121).

Quisiera terminar señalando que el "record mundial" en la pesca de la albacora fue establecido el 7 de mayo de 1953 en la costa de Iquique, por el pescador estadounidense Louis Marron, en el yate Flying Heart III, capitaneado por Edward Wall, con un espécimen que pesó 1182 libras (536 kg) y midió 179¼ pulgadas (4,55 m).

Los invito a disfrutar este novedoso libro, que resalta la importancia de Tocopilla para el desarrollo de la pesca deportiva de la albacora.

Daniel Quiroz

Linderos, 31 de julio de 2021

INTRODUCCIÓN

El paraíso de los pescadores

“Tocopilla es un paraíso para los pescadores”. Ese fue el comentario y el calificativo que le dio a Tocopilla la famosa ictióloga estadounidense Francesca La Monte en 1940, quien fue curadora asistente en el American Museum of Natural History de Nueva York entre 1920 y 1962. Además, fue una de las pioneras en la investigación marina, razón que la llevó a publicar varios libros y artículos en revistas especializadas. La frase “Tocopilla es un paraíso para los pescadores” se reprodujo en una infinidad de diarios del mundo y en diversos boletines especializados en pesca deportiva.

El celeberrimo pescador deportivo Michael Lerner, también estadounidense y acompañante de la ictióloga La Monte en 1940, llegó a Tocopilla para estudiar los peces, que se caracterizaban por su tamaño y que eran los trofeos que todos los buenos pescadores deportivos ansiaban. Durante la visita, Lerner envió desde Tocopilla un mensaje al diario *Tampa Bay Times* de Florida, que simplemente decía: “*The waters of Tocopilla are a fisherman’s paradise!*” (*Tampa Bay Times*, 19 de mayo de 1940). De ese modo, se construyó la identidad internacional del puerto salitrero: gracias a la generosidad de sus aguas, que brindaban numerosos ejemplares de albacoras de gran tamaño.

El pez espada (*Xiphias gladius*), popularmente conocido en territorio chileno como albacora, despertó un singular interés entre famosos y experimentados pescadores. W. E. S. Tucker, gerente de la compañía salitrera situada en Tocopilla, inauguró la pesca deportiva en aguas saladas en Chile en 1933, especialmente con la caza del pez espada, también nombrado como espadón.

Sobre los pescados en Tocopilla, Francesca La Monte comentó: “Los peces son demasiado grandes para llevarlos a los laboratorios del Museo, por lo que nuestros registros dependen de la precisión de un examen cuidadoso de la escena de captura y de nuestras fotografías” (La Monte, 1940: 278). Asimismo, señaló que la ciudad nortina era parte de una costa de extraños contrastes, donde las arenas desérticas, estériles de vegetación, contenían

una increíble y rica reserva de minerales, "donde las aguas turbulentas, que golpean la costa más seca del mundo, ocultan el paraíso de los pescadores" (1940: 277).

Precisamente, fue el pez espada, la popular albacora de las costas nortinas, el que dio fama internacional al puerto salitrero. A Tocopilla llegaron varios pescadores tras aquellas conquistas marinas. Y fue allí donde "el pez espada, por alguna razón que no pretendo saber, eligió entre los vastos siete mares un área a veinte millas de Tocopilla para sus mejores zonas de alimentación", comentaba el célebre periodista estadounidense Elliot Paul en 1945, quien agregaba: "A menos de cien millas tierra adentro de Tocopilla, el capricho infinito de la Madre Naturaleza ha colocado el depósito de mineral de nitrato más grande del mundo" (Paul, 1945: 177). Con ello quiso decir que Tocopilla no solo era un paraíso para los pescadores, sino también para los mineros.

De ese modo, el desierto y el mar atacameño se asimilaban por las riquezas que contenían. Las albacoras eran tan preciadas como el salitre, que los mismos estadounidenses exteriorizaban por Tocopilla. El salitre tocopillano era "un fermentador para reponer la tierra con frutas, granos, vegetales y cereales" (Paul, 1945: 177).

La albacora animó en los pescadores deportivos verdaderas devociones y extensos peregrinajes, incluyendo el estudio y el análisis ambiental. Pero también despertó un fuerte desarrollo de la intuición y estimuló duras batallas para capturarlas con lienzas y cañas. Pero no solo cazaban el pez espada, sino también marlines y algunos atunes. Tras ellos, lejanos pescadores atravesaron los hemisferios con avidez de aprehender un ejemplar, subirlo a una lancha, desembarcarlo, pesarlo, fotografiarlo y obtener fama y distinción. Era una relación extraña, porque era un pez admirado por su belleza, bravura y velocidad, pero, a la vez, aquella admiración aumentaba al verlo capturado. "Ninguna palabra que yo pudiese emitir podría hacer justicia al pez espada-albacora como el más grande pez deportivo de todos los peces, ni podría describir su singularidad, y mucho menos podría yo describir el pulcro arte de capturarlo" (Farrington, 1942: 4). Así, elocuentemente, el ilustre pescador internacional Kip Farrington describía al pez que organizaba sus vigiliyas y gobernaba

sus mundos oníricos. Un pez amado, con una velocidad que constituía también espectáculo, asimismo era amado para capturarlo. A mayor peso del pescado, medido en libras, mayor el cúmulo de riesgos y emociones vividas al capturarla. Al fin y al cabo, la albacora era una “reina” y “soberana”, a los menos por su tamaño y fuerza, como la describió el escritor nortino Salvador Reyes: “La pesca de la albacora atrae cada año a muchos fanáticos del mundo entero, especialmente de los Estados Unidos. Los campeonatos pesqueros de Tocopilla han alcanzado reputación internacional” (1960: 213).

El objetivo de este libro es describir y caracterizar una singular escena histórica vivida entre 1933 y 1942 en la costa del desierto de Atacama, en el puerto de Tocopilla, cuando la caza deportiva de la albacora movilizó el interés de extranjeros que, allegados en el marco del extractivismo del salitre del sistema Guggenheim, hallaron en el mar un espacio para entablar una particular relación con la naturaleza, en que la caza de grandes peces conllevaba fama y distinción. Por ello, en dicho periodo se lograron importantes hazañas deportivas que llenaron páginas de diarios y distintos reportes de los círculos especializados en este tipo de cinegética. Hombres y mujeres, junto a sus compañeros maritales y amigos, rompieron récords mundiales y fueron parte de una actividad conocida por sus riesgos, expectativas y triunfos, pero también por sus fracasos y frustraciones.

Este trabajo se basó en distintas fuentes primarias, gran parte de ellas correspondientes a archivos estadounidenses, especialmente diarios, periódicos, semanarios y magazines que difundieron las proezas logradas en Tocopilla, situación informativa que contrasta con los archivos de los diarios chilenos, para los cuales esta actividad era de poco interés, por lo que generalmente no tuvo cobertura. En contraste, gran parte de la prensa internacional elogiaba aquella porción costera: “No hay en el resto del mundo un mar tan abundante en especies tan ricas”¹, dijo el senador Exequiel González Madariaga en 1958.

¹ Senado de Chile, Sesión 21ª, 7 de enero de 1958, p. 857.

Igualmente, los datos obtenidos de los reportes de prensa se cruzaron con archivos documentales locales y nacionales. Así, la construcción historiográfica que se emprendió da muestras de un transnacionalismo metodológico, es decir, se trata de una historia local vista desde afuera de los márgenes nacionales, con una lengua distinta²; no obstante, lo anterior debe entenderse desde la conformación de interacciones sociales en un contexto determinado entre diversos actores en un medio ecológico especial. Tocopilla fue, en los hechos, una ciudad internacionalizada. Y fue, a su vez, el escenario de una historia internacional localizada en un territorio desértico costero.

Sin embargo, estamos conscientes de que hablaremos de registros y de marcas que dejaron actores de paso, es decir, exógenos. Pero la nacionalidad es un dato irrelevante. Nos interesa conocer y caracterizar esos espacios relacionales entre naturaleza y cultura. Entre humanos y especies marinas, los modos de pensar, los imaginarios, las organizaciones, las logísticas, las marcas destacadas y las interrelaciones con la población local. Así también, consideramos que existió la posibilidad de que pescadores artesanales, quizás en la misma época, hayan cazado especies que probablemente superaron los volúmenes o récords destacados en el orbe. La diferencia era que los pescadores artesanales no estaban interesados en pesar la captura ni exhibirla colgada en una grúa de muelle. Además, ambos grupos se diferenciaban notoriamente por sus condiciones técnicas: el pescador "artesanal", el pescador local, cazaba albacoras con un arpón; el pescador deportivo, en cambio, las cazaba con caña y lienza. No queremos decir que el pescador artesanal atrapaba pescados solo para sobrevivir. Es muy posible que haya encontrado en su trabajo un espacio de disfrute, de experticia, de distinción, de goce y/o de prestigio. No todo lo que hacen el hombre y la mujer arriba de una lancha debe remitir automáticamente a la supervivencia, pues montar una lancha es también el dispositivo

² Gran parte de las fuentes hemerográficas que se citan y que corresponden a diarios y magazines estadounidenses fueron traducidos cuidadosamente por el autor y algunos colaboradores, entre ellos el traductor e interprete inglés – español Steve Villacorta Rojas.

que da lugar a una multiplicidad de vivencias, las que no necesariamente dejaron rastro.

De esa manera, remitiéndonos a la pesca deportiva, hablaremos de aquellos hombres y mujeres que dejaron huella. Pero antes nos referiremos a la propia ciudad, a sus circunstancias económicas y sociales, y también mencionaremos someramente la escena en que se desenvolvían aquellos pescadores tocopillanos.

TOCOPILLA, ELECTRICIDAD Y SALITRE: LA TIERRA DE LOS GUGGENHEIM (1933-1942)

“No vengáis entonces a pescar a Tocopilla porque el pez espada
conocerá vuestros despojos”.

PABLO NERUDA, *Canto General*

Tocopilla surgió como campamento minero en 1842 por efecto de las actividades iniciadas por la empresa cuprífera *Sociedad Mineralógica de Tocopilla*, empresa formada en Valparaíso y liderada en terreno por el minero Zenón Urbistondo. Además de organizar las primeras fundiciones para procesar el cobre extraído en los cerros costeros, fundó los primeros campamentos para los trabajadores.

Fue entonces cuando, bajo el flamear de la bandera boliviana, en septiembre de 1843 el migrante francés Dominique Latrille llegó a Tocopilla por encargo de la Prefectura de Cobija para realizar algunas mensuras de los terrenos y así racionalizar la ocupación del espacio y el incipiente proceso de urbanización. Cabe señalar que Latrille, además de prestar algunos servicios cartográficos al Estado boliviano, era un exportador de guano, el cual obtenía en la zona de Mejillones.

Por las mensuras realizadas por Latrille el 28 de septiembre de 1843, entregadas en Cobija al día siguiente, el 29 de septiembre se considera como la fecha de una acción fundacional en el marco de la oficialización y metrifización del territorio costero.

Luego, en 1848, Tocopilla fue reconocida por el Estado de Bolivia con la categoría de cantón, como aduanilla en 1866 y como puerto menor en 1871 (Galaz-Mandakovic y Owen, 2015: 100).

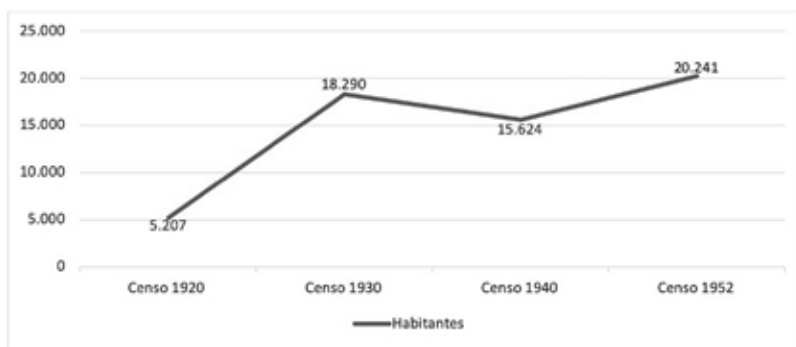
El 22 de marzo de 1879, Tocopilla fue ocupada por las tropas chilenas y fue incorporada de modo forzoso al territorio chileno por efecto de la Guerra del Pacífico. Después de la beligerancia, la población boliviana fue expulsada. Desde entonces, fueron los capitales ingleses y alemanes los que organizaron la explotación de los extensos calichales

en la zona interior al puerto, zona denominada cantón salitrero de El Toco³.

Los capitales extranjeros implementaron grandes oficinas salitreras⁴, construyeron un ferrocarril (1890) que atravesaba una vertical cordillera costera e implementaron un puerto en Tocopilla. Todos estos procesos estimularon migraciones nacionales e internacionales que hicieron de Tocopilla una comunidad cosmopolita desde finales del siglo XIX (Gráfico 1).

Asimismo, las actividades de explotación salitrera y cuprífera, generaron que Tocopilla fuese un puerto que atestiguó un importante flujo naviero nacional e internacional. Las principales empresas salitreras eran la del alemán Henry Sloman y la inglesa *Anglo Chilean Nitrate & Railway*. En las cupríferas destacaba *Tocopilla Copper Mining and Smelting Works*, *Phoenix Mining Company* y la empresa Sociedad Beneficiadora de Metales, esta última también era de Henry Sloman.

GRÁFICO 1. POBLACIÓN DE TOCOPILLA ENTRE 1920 Y 1952.



Fuente: Elaboración propia a partir de censos de 1920 y 1952.

³ Un cantón es, en el marco de la cartografía económica y social, un grupo de minas salitreras que contienen los lugares de extracción, una planta de lixiviación y tratamiento de caliches, además de los campamentos para los trabajadores y familias, más un pueblo de servicios y la vinculación con algún puerto a través de un ferrocarril.

⁴ Las principales oficinas salitreras fueron Virginia, San Andrés, Eufemia, Porvenir, Puntilla (Iberia), Emilia, Grutas, Diana, Rica Aventura, Buena Esperanza, Casualidad, Peregrina, Santa Ana, Candelaria, Bellavista, Santa Isabel y Empresa, entre otras.

Agnes Rothery describía el puerto de Tocopilla como una ciudad de

techos bajos y carreteras rectas y los nombres de yugoeslavos, y su pequeña isla de guano irregular como un gran trozo de caramelo de roca (...)

Es un puerto de cobre y de salitre, y la central eléctrica, ubicada en su jardín regado cerca de la costa, es la más grande al sur de los Estados Unidos. Toda el agua que se usa para las calderas y la planta se condensa a partir del agua de mar, y el petróleo usado se trae de México (1930: 138).

Efectivamente, la escritora enfatiza en las dos identidades productivas que marcaron la pauta económica y sociológica desde la segunda y tercera década del siglo xx: las actividades de generación de energía eléctrica para la gran mina de cobre en Chuquicamata y las actividades concernientes a la exportación del salitre. Estas dos vocaciones productivas eran fruto de las proyecciones realizadas desde Manhattan por la familia Guggenheim, proyectos que transformaron y redefinieron el extractivismo en el desierto de Atacama.

El proyecto minero de Guggenheim Brothers en el desierto chileno tiene su antecedente técnico y corporativo en la industrialización de la mina de cobre de Chuquicamata, obra ejecutada por The Chile Exploration Company, perteneciente a Daniel Guggenheim, empresa que fue creada el 11 de enero de 1912. Para el funcionamiento de la mina de cobre previamente hubo que instalar una gran termoeléctrica en el puerto de Tocopilla, distante a 140 kilómetros del centro minero. Ambas instalaciones, la termoeléctrica y la mina, fueron inauguradas el 18 de mayo de 1915. La mina a cielo abierto (*open pit*) marcó una ruptura con el antiguo método extractivo de túneles y piques. Así, Chuquicamata devino en la mina de cobre más grande del mundo, gracias también al sistema de la electroobtención del cobre refinado.

Según el diario *El Abecé* de Antofagasta, la potencia eléctrica de Tocopilla era tal, que “cada cuarto de hora la electricidad entrega una tonelada de cobre electrolítico”. El departamento de electrólisis era, según el mismo medio, “un mundo de aplicaciones científicas de las más adelantadas” (30 de enero de 1921). En ese sentido, el desierto

del cobre "no tiene presidente, pero tiene reina: la libra esterlina. Su religión es monoteísta. Tiene un dios: el cobre, que está en todas partes y en todo lugar". En 1919 el cronista R. Valenzuela describía la escena minera como una "pequeña nación independiente", de la cual derivaron nuevas urbes con "policía propia, hospital propio, escuela propia, iglesia propia, banda de músicos propia" (1919: 408).

Aprovechando el éxito del proyecto cuprífero, que generó importantes ganancias para el consorcio estadounidense, que ya contaba con diversas instalaciones y un capital humano avanzado en términos científicos, en la década de 1920 el presidente del directorio, Daniel Guggenheim, decidió realizar un enlace y transferencia de tecnologías hacia otro tipo de minería, esta vez no metálica, la minería del salitre.

Dicho enlace consistió en un sistema técnico usado en los procesos de lixiviación por electrolisis para refinar el cobre chuquicamatino, una exitosa innovación que superó los sistemas de concentración y fundición tradicionales que se habían aplicado en el desierto de Atacama. A ese mismo sistema, pero usado para el salitre, se le llamó *Guggenheim process*, caracterizado asimismo por la mecanización de las faenas. La empresa que creó la familia estadounidense se llamó Anglo Chilean Consolidated Nitrate Corporation, de la cual germinaron dos grandes oficinas salitreras: María Elena (1926) y Pedro de Valdivia (1931).

El sistema Guggenheim implicó el dismantelamiento del anterior, el sistema Shanks. Es decir, que los ciclos mineros de los Guggenheim, además de ser un exitoso resultado tecnológico, científico y logístico, les permitieron acceder a la mina de cobre más grande del mundo en 1915 y extender el ciclo de los nitratos desde 1926. Con ello se descentró la hegemonía productiva de la zona de Tarapacá y Antofagasta, que en la época ya atravesaba una crisis y un despoblamiento productivo y poblacional. El nuevo ciclo, que significó la norteamericanización de la minería atacameña, contribuyó a la decadencia económica de los ingleses y alemanes. En los hechos, los Guggenheim aumentaron la escala de producción de salitre, el cual mejoró químicamente y derivó en un mejor fertilizante. Por tales razones, mientras la producción de salitre decayó de modo estrepitoso desde 1919 en la zona de Antofagasta e Iquique, en Tocopilla marcó la pauta económica durante todo el siglo xx (Galaz-Mandakovic, 2018, 2020a).

En el marco de este nuevo ciclo, en 1927 los capitales norteamericanos electrificaron el ferrocarril que unía al puerto con las salitreras. En ese sentido, surgió un verdadero hito técnico y singular que transformaría los procesos de traslado y embarque del salitre, y que adicionó un significativo impacto urbano en Tocopilla. De esa manera, el control de la zona no solo fue productivo, sino que la circulación de las personas también quedaba de lleno en manos de los Guggenheim. Emergieron nuevos ramales y estaciones. No obstante, este proceso de electrificación del ferrocarril salitrero despertó fuertes cuestionamientos políticos y populares hacia la usina eléctrica de The Chile Exploration Company por preferir electrificar a un tren y no a Tocopilla, ciudad completamente a oscuras. De esta manera, quedaba en evidencia la paradoja de contar con una de las termoeléctricas más potentes de Sudamérica y tener una localidad adyacente sin energía eléctrica (Galaz-Mandakovic, 2019a, 2020a). Porque apenas se instaló la termoeléctrica en 1915, los vecinos y autoridades intentaron convencer a los estadounidenses de que electrificaran la ciudad⁵, pero todo resultaba en vano⁶.

Estas empresas estadounidenses sortearon parcialmente la profunda crisis económica iniciada en 1929, que repercutió en el desierto desde 1931 y significó el cierre definitivo de salitreras y los consabidos procesos migratorios de retorno a la zona central de Chile.

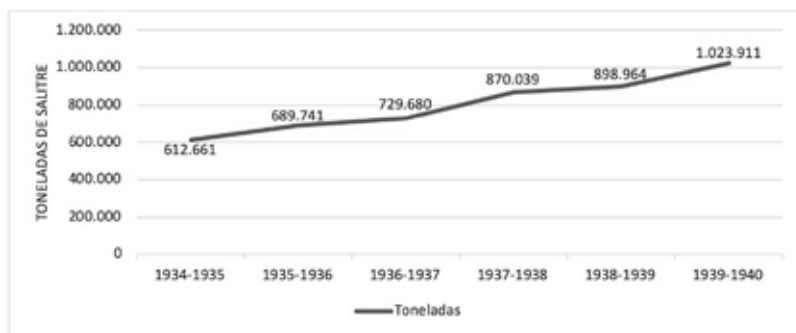
En 1929 la exportación de salitre por Tocopilla alcanzó los 885.485 quintales métricos. A saber que la capacidad inicial de María Elena fue de 260.000 toneladas de salitre, procesando materiales con 7 % de nitrato. Consecutivamente se amplió su capacidad a 500.000 toneladas anuales (Collao, 2001).

⁵ A la ciudad llegaron la electricidad y la iluminación pública recién en 1942. Es decir, 28 años después de la inauguración de la termoeléctrica. De este modo, quedaba en evidencia una densa asimetría del capitalismo minero, que no se interesó por contribuir al territorio ni con la población en la cual estaba inserta.

⁶ *La Prensa* de Tocopilla informaba en marzo de 1931 que The Chile Exploration Company había invertido dos millones y medio de dólares en la compra a la Westinghouse Electric Company de tres locomotoras eléctricas de 77 toneladas y 600 caballos de fuerza cada una para Chuquicamata. “Pues, las seis locomotoras semejantes que adquirió en 1926 no se dan abasto en el transporte del mineral de cobre desde los yacimientos hasta las fábricas metalúrgicas”. En ese escenario de electrificación, el diario sentenciaba: “la Chile Exploration Company ha llegado a ocupar prominentísimo lugar en la industria minera del mundo” (*La Prensa*, 15 de marzo de 1931).

El ferrocarril eléctrico permitió embarcar significativas cantidades de salitre por el puerto tocopillano entre 1934 y 1940 (Gráfico 2).

GRÁFICO 2. TONELADAS DE SALITRE EMBARCADAS EN EL PUERTO MEDIANTE EL SISTEMA GUGGENHEIM, TOCOPILLA, 1934-1940.



Fuente: Elaboración propia a partir del *Boletín mensual de la Sociedad Nacional de Minería (Sonami)*, diciembre de 1941.

Con base en los citados datos, podemos indicar que el embarque fue gradualmente aumentando, al punto que la producción del año salitrero 1934-1935 (612.661 toneladas) representó solo el 58,8 % de lo que se exportó en 1939-1940 (1.023.911 toneladas). Si en 1914 la producción de 137 oficinas salitreras del sistema Shanks distribuidas entre Tarapacá y Antofagasta embarcó 1.846.000 toneladas, cabe hacer notar que solo dos oficinas salitreras del sistema Guggenheim (María Elena y Pedro de Valdivia) permitieron el embarque de 1.023.911 toneladas en 1939 (Sonami, 1941: 1257-1258). Numerosos archivos fotográficos nos retratan una bahía repleta de barcos y lanchones maulinos cargados con sacos de salitre. Era el contraste total con los alicaídos puertos salitreros de Pisagua, Iquique⁷, Antofagasta y Taltal.

⁷ La última salitrera en clausurar sus trabajos en la zona de Tarapacá, en los estertores de la década de 1970, fue la oficina Victoria, la cual funcionaba con el sistema Shanks, que había sido mejorado. Por su parte, en la zona de Antofagasta la oficina Chacabuco había paralizado en 1944.

En el decir del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, Tocopilla ocupaba el tercer lugar entre los puertos chilenos en valor de exportaciones (1935-1937, 13,1 %) y el cuarto en importaciones (1935-1937, 4,5 %) (Barkmaier, 1938: 60).

En el año 1941, la Sonami señalaba que en María Elena trabajaban 600 empleados y 3.600 obreros. En Tocopilla había 40 empleados y 500 obreros en el embarque, considerando además a 320 empleados en el ferrocarril y 1.420 obreros (1941: 1258).

En ese contexto, arribaron varios ingenieros estadounidenses e ingleses, además de algunos administradores, que se sumaron a la impronta multinacional que acontecía en el puerto, donde chinos, japoneses, yugoslavos, griegos, españoles, italianos, alemanes, peruanos, bolivianos, árabes, entre otros tantos, convivieron en una costa minera que destacaría por sus singularidades productivas.

El periodista y redactor de *El Mercurio* Santiago La Rosa publicó su apreciación sobre Tocopilla en el diario *La Prensa* durante abril de 1933: “Es un simpático puertecito que se mira la cara en el ancho y azulino espejo de su mar”.

En el decir de este cronista, desde cada casa del puerto era posible ver el mar y en las noches era un “maravilloso espectáculo” cuando fondeaban numerosos barcos que venían a buscar salitre, navíos con “centenas de luces horadando la noche para desaparecer luego, silenciosamente, tragados por esas mismas sombras en el fondo de esa noche” (La Rosa, 13 de abril de 1933).

La Rosa comentó que Tocopilla estaba rodeada de pequeñas minas, donde numerosos camiones recorrían las laderas enhiestas y que pareciera que, en todo momento, despeñarían sobre modestas casas que se agarraban al empuje del plan urbano. Entre esos caminos y cerros transitaba el tren eléctrico, que serpeaba las quebradas “resoplando sus ígneos resplandores como derriban las sombras que atajan su paso (...) sobre ese eterno cerro verdoso” (La Rosa, 13 de abril de 1933).

Paradojalmente, el apogeo minero, que iba de la mano con vanguardistas inserciones tecnológicas, fue simultáneo a la pobreza, porque Tocopilla recibió desde 1931 a la población migrante que venía desde las salitreras del sistema Shanks que fueron desmanteladas. Entonces,

surgieron colapsos habitacionales, aumentó la ocupación ilegal de terrenos junto al aumento de la cifra de cesantes en la población flotante, se acrecentaron los problemas sanitarios y la delincuencia. Se implementó la llamada Olla del Pobre, que alimentaba a los miles de desplazados de las viejas salitreras que con sus familias recorrían las calles en la incertidumbre. Eran dos escenas realmente disímiles. Gran parte de aquel grupo migrante llegó a Tocopilla solamente para embarcarse y retornar a sus tierras de origen, mayoritariamente en la zona central de Chile (Galaz-Mandakovic, 2013).

El diario *La Prensa* indicó: "Es una población de más o menos 15 mil habitantes, hay entre 12 y 13 mil personas que reciben ayuda fiscal, ya sea en comida condimentada en la 'Olla', en ración en crudo o ayuda en vales canjeables por mercaderías" (*La Prensa*, 1 de enero de 1933).



Figura 1. Bahía tocopillana en 1939 donde se aprecian las naves internacionales que venían a buscar el salitre producido por los Guggenheim. (Archivo del autor).

Fue entonces que para solucionar la crisis y absorber la mano de obra de aquella población flotante, el Estado fomentó las obras públicas. Los edificios públicos que se levantaron para absorber la mano de obra fueron el edificio de la Caja del Seguro Obrero Obligatorio (1931), el Cuerpo de Bomberos (1930) y los Baños Municipales (1931). Se amplió el Paseo Sloman (1932), se construyeron las llamadas Habitaciones Baratas (1931-1932), el Estadio Municipal (1931), el edificio Consistorial (1931) y el Cementerio Municipal (1932). Se elevó el edificio de la Escuela Vocacional (1932), se implementó

el Garaje Municipal, se construyó un lazareto (1932), se instaló una gran sombrilla en el Muelle de Pasajeros (1932), se amplió la plaza y se le agregó un odeón (1934).

A finales de 1932, algunos cesantes fueron *enganchados* para trabajar en los lavaderos de oro en la zona de Coquimbo (*La Prensa*, 2 de febrero de 1933). De igual modo, se recomendaba no mecanizar las faenas de embarque del salitre: “Es recomendable la no mecanización del embarque del salitre en Tocopilla porque los obreros presionarían y agitarían sus labores para no perder los trabajos que allí se efectúan”⁸.



Figura 2. Bahía Algodonales de Tocopilla, 26 de julio de 1940. (*Minneapolis Star Journal*).

Para el Año Nuevo de 1933 *La Prensa* tituló: “Malo ha sido 1932 para el país, y por reflejo, para Tocopilla”.

⁸ Archivo Gobernación de Tocopilla, Oficio Confidencial N° 12, *A la Inspección del Trabajo de Tocopilla*, 12 diciembre de 1931.

Por una parte, desde 1933 comenzó a mejorar parcialmente la situación económica del país y de la ciudad, pero fue también en ese año cuando Tocopilla adquirió una visibilidad especial, también en el marco de una paradoja: fue noticia internacional por la caza de las albacoras por parte de pescadores deportivos. Simultáneamente, este producto era un bienpreciado en los platos tocopillanos. Por tal razón, era escaso y caro. En el marco de la crisis económica, se fijó el precio de productos alimentarios, entre ellos la albacora. Así, muchos kilos de este pescado fueron decomisados cuando no se cumplía la norma y el pescado, por la devoción gastronómica que despertaba, entraba en los umbrales de la especulación y la propia espiral inflacionaria de sus precios. A la vez, varios diarios estadounidenses gastaban tinta en describir las hazañas de los pescadores deportivos que comenzaron a deslumbrar desde aquella costa de Atacama.



Figura 3. La urbe minera en 1941. (Archivo del autor).

Al iniciar la década de 1940, la ciudad vivió un interesante desarrollo de arquitecturas públicas que entrañaron una expansión urbana. En dicho proceso tuvo inicial participación el destacado urbanista austriaco Karl

Brunner, quien visitó Tocopilla en 1929. En dicha ocasión, se inició la proyección de un plan de ensanche y un nuevo diseño urbano hacia la periferia norte. Arquitectos venideros en el segundo lustro de la década de 1930 articularon la huella de Karl Brunner y Luis Muñoz Maluschka y las proyecciones que el Estado, bajo la dirección del Frente Popular, buscaron para Tocopilla. De esa manera, se constituyó un conjunto arquitectónico exponente del Movimiento Moderno, y a los 10 años de la visita de Brunner y Muñoz, se generó un verdadero hito urbano y arquitectónico que transformó la periferia norte del puerto tocopillano y que trajo consigo nuevos modos de habitar la costa árida. Por ejemplo, se construyeron los imponentes Edificios Colectivos de la Caja del Seguro Obrero Obligatorio (1939-1941), el Hospital Marcos Macuada (1937-1940), la Escuela Superior de Hombres N° 1 y la Escuela Superior de Niñas N° 2 (1941-1943), la Iglesia Sagrado Corazón (1941), la población Bernardo O'Higgins (1945) y la población Domingo Latrille (1947) (Galaz-Mandakovic, 2020b). Todo este proceso iba de la mano con la expansión de la electrificación urbana y hogareña desde 1942.

LOS PESCADORES ARTESANALES Y LA CAZA DE LA ALBACORA

En la costa del desierto tocopillano los grandes peces eran capturados desde tiempos remotos con arpón y diversas técnicas y tecnologías. El autor boliviano Justo Moreno hizo una corta mención a ello en 1879:

El Chango habita en la orilla del mar, en cuevas o carpas levantadas con huesos de ballena, se mantiene con pescado; masca la coca i bebe aguardiente. Es pescador de oficio i la pesca de una albacora o pez espada le proporciona recursos para mucho tiempo (Moreno, 1879: 49-50).

No obstante, despuntando el siglo xx, adentrarse en el mar era todo un desafío cuando no se contaba con embarcaciones que tuvieran motor, razón por la que la caza del pez espada era poco usual, ya que los pescadores que no estaban motorizados iban caleteando o desarrollando una pesca de orilla.

En las primeras tres décadas del siglo xx, la pesca artesanal perfeccionó las materialidades de sus embarcaciones, lo que permitió controlar las infiltraciones del agua y gradualmente ir extendiendo el radio de acción de la pesca. Francesca La Monte, ictióloga del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, dijo al respecto:

Durante una estación muy larga del año, las aguas cercanas a Tocopilla están llenas de importantes cantidades de pescado, especialmente el pez espada. Pero los propietarios de los pocos pequeños botes de pesca nativos del puerto se ven obstaculizados por mares pesados y embarcaciones livianas, y en su mayor parte limitan sus actividades a las anchoas cercanas a la costa (1940: 278).

Desde la década de 1930, los pescadores deportivos, normalmente de origen inglés y/o estadounidense, distinguían dos tipos de pescadores: el pescador tradicional y el pescador comerciante.

El *pescador tradicional* no vendía directamente al público el resultado de su pesca, sino a un intermediario conocido como *rematador*. Por tal razón,

el *pescador artesanal* era considerado un actor afectado ante el precio final que obtenían los pescados en el mercado local o en la propia pampa salitrera. Una vez que el rematador adquiría los productos, los pescados eran parte de un proceso de especulación en que participaban otros mediadores, con lo cual surgía una especie de espiral inflacionario de los precios.

Por otra parte, estaba el *pescador comerciante*, quien, para evitar la especulación, intentó comercializar los resultados de su pesca. Para poder competir, mejoró las condiciones de las embarcaciones optimizando las materialidades y comenzó a perfeccionarse en nuevos métodos de pesca para ganar en tiempo y en cantidad de especies capturadas. Por sobre todo, comenzó a interesarse mucho por la motorización de las barcas.

La motorización les permitió a algunos pescadores llegar a sectores marítimos más lejanos y menos explorados. Al incorporar un mejor arpón, la caza de las albacoras comenzó a aumentar, particularmente en el primer lustro de la década de 1930. Ante el descenso del precio de la bencina a finales de 1932, algunos pescadores optaron por motorizar los botes y dejar de usar remos y velas. Fue entonces cuando, ante la inestabilidad de los precios del combustible, que comenzó a subir en abril de 1933, fue imposible desmotorizar los botes, lo cual trajo como consecuencia el aumento de los precios del pescado: "Las velas fueron vendidas o se deterioraron con el tiempo y no se podría mover a remo las pesadas lanchas", señalaron a *La Prensa* de Tocopilla algunos pescadores (21 de abril de 1933).

Kip Farrington, famoso pescador y escritor estadounidense, comentaba: "El pescador comerciante del norte de Chile emplea métodos que casi no tienen nada en común con los del pescador tradicional: para el sustento diario, solo están preocupados en comercializar su captura, mediante la utilización del arpón" (1942: 75).

En todas estas miradas, prevalece el análisis de si los pescadores aplicaban o no la racionalidad, ya que eran vistos como agentes económicos en el sentido de si eran óptimas o no dichas aplicaciones, y se evalúan en todo momento las ideas de economización y maximización de las labores. Pero las actividades en la pesca artesanal no tienen como único motivo ir tras la subsistencia, y aunque las relaciones de mercado influyen, no lo son todo. La mirada formalista se centra solo en el cálculo de los tiempos y esfuerzos invertidos

y cómo estos factores se traducen en ganancias pecuniarias. Al respecto, el antropólogo Rubio-Ardanaz señala que ese enfoque es muy reduccionista porque hace presuponer que “los agentes adoptarán siempre los cambios técnicos y las nuevas formas de cooperación en la pesca que permitan conseguir mayores rendimientos económicos” (2003: 243), es decir, que las actividades de pesca están inscritas en modos de relación heterogéneos y que surgen diversas modalidades de transferencias e intercambios, e incluso de reciprocidad y redistribución, entonces, lo “económico” también considera una serie de factores “no económicos”.

El *sportsman* estadounidense Kip Farrington señalaba que los pescadores artesanales de Tocopilla salían al mar en pequeños botes abiertos, sin cabina de visibilidad, sin mástiles o vigas. Normalmente iban tres hombres: el vigilante, el delantero y el pescador; “el segundo hombre está directamente detrás de él, frente al motor, mientras que el tercer hombre está detrás de él, en una plataforma en la popa, agarrando la caña del timón con los pies” (1942: 75).

Igualmente, los estadounidenses indicaban que los pescadores tocopillanos se abalanzaban al mar completamente descalzos. Desde la óptica del foráneo, eran personas aventuradas en botes pequeños y prácticamente sin provisiones de comida, además de que se adentraban en el mar con poca agua potable. De esa manera, sus estancias mar adentro duraban entre dos días hasta una semana, en las cuales llegaban hasta las 150 millas al norte. Muchas veces, ante la precaria logística de los botes, los pescadores dormían encima de sus pescados colocando solamente bolsas de arpillera.

Si la pesca resultaba generosa y estaban cerca de Iquique (208 kilómetros lineales hacia el norte de Tocopilla), muchos pescadores optaban por desembarcar en aquel puerto, vender los pescados, vaciar el bote y devolverse hacia Tocopilla recogiendo más pescados.

Entre los pescadores artesanales tocopillanos había también inmigrantes yugoslavos e italianos, quienes, recogiendo la memoria del mar Mediterráneo y del Adriático, adquirieron en Tocopilla algunos botes a remo y se dedicaron completamente a la pesca. Algunos de estos botes lucieron una vela de lona que nombraban como *cotuda* y con la cual se internaban en el mar “hasta perder de vista los cerros del puerto, en busca del codiciado pez espada o albacora, que arponeaban desde sus frágiles embarcaciones” (Collao, 2001: 122).

En el decir de Collao, para cazar albacoras se necesitaban tres personas que, además de requerir de un arpón, una cuerda larga, una buena cantidad de sacos y un bote liviano, necesitaban una importante cantidad de provisiones para subsistir en altamar:

Un hombre manejaba los remos, otro se ocupaba únicamente de lanzar el arpón y el tercero debía llevar listos los sacos para cualquier evento que se produjera en el momento de la operación, porque el pez al sentirse herido se vuelve contra su agresor y eran frecuentes las averías que los animales enfurecidos producían en las frágiles embarcaciones. Debían entonces taponarse el bote con sacos, lo más rápidamente posible y evitar un inminente naufragio en medio del océano (2001: 122).

El diario *The New York Time* consignaba que en Tocopilla el pez espada "o pico ancho es bastante común" y que, ante el interés deportivo que estaba despertando dicha especie, "existe una buena oportunidad para obtener una opinión basada en la experiencia de los pescadores locales, que han capturado muchos miles de estos poderosos especímenes" (5 de mayo de 1935).

Kip Farrington indicaba que los botes eran tan pobres y viejos que era sorprendente que funcionaran tanto tiempo y que operaran a tanta distancia: "Algunos de ellos salen en veleros, y (...) van a la caza de la albacora y marlín. A menudo les damos remolque a estas personas, ya que hay muy poco viento en Tocopilla" (1942:76). Cabe señalar que la albacora era el único pescado que se vendía por kilos (*La Prensa*, 21 de abril de 1933), mientras que el resto de las especies se vendía por sarta⁹.

Juan Collao afirma que fueron entonces la pericia, la serenidad, la intuición y la suerte "los factores comunes de la supervivencia" (2001: 122). Por eso, ante la difusión del motor, las ansias por capturar albacoras también fueron creciendo, porque cazar una albacora era mucho mejor que cazar

⁹ Una sarta es un conjunto de entre cuatro a seis pescados unidos por un cordel delgado. Una collera es un conjunto de sartas.

200 pescados; además, la albacora ya contaba con una fama de buen sabor, motivo por el cual su carne era más cara.

Como respuesta a la especulación con la albacora durante el primer lustro de la década de 1930, el Comisariato General de Subsistencia y Precios¹⁰, dependiente de la Gobernación Departamental, fijó su precio en \$ 1,70. En esas circunstancias, los pescadores de Tocopilla e Iquique acordaron una huelga que consistió en paralizar sus labores para estimular la escasez de pescado en ambos puertos, lo que “vendrá a agravar la situación de las clases populares, ya difícil con el elevado precio de la carne” (*La Nación*, 10 de septiembre de 1934).

Los nuevos desafíos que comportaba la caza de grandes especímenes implicaban también desembarcar las enormes albacoras en muelles sin grúas. Entonces, fueron surgiendo algunas denuncias por el uso de niños para aquellas labores. Por ejemplo, en junio de 1932 se constató que en el Muelle de Pasajeros (aún no existía el Muelle Fiscal¹¹) trabajaban numerosos niños, muchos de ellos indigentes, quienes no sobrepasaban los 10 años de edad. Ante dicha realidad ominosa, tuvo que intervenir el alcalde Juan Daniel Ruiz, quien envió una carta a Carabineros señalando lo siguiente:

Ayer en la tarde he podido imponerme de un hecho que a mi juicio es estrictamente prohibido, entre las 18 y 20 horas he visto al menos 9 muchachos metidos en el agua ayudando a las labores del desembarco de albacoras (...) con el frío que a la hora señalada reina en este tiempo en Tocopilla (junio), es fácil comprender que esos muchachos en medio de su ignorancia o de su inexperiencia, no hacen más que labrarse un puesto entre los atacados por el reumatismo y la tuberculosis. Por añadidura, el espectáculo

¹⁰ Institución estatal creada el 31 de agosto de 1932, cuyo objetivo principal era asegurar a toda la población, especialmente a los más empobrecidos, la adquisición de bienes de primera necesidad concernientes a vestuario, alimentación, calefacción, alumbrado, transporte, productos medicinales, entre otros. De esa manera, el Estado controlaba los precios para evitar la especulación, la inflación y el contrabando.

¹¹ El Muelle Fiscal se comenzó a construir en 1930, no obstante, demoró 11 años en terminarse y se empezó a usar en 1941, cuando era alcalde de Tocopilla Víctor Contreras Tapia. La terminación tuvo un costo de 200.000 pesos de la época. La demora se debió a las crisis económicas de la ciudad y de la región, y a la inoperancia de las autoridades que no supieron administrar los recursos ni gestionar otros nuevos.

es inhumano y la labor debe ser prohibida y castigada para los promotores. El municipio tratará de evitarlos por lo que Carabineros debería cooperar¹².

Como demuestra la carta del alcalde Juan Daniel Ruiz, el espectáculo era *espantoso* y precisaba, incluso, de una intervención policial. Favorecía a dichos actos la propia normalización del trabajo infantil¹³ no solo en el muelle, sino también en las pequeñas minas de cobre situadas en los altos cerros del litoral local.

Durante los primeros meses de 1929 visitó las costas del norte de Chile el alemán Hans Lübbert¹⁴, técnico en pesquería. Según el diario *La Nación*, lo más llamativo, según su parecer, fueron las modalidades de la pesca artesanal, ya que muchos de los pescadores pasaban la noche en altamar sin mayor precaución, "con el mundo reducido a una piragüita bailadora y la inmensa oscuridad en torno. Eso que para mí fue la emoción aventurera de una noche, es para los pescadores la labor y el peligro de todas las jornadas" (15 de marzo de 1929).

El técnico alemán señaló en el diario *La Nación* que los pescadores debieran ser considerados "heroicos" y que no lo sabían, pues se había quedado maravillado al:

verlos partir en sus esquifes primitivos que al menor movimiento de los tripulantes parece que se van a volcar, con una velita triangular toda remendada, y disolverse como sombras en el horizonte (...) siguiendo el rumbo de las corvinas y los congrios de las grandes profundidades. Vuelven al otro día como si tal cosa, calados de frío a entregar su pesca que será después materia de suculentas especulaciones comerciales,

¹² Archivo de la Gobernación de Tocopilla, *Copia de carta s/n enviada por el alcalde Juan Daniel Ruiz al Comandante de Carabineros*, 25 de junio de 1932.

¹³ Este grupo de la población estaba compuesto mayormente de niños indigentes que, vistos en esas circunstancias, se veían obligados a trabajar en duras faenas, lo que conllevaba casi nula su instrucción y alfabetismo.

¹⁴ Luis Schmidt señaló en 1929 que Lübbert había sido contratado por el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo para estudiar la organización y fomento de la industria pesquera en Chile. Agregó que había realizado diversas investigaciones y que desempeñaba el alto cargo de director de Pesquería de Hamburgo, que también era presidente honorario de la Unión de Pesquería de Hamburgo, miembro de la Comisión Alemana de Investigaciones Marítimas y del Consejo Internacional permanente para la explotación del mar.

mientras ellos marchan hacia sus viviendas con unas pocas chauchas en el bolsillo (15 de marzo de 1929).

El diario *La Nación* consigna que los pescadores artesanales eran una clase empobrecida en todo el país y que, de todas las clases pobres, era la que vivía peor. Eran trabajadores por cuenta propia, razón por la cual no figuraban en las clasificaciones del trabajo como asalariados y eran excluidos de los beneficios de las leyes de previsión social. En conclusión, Hans Lübbert llamaba a observar el mar tal como se observa el desierto y sus riquezas salitreras y cupríferas, porque consideraba que el mar de Chile era una fuente natural de recursos no tan valorada. Dicha valorización debía ir de la mano con la protección a los pescadores, que eran pobres, analfabetos y en numerosos casos alcohólicos, pero contaban con cualidades activas que los hacían irremplazables.

Aún en esas circunstancias, el técnico alemán consideraba que los procedimientos náuticos eran ingeniosísimos e insuperables. Señaló que dichas técnicas eran transferencias de saberes que se habían realizado de modo familiar, en generaciones innumerables. Así lo señaló al diario *La Nación*:

Son un espléndido material humano. Son valientes, sufridos, hábiles, con una ciencia que no lograrían infundir a cualesquiera años de universidad. Con toda esta preparación, con todas estas cualidades magníficas, con el mar ubérrimo a sus pies, se mueren de hambre. Y lo que es peor: si alguna vez en el mar les toca la mala y una ola se los traga, o la albacora enfurecida les agujerea con su espada la chalupa, ahí quedan los hijos en total desamparo¹⁵.

¹⁵ Un año antes de estos comentarios, se conoció a través de los diarios de un lamentable hecho ocurrido en el puerto de Pisagua, donde un bote pescador de albacoras tripulado por Romelio Castillo, Simón Segisfredo Morales y Luis Núñez fue atravesado por un pez espada en la barreada de la proa, con lo que los pescadores quedaron tres días al garete. *La Nación* indicó que dos de ellos habían perecido por consecuencias del frío y el tercer tripulante logró resistir hasta que fue rescatado. El sobreviviente comentó que mientras estaban naufragados pidieron ayuda a la tripulación del vapor de nombre ALBA, quienes les negaron la ayuda: “Esta actitud de la tripulación del Alba ha causado justa indignación. Las autoridades reúnen los antecedentes del caso para dar cuenta a la superioridad marítima sobre este hecho inaudito del jefe y tripulantes” (7 de julio de 1928).

Sobre este la vulnerabilidad de los pesadores ante el ataque de albacoras o tiburones, hemos hallado el caso del pescador tocopillano Aníbal Beytía Geisse, residente en calle Sucre N° 1252, quien envió una carta al gobernador del Departamento para que lo autorizara a usar una carabina Winchester calibre 44, además de un revolver Smith y Wesson calibre 32:

Con el fin de dar muerte a los tiburones que con frecuencia siguen a los botes de pescadores, hecho que constituye una seria amenaza para la vida de los tripulantes en caso de volcadura, la que en ciertas oportunidades han efectuado los mismos tiburones¹⁶.

Vistos estos antecedentes, el gobernador remite la orden a Carabineros para evaluar el caso, indicándose lo siguiente:

Esta Jefatura de Carabineros se permite hacer presente a esa Gobernación después de haber comprobado la necesidad que asiste al recurrente para acceder a su petición (...) sería conveniente concederle el permiso (...) para sus viajes a alta mar¹⁷.

En esas circunstancias, el pescador tocopillano Aníbal Beytía fue autorizado por el gobernador Arturo Peralta para cargar armas y de ese modo defenderse de los ataques¹⁸.

Un caso de agresión de albacora a los botes de pescadores se notició en mayo de 1936: "El bote N° 113 de propiedad de Antonio Trobollo fué atacado por una albacora, siendo el golpe tan recio que el bote hizo agua" (*La Prensa*, 8 de mayo de 1936). Gracias a una defensa de los pescadores con la experiencia que ya tenían, lograron salvarse y pudieron llegar nadando a otro bote.

¹⁶ Archivo Gobernación de Tocopilla, Providencia N° 360, *Al Sr. Gobernador. Solicitud para autorización uso y carga de armas prohibidas*, 11 de marzo de 1932.

¹⁷ Archivo Gobernación de Tocopilla, Oficio N° 866, *A la Gobernación Departamental, sobre permiso para cargar armas prohibidas, solicitud de A. Beytía*, 19 de marzo de 1932.

¹⁸ Archivo Gobernación de Tocopilla, Decreto N° 26, 21 de marzo de 1932.

Farrington también se refirió a los riesgos que generaba la albacora: “En las aguas cristalinas fuera de la Corriente de Humboldt, es imposible poder acercarse lo suficiente al pez espada y al marlín como para lanzar su arpón, ya que los peces ven el bote e inmediatamente se vuelven salvajes” (1942: 77).

Un panorama general sobre los pescadores artesanales de Tocopilla lo brinda un documento enviado por el capitán de puerto de Tocopilla a la Dirección del Litoral y de Marina Mercante en febrero de 1941, en el cual se indica que la lista de pescadores matriculados en el puerto eran 73, de los cuales solo 18 tenían embarcación propia para sus trabajos. El marino señalaba: “El gremio de pescadores del puerto es pobre y no puede adquirir la embarcación indispensable del pescador, una embarcación cuesta \$1.500, los aperos, las redes, anzuelos y lienzas valen otros \$1.000”.

También detallaba que los dueños de las embarcaciones eran generalmente del gremio de lancheros o jornaleros de mar, que obtienen salarios bastante elevados y que los más “sobrios y económicos” de aquellos gremios podían adquirir embarcaciones, algunas con motor: “En los mares de esta región abunda el pescado, congrio, corvina, lenguado, pejerrey y en especial la albacora, que produce buenas ganancias a quienes logran pescarla”.

El tenor de dicha carta era indicar, entre otros antecedentes, que Tocopilla era un pueblo caro para vivir y que tenía una alta dependencia de los barcos que traían la mercadería, y que cuando “falla el vapor, escasea todo en Tocopilla”:

Me permito insinuar a Ud. que por intermedio de la Dirección de Pesca y Caza se solicite a la Corporación de Fomento a la Producción que facilite el dinero necesario para el gremio de pescadores de Tocopilla para que adquieran sus embarcaciones y elementos de pesca¹⁹.

¹⁹ Archivo Gobernación de Tocopilla, *Ord. N° 22, al Sr. Director del Litoral y de M.M., remitente Pedro Acevedo Valenzuela, Capitán de Puerto de Tocopilla*, 22 de febrero de 1941.

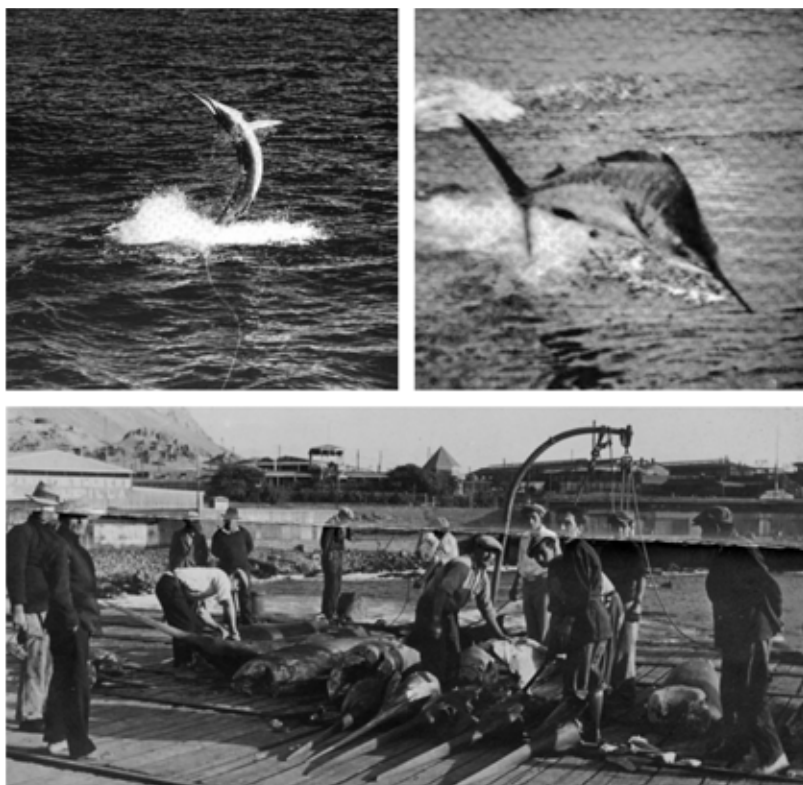


Figura 4. Pez espada y marlín saltando por sobre la superficie del mar. Abajo, pescadores artesanales con sus albacoras y marlines desembarcados. (K. Farrington y archivo familiar de Holly Petersen, New Jersey)

La petición directa tenía que ver con el propósito de dinamizar el rubro de la pesquería artesanal y así generar un movimiento económico que produciría “abundancia de pescado y bienestar del puerto y al gremio de pescadores”. Ante la sobreproducción, se indicaba que las oficinas salitreras de María Elena y Pedro de Valdivia, además del campamento de la mina de cobre de Chuquicamata, absorberían los pescados tocopillanos. La petición tenía como antecedentes las diversas ayudas que habían recibido los pescadores de Antofagasta e Iquique, menos los de Tocopilla, lo que

implicó que varios trabajadores de la pesquería se dedicaran a trabajar como jornaleros marítimos en los muelles que embarcaban salitre²⁰.

Finalmente, más allá de las consideraciones estructuralistas y formalistas que intentaron esencializar las relaciones sociales y las actividades de la extracción marítima, estableciendo puntos comunes que buscaron enlazar y sustancializar a grupos locales, los pescadores tocopillanos fueron considerados tradicionales en el marco de una actividad económica, de interrelación social, pero por sobre todo por los patrimonios tecnológicos con los que contaban y la forma como influían en su inserción y participación en el mercado.

PESCADORES, MINEROS, ALBACORAS Y DINAMITAS

Ante los procesos especulativos e inflacionarios de los precios que sufrió la carne de la albacora desde la década de 1930, varios pescadores se estimularon a motorizar sus botes, mejorar los arpones y preparar de mejor manera las logísticas que les permitieran extender la cantidad de días que podrían estar en altamar y, de ese modo, obtener mejores resultados en sus expediciones.

La especulación de los precios de los pescados era muy sentida en el territorio, donde se desarrollaba la pequeña minería del cobre, que constantemente sufría por los vaivenes de la economía nacional e internacional. Igualmente, la paralización de las faenas mineras por efecto de huelgas y diversas reclamaciones generó, durante el periodo en estudio, que surgieran numerosas ollas comunes ante la suspensión de los salarios.

Sin embargo, ser pescador y minero no era una relación excluyente, sino que fue perfectamente complementaria en ciclos pendulares. Algunos tocopillanos tenían doble militancia sindical tanto en la mina como en el puerto pesquero. Fue así como algunos practicaban un trabajo en alternancia entre los piques y los muelles.

²⁰ Archivo Gobernación de Tocopilla, *Ord. N° 22, al Sr. Director del Litoral y de M.M., remitente Pedro Acevedo Valenzuela, Capitán de Puerto de Tocopilla*, 22 de febrero de 1941.

Frente a los vaivenes de las faenas mineras, en especial en la mina La Despreciada y en Minitas, dedicarse a la pesca era una actividad frecuente de los pirquineros, que recolectaban mariscos y variadas especies de pescados, aunque la preferida seguía siendo la caza de albacoras.

No obstante, los mineros imprimirían una aciaga práctica que en los hechos era una transferencia de dispositivos. Es decir, para ahorrar tiempo y recursos, comenzaron a pescar con dinamitas. Manipular estos dispositivos los conectaba directamente con las cotidianidades en el socavón. Era lo que mejor sabían hacer.

Fue entonces como, ante la presencia de cardúmenes, en vez de aplicar un sistema de redes, les resultaba más sencillo y rápido lanzar un explosivo y luego recoger con canastos los pescados que flotaban. Los canastos llenos rápidamente se asociaron a los pirquineros, lo que generaba no solo un fuerte impacto ecológico, sino también conflictividad entre los mineros y los pescadores artesanales, que criticaban dichas operaciones.

Pero esta práctica era de vieja data. Ya en 1913 el inspector general de Bosques, Pesca y Caza, Federico Albert, denunciaba esta funesta destreza indicado que aplicar dinamita en la pesca destruía toda la microfauna y la flora que alimentaba a los peces: "Convierte las aguas pobladas de seres útiles en aguas muertas e inútiles por mucho tiempo" (1913: 48). Derechamente, este inspector exigía una ley que castigara "bajo severas penas" la pesca con explosivos, "i faculte reglamentar i hacer efectivas las épocas de vedas" (1913: 135), pues, además de causar desgracias personales, destruye "no solo los peces grandes, sino también la cría, los huevos" (1913: 69).

Sobre las "desgracias personales" que mencionó Albert fueron una constante. Podemos citar una situación acontecida en Gatico²¹ en agosto de 1929, donde un minero llamado Francisco Espinoza Muñoz, quien había bajado de la mina Toldo con el objetivo de pescar, por tales razones se situó en los roqueríos. Visto lo infructuosa de la jornada de pesca, Espinoza prefirió

²¹ Ciudad minera ubicada 52 kilómetros al sur de Tocopilla. Fue una potente fundición de cobre que operó industrialmente desde 1905 hasta 1940.

arrojar una dinamita al mar, “que fue de horrorosas consecuencias para él, pues el cartucho de dinamita explotó en sus manos, produciéndose heridas que hacen imposible que pueda vivir”. Ante dicho accidente, el diario acentuaba las “fatales consecuencias de la pesca con dinamita” (*La Prensa*, 8 de agosto de 1929).

Una forma de comprobar cuando un pez había muerto por causa de una explosión de dinamita, consistía en revisar las agallas. Normalmente, el impacto era tan fuerte que se encontraban licuadas y con un aspecto parecido al puré, lo que generaba intoxicaciones en los consumidores. La carne de la albacora quedaba mucho más esponjosa y, según los comensales, con un sabor muy diferente a cuando era cazada con un arpón.

El 23 de febrero de 1943 se informaba en algunos diarios tocopillanos sobre una masiva intoxicación en personas que consumieron pescado dinamitado. En ese escenario, Carabineros envió un oficio a la Gobernación Departamental señalando la necesidad de que el inspector sanitario ejerciera de mejor modo su labor. El documento señalaba:

El señor Inspector Sanitario que tiene a su cargo el control y venta del pescado, examine diariamente estas especies antes de su venta, el cual será asesorado por personal de Carabineros²².

Por su parte, el gobernador suplente, Pedro Oyarzún, envió una carta al alcalde Víctor Contreras Tapia señalando que le correspondía a la Municipalidad fiscalizar lo que ocurría en el muelle, según el Código Sanitario vigente en aquella época. Fue entonces cuando surgieron polémicas y confusiones en los roles de la fiscalización sobre el pescado. El médico del Departamento de Sanidad Municipal indicó que él intentaba revisar el pescado en los galpones donde se expedían los productos marinos, pero que no alcanzaba a revisarlo todo.

²² Archivo Gobernación de Tocopilla. Oficio N° 156, *Juvenal Garrido, Tte. Coronel de Carabineros en Tocopilla*, 24 de febrero de 1943.

Con el paso de los años, esta práctica no desaparecería a pesar de las variadas multas y denuncias que se cursaban. En 1943, en el IV Congreso de Pescadores de Chile, realizado en Coquimbo, se expresó el “repudio al funesto como pernicioso sistema de pesca con dinamita”, y que

este sistema de pesca, contrario, en todo al buen sentir de las directivas responsables y del verdadero pescador, como del interés público en general, recomienda a cada uno de los delegados asistentes al Congreso, ser el portavoz y ejecutor de esta necesaria aclaración y declaración de honrada fe profesional (*La Prensa*, 13 de abril de 1943).

Esta audaz modalidad de pesca dejó a varios pescadores con sus extremidades mutiladas, algunos quedaron sin manos, brazos o piernas, y varios murieron por causa de aquella precipitada e irreflexiva forma de pescar.

LA PESCA DEPORTIVA EN LA DÉCADA DE 1930

Arponear peces espada o marlines rayados (*Kajikia audax*) es una práctica de vieja data antropológica, como también lo es la captura comercial de estos seres marinos. El fenómeno de la caza de animales por parte del humano ha cruzado toda la historia. Pero cuando la caza deviene en deporte surgen otras búsquedas, otras perspectivas y otras pulsiones. Ya no se caza solo para sobrevivir, sino que se va tras el prestigio, la distinción, el desarrollo de técnicas y saberes que permitan la ostentación y el éxito social, aunque sea en grupos muy reducidos. Para muchos otros, es una forma de goce y de administración del ocio. Deviene, entonces, en modos especiales de relación social, nuevas semánticas y la especialización en círculos pequeños de practicantes. En todo este proceso, la violencia de la caza es disfrazada con otras sensaciones e imágenes de comprensión.

Normalmente, en casi todos los relatos de pescadores deportivos se encuentran narraciones grandilocuentes, microhistorias, anécdotas, hechos hilarantes, situaciones inverosímiles, pequeñas tragedias y, evidentemente, triunfos y fracasos. No obstante, junto al desarrollo del goce, también se advierten ciertas ansias de dejar alguna huella, de una simetría entre el prestigio y el tamaño de la especie cazada. Kip Farrington así lo señalaba:

En lo personal, prefiero capturar una albacora, que cinco marlines negros, diez marlines azules o plateados, veinte atunes gigantes de aleta azul, veinticinco marlines rayados o cincuenta marlines blancos. Cuanto más las veas, más tendrás ganas de capturarlas. Y permítanme repetir: no creo que ningún hombre pueda conocer realmente a la albacora hasta que la captura en Chile (1942: 33).

Fue en 1898 cuando en los Estados Unidos nació el primer club que aglutinó a los aficionados que, con caña de hierro, batallaban contra los atunes azules: The Tuna Club, de la isla de Santa Catalina es la institución más antigua. Al poco tiempo, los ingleses siguieron el ejemplo de los

estadounidenses y surgió el British Tunny Club, de Scarborough (*Caras y Caretas*, 3 de diciembre de 1938: 25). Desde entonces, la difusión de este tipo deporte en las primeras décadas del siglo xx no demoró, iniciándose los espacios de difusión y las ansias por generar ciertas cartografías de caza alrededor del orbe.

El cronista de pesca deportiva llamado Carlos Ernesto Mangudo Escalada, cronista de pesca deportiva conocido como Capitán Reel, escribió en la revista argentina *Caras y Caretas* en 1938: "Este deporte posee características tan emocionantes que el que lo practica una vez difícilmente puede olvidarlo. En un escenario salvaje, rodeado por el inmenso y bravo océano, el hombre prueba su poder de dominación librado por entero a sus solas fuerzas" (*Caras y Caretas*, 3 de diciembre de 1938: 25).

En la prueba de las fuerzas entre la "bestia salvaje" y el hombre había un halo de misterio vital: "El misterio se abre ante él, prometiéndole sensaciones fuertes, plenas, fascinadoras. Porque hay en este deporte una mezcla maravillosa de azar y de destreza que cautiva y atrae como una sirena o como una ruleta" (*Caras y Caretas*, 3 de diciembre de 1938: 25).

El Capitán Reel señalaba que cuando un pescador echaba su anzuelo al mar de inmediato intuía la clase de pez que podría capturar, "pero en lo más profundo de su ser, en lo subconsciente de su memoria, actúa la atracción de lo desconocido, de lo imprevisible que le brinda la vida, hasta cierto punto misteriosa, oculta en el océano" (*Caras y Caretas*, 3 de diciembre de 1938: 25).

En el mundo, la pesca deportiva en el mar tenía tres especies favoritas: el pez espada, el atún azul y el tiburón blanco. Todos ellos diferentes en sus fisonomías, pero, según el Capitán Reel, "todos se igualan en un punto: su poder y su fiereza para defenderse".

El diario *La Nación* de Santiago mencionaba que el Estado de Chile había comenzado a aplicar un nuevo reglamento de pesca, el cual consideraba la entrega de dos tipos de carnet. El primero era de turismo y daba derecho a pescar en los ríos. El segundo era un carnet territorial que permitía pescar en el mar y duraba un año. En ese contexto, el diario acotaba: "Por este capítulo, se están produciendo considerables entradas para el fisco, dado el interés nacional e internacional que existe por la pesca deportiva" (28 de octubre de 1934). Dos meses después, el mismo diario indicaba: "La

pesca deportiva ha creado una fuerte corriente turística internacional” (5 de diciembre de 1934).

En el caso de las aguas tocopillanas, evidentemente, el preferido era el pez espada. Una especie desafiante, con movimientos fuertes y violentos, de desplazamiento veloz y ágil. En la revista *Caras y Caretas*, se describía así: “El pez espada es el verdadero señor de los mares (...) actúa como si fuera poseedor de una inteligente táctica defensiva que en ocasiones se convierte en ofensiva peligrosa para la propia vida del pescador” (3 de diciembre de 1938: 26).

Una vez que “el verdadero señor de los mares” estaba herido por el anzuelo, “el pez espada se sumerge en las profundidades a una fantástica velocidad como si quisiera arrastrar con él al audaz que se atrevió a quitarle la libertad” (3 de diciembre de 1938: 26).

En varias ocasiones un pez espada atacaba el bote de los pescadores que lo habían enganchado con sus anzuelos, y espoloneando rígidamente llegaba a romper los cascos de las embarcaciones. Del mismo modo, una vez que el pez era enganchado con el anzuelo, comenzaba a dar saltos sobre la superficie del agua poniendo en peligro la mantención y control de la caña del pescador, quien debía resistir en la llamada *silla de combate*, un asiento empotrado en la embarcación. Desde ahí, tenía que sostener la caña y maniobrar para disminuir la tensión de la línea. Sentado, levantaba la caña y cargaba el peso del cuerpo hacia atrás, alzando a su mayor punto la caña.

En su narración, Carlos Mangulo indica que no había ninguna otra especie tan atractiva como el pez espada, deportivamente hablando; decía que era indómita, que tenía fuerza, que era salvaje y múltiple en los recursos defensivos:

Atrae a los más diestros porque su captura es difícil y requiere una técnica totalmente distinta. Siendo menos voraz que otros, el pez espada, al divisar a la carnada, se lanza sobre ella, pero no la ataca de inmediato, como el tiburón, la barracuda, el tarpón²³ o el atún. Se detiene, nada graciosamente

²³También conocido como sábalo.

a su alrededor, se aleja, vuelve, como si quisiera olisquearla y de pronto la ataca furiosamente, atravesándola con su larga espada. Después la lanza al aire y la recoge en su boca. Todavía no hay que clavarla; se debe esperar a que trague bien. Con todas estas piruetas, que el pescador puede ver porque transcurren a flor de agua los nervios están ya al máximo de su tensión (*Caras y Caretas*, 3 de diciembre de 1938: 26).

La recompensa a esta lucha era espléndida y generosa, porque el tamaño y el peso eran poco usuales y superaban en escala a la propia dimensión y tamaño del hombre o de la mujer que lo pescaba.

Capturar al pez espada con lienzas no era cosa ligera. Esta especie infundía terror en los pescadores artesanales y en los navegantes de embarcaciones medianas. Su espolón destruía botes, lanchas, veleros y barcas de todo tipo. Cazar un pez espada era desafiar el escalafón del humano, era doblegar a la naturaleza indómita. Era el ego del pescador que se erigía como edificio al compararse con el animal muerto y colgado en una grúa. Era la hazaña y la constitución de una memoria de destreza.

En 1880 se reseñó al pez espada como un ser inteligente por su modo esgrimir sus armas naturales, "por su táctica, de sus astucias, de sus evoluciones, á las que parece presidir un juicio, acomodado á las circunstancias en que se hallan". Entonces, la especie era considerada, prácticamente, "guerrera y valerosa":

El Espadón (*Xiphids gladius*), cuya mandíbula superior está prolongada en forma de espada ó de asador aplastado, especie de máquina de guerra horizontal, poderosa, terrible, con la cual el pez puede atacar á los mayores animales marinos. Algunas veces embiste á las naves como si fueran cuerpos animados á los que quisiera hacer probar el poder de sus armas, y la fuerza con que se arroja sobre la parte sumergida del buque es tan grande que, á no estar forrado éste con una gruesa plancha de metal, llegarla á atravesar las maderas más recias. Consérvanse en algunos Museos fragmentos de cascos atravesados por la espada de un Espadón en algunos de los cuales dejó rota su espada, cuyos trozos alcanzan de diez á quince centímetros de espesor (Saura, 1880: 330).

En 1894 se comentaba que el pez espada era de costumbres dulces, “pero cuando se le ataca se defiende bien, tomando por enemigos á los buques en movimiento”. Agregando que los embestía y se clavaba en las carenas, “sin mirar consecuencias que para el animal son fatales, pues ó se rompe a espada ó queda el pez prisionero, muriendo víctima de sus arranques coléricos” (*Revista de Navegación y Comercio*, 28 de febrero de 1894: 111).

La velocidad y la propia constitución del animal eran las condiciones más peligrosas para los pescadores, “por esto, cuando embiste produce tan violento choque que traspasa planchas de cobre y maderos de mucho grueso, como son los forros y cuadernas de los buques” (*Revista de Navegación y Comercio*, 28 de febrero de 1894: 111).

En el semanario español *Los Muchachos*, en 1916 se refería al pez espada como un monstruo gigante del mar, enemigo de las ballenas “el cual es terrible porque ataca á las embarcaciones tomándolas por ballenas y puede hacerlas zozobrar” (16 de noviembre de 1916: 3). También era descrito como el “arma de los mares”, que emplea su espada “por el gusto de matar y destruir (...) veloz y corpulento, de piel lisa y de color azulado oscuro, tiene tres o cuatro metros de largo, sin contar el afilado apéndice con que termina la mandíbula superior” (*Algo*, 20 de junio de 1931: 374). Además, se le conocía por sus pericias veloces y por sus técnicas de defensa: “Cuando pelea con otros animales de gran tamaño, por ejemplo, un tiburón, una de sus maniobras favoritas consiste en dar un gran salto fuera del agua, cayendo de cabeza sobre su contrincante, al que atraviesa con su espada” (*Algo*, 20 de junio de 1931: 374).

Hacia la década de 1930, se hablaba de dos especies diferentes de pez espada: el pez espada marlín, habitante del océano Pacífico, y el pez espada pico ancho, del océano Atlántico. No obstante, en el transcurrir del siglo xx se consideró que el pez espada tenía una distribución global tanto en aguas tropicales como subtropicales y templadas de todos los océanos y mares interiores (Barbieri *et al.*, 1990: 195).

Debido al miedo, el temor, y también a la admiración que despertó este pez, en 1933 se estrenó en España la *película de información* (documental) *En busca del pez espada* (*Tierra Vasca*, 29 de julio de 1933: 3), filme que recorrió los cines del mundo y que también llegó a Chile.

CEBAR Y CAPTURAR

"La naturaleza es la profesora de los ingenieros (...) los espolones con que los buques pueden acometer al enemigo, no son ninguna novedad. Es el mismo sistema del pez espada del Océano Pacífico, el cual tiene en la mandíbula superior una larga espina o espolón, con el que puede atravesar de parte a parte, no solo el cuerpo de otro pez, sino también a los costados de las embarcaciones de madera".

El Bien Público Mahón, España, 16 de julio de 1925

Cuando alguien mencionaba, e incluso, menciona hasta el día de hoy que era y es posible cazar albacoras con lienza y caña, la incredulidad asoma de inmediato. Efectivamente, ese es el mérito de la pesca deportiva de la albacora. Por ello, el desarrollo de técnicas específicas fue crucial para lograr diversas hazañas en la caza de aquel "hermoso pez de gran tamaño y cuerpo muy pesado que suele alcanzar sobre dos metros de longitud y con un perímetro más o menos circular" (Van Kessel, 1986: 18).

Los pescadores deportivos con cañas, conocidos como *angler*, indicaban que el proceso deportivo se resumía en tres grandes etapas en el mar: cebar, pescar y capturar, y en tierra pesar y medir (Farrington, 1942: 33). Y, según ello, celebrar o lamentar, sin excluir cebar, pescar, capturar, celebrar, fotografiar y comer.

En la década de 1930 y 1940, los pescadores reflexionaban, analizaban y planteaban diversas hipótesis respecto de la modalidad de alimentación del pez espada. Usualmente, creían que se alimentaba alejado de la superficie, incluso en el fondo marino. Del mismo modo, notaban que muchos ejemplares tenían los picos astillados, rayados y con indicios de maltrato. Farrington, un *angler* por excelencia, mencionó al respecto: "Estoy seguro que son en gran parte el resultado de cortar rocas o corales al momento en que se alimenta" (1942: 33).

En ese contexto, Farrington también comentaba que, en toda su experiencia, muy pocas veces vio a los peces alimentarse en la superficie tal como lo hacía el pez vela. Según el citado pescador, muchos peces espadas tenían

pulpos en sus estómagos: “Si bien es cierto que los pulpos salen a la superficie por la noche en las aguas sudamericanas, no creo que los peces espada se alimenten solo en la oscuridad” (Farrington, 1942: 33).

No obstante, se preguntaba por qué si el pez espada se alimentaba en la profundidad, subía a la superficie a comer el cebo, la carnada, que lanzaban los pescadores. Al respecto, Farrington señaló una hipótesis:

Creo que la respuesta más lógica a esta pregunta es que, cuando el pez espada no tiene hambre, el cebo le molesta o despierta su curiosidad; o, tal vez, al ver demasiado cebo en la superficie lo hace tentador para sus ojos, tal cual una copa de un buen vino logra tentar al ojo humano. Por otra parte, un pez espada no come del cebo exactamente en la superficie; si se le lanza el cebo, lo comerá muy cerca de la superficie. Además, creo que la tentación de la albacora aumenta considerablemente si le lanza cebo de un pez del que generalmente no se alimenta (1942: 34).

Algunos estudiosos de las albacoras señalan que su presencia en la superficie durante el día responde a la tendencia de capturar el calor del sol en aguas oxigenadas para recuperarse de la anoxia, que es la falta o disminución de oxígeno en las células, en los órganos o en la sangre. De esa manera, podría “calentar sus músculos y facilitar la digestión de las presas capturadas mientras están a grandes profundidades” (Barbieri *et al.*, 1990: 197). De igual forma, se afirma que la luz de la luna también influye en los movimientos verticales del pez espada: “En noches sin luna el pez se encuentra a menor profundidad que en las noches de luna llena” (Barbieri *et al.*, 1990: 197). Es lo que los pescadores artesanales llaman como el *aboyar* (Van Kessel, 1986: 10). Según Juan Van Kessel, antropólogo que ejerció el sacerdocio en Tocopilla, “cuando aparece la luna llena, no hay pesca. La albacora aboya con luna llena” (1986: 152).

Para ir a zonas de peces espadas, los pescadores prestaban atención a los pájaros, ya que ellos eran buenos indicadores de la presencia de albacoras. El pescador Farrington decía que los peces se traicionaban a sí mismos por producir olores y por dejar peces flotando que fueron aturridos por su espada o por el choque contra su cuerpo. Otros signos malolientes

reveladores se pueden encontrar en el agua; a veces, cuando un pez ha salido a la superficie y luego ha bajado, dejan una mancha aceitosa en el agua, de la cual se desprende un olor desagradable para los pescadores (Farrington, 1942: 44). Esas manchas oleosas normalmente correspondían a defecaciones que emergían hasta la superficie. Los pescadores artesanales llaman a esas manchas como *recarmón* a un manchón blanco de unos cuatro metros en el agua, que "en la noche se reconocen por su fuerte olor" (Van Kessel, 1986: 214). El *recarmón* armaba toda una cartografía acuática dibujada por olores y huellas, junto a suposiciones e inferencias. De ese modo, el pescador devenía en un hermeneuta. Como señala Zulaika, en la proyección imaginativa e interpretativa del cazador, este "se adentra en el interior del animal para robarle sus intenciones" (1992: 96).

Una vez lanzado el cebo, la embarcación debía estar a lo menos a unos seis metros. En muchos casos, se usó una especie de estabilizador de la carnada. Normalmente, si un pez espada no daba señales a la cuarta vez en que se ponía cebo, los pescadores deportivos optaban por rendirse. De la misma manera, en el diagnóstico de ciertos peces los pescadores evitaban a los que consideraban "salvajes", ya que eran muy complicados de atrapar por su nado rápido y sin rumbo definido, haciendo círculos grandes o pequeños:

Ocurre que cada vez que el barquero pone el cebo en la posición adecuada, el pez simplemente lo divisa y continúa dando vueltas. La única forma de domar un pez que actúa de esta manera es derribarlo e intentar sacarlo del círculo. Incluso si se esconde debajo de la superficie, creo que tendrás más posibilidades de golpearlo, antes que de que siga dando vueltas (Farrington, 1942: 36).

Según los pescadores, el pez espada que resulta preciso para cebar es aquel que evidencia un nado constante y lento en un mismo curso. El pez que actúa de esta manera permite al barquero más libertad para atraparlo. Raramente le temen al bote; "de hecho, parecen no tenerle miedo a nada excepto al tiburón mako, y tal vez ni siquiera a él, pero al parecer es el único enemigo marino que tienen" (Farrington, 1942: 36).

Una vez lanzado el cebo, el bote debía moverse lentamente, con un ritmo o velocidad que no debía cambiarse para no generar alteraciones y ruidos que estimularan el escape del pez. En el decir de Farrington, cuando el pez era enganchado, el bote debía detenerse²⁴ al punto que “toda conversación debe ser en voz muy baja, y nadie debe hablar excepto el guía, el compañero del pescador y el pescador” (1942: 37).

Divisado un pez, el trabajo en equipo era fundamental, al menos por la coordinación que debía existir entre el propio pescador y el encargado de conducir la nave. Lanzar cebos de distintos tipos también era crucial una vez que el pescador se colocaba el arnés y alistaba sus cañas y carretes “si el pez no sale a la superficie. Si un pez comienza a lanzarse alrededor del bote, indudablemente es un pez salvaje” (Farrington, 1942: 38).

Cuando el pez picaba, daba un golpe fuerte. El pescador se debía parar en la popa del bote o subir hasta donde pudiera observar al pez. Así, se deja que la lienza afloje varios metros, incluso 200 metros. Seguidamente, la embarcación debía acelerar en línea recta para tensar la lienza. Normalmente, pasaban varios minutos antes de que se sintieran los tirones del pescado. De esa manera, se iniciaba la lucha para tratar de dominarlo. A veces ocurría que solo tenía las mandíbulas clavadas para jugar con la carnada o se deshacía de ella a través de las agallas. En varias ocasiones los pescadores vieron que, una vez enganchados, los vomitaban e incluso expelían algunos órganos internos cuando eran enganchados en sus estómagos.

La calidad del *cable líder* era fundamental para capturar la albacora, el cual debía ser de acero inoxidable y tener varios metros de largo. Sobre ese cable la albacora trataba de cortarlo o lo quebraba. En suma, la lucha con el pez no

²⁴ Farrington brindaba una serie de consejos minuciosos: “Si tiene amigos a bordo, asegúrese de haberles informado qué hacer cuando se divisa un pez. Señale que tienen que salir de la cabina y alejarse de la línea de visión del vigilante y del hombre al volante. Señale, sobre todo, si son sus amigos, que lo demuestren en ese momento, haciéndole saber que se queden en absoluto silencio. Creo que el mejor lugar para los tripulantes es que se ubiquen en la proa, hasta donde puedan llegar. Allá arriba no serán un obstáculo para el bote, particularmente si el bote tiene controles superiores (...) Si se les complica permanecer en la proa, o si se impacientan, llévelos a la cabina de pasajeros. Cierre la puerta si es necesario, o tome alguna medida algo extrema que justifique su decisión, pero no permita que entren de nuevo en la cabina de control hasta que el pez haya sido capturado o en el peor de los casos se haya perdido en el mar” (1942: 38).

era nada fácil, y el pescador debía demostrar fuerza y quitarle protagonismo. Una forma de hacerlo era acelerando la lancha y arrastrar el pez para luego retroceder rápidamente, así, la albacora usualmente subía a la superficie.

Si el intento de arrastrarla no funcionaba, la lancha debía dar vueltas alrededor del pez unos quince a veinte minutos, una maniobra peligrosa por la alta posibilidad de enredarse con la línea. La mayoría de las albacoras combaten hasta el final.

"Un pez espada furioso puede ser muy difícil de controlar, es por lejos el más difícil de todos los peces grandes" (Farrington, 1942: 47).

Una vez tomada la albacora y puesta en la embarcación, tarea no fácil por efecto del volumen y peso de la especie, se le amarraba la espada para que no expulsara la comida que albergaba en su estómago. Era el secreto para que la bestia no perdiera peso. Por eso, el trayecto de regreso desde altamar hasta el muelle iba saturado de satisfacción, pero también de incertidumbre en cuanto al peso exacto del pescado.

En el muelle se iniciaba la faena de descarga a través de grúas, cordeles, ganchos, maderas, etcétera, actividad no exenta de las correspondientes felicitaciones y por una gran cantidad de espectadores que, raudos, llegaban a corroborar los comentarios que habían oído en los barrios y pasajes cercanos al puerto. Así, se improvisaba una exhibición y un espectáculo.

LOS PESCADORES DEPORTIVOS

La pesca deportiva fue mayoritariamente una actividad masculina. No obstante, no fue completamente excluyente, porque, como veremos más adelante, también tuvo una notable participación de algunas mujeres.

Los pescadores con caña, conocidos como *angler*, gozaban de un evidente estatus económico y social por efecto de las actividades económicas que desarrollaban. Pero estaban movilizados por la palpitación del capturar, por el deseo, el goce y la búsqueda de gloria, entre otras sensaciones y metas que congregó y animó a estos pescadores a recorrer sustanciosas distancias para coger ejemplares voluminosos y caracterizados por su braveza.

El espadón, o la albacora, fue mencionada como *broadbill* o *swordfish* en una importante cantidad de diarios de los Estados Unidos. *Broadbill* o *swordfish* eran las palabras que antecedian siempre a Tocopilla; o bien, constantemente después de la palabra *Tocopilla* venía *Broadbill* o *swordfish*, en especial desde 1933. Eran palabras prácticamente yuxtapuestas, luego venían otras infaltables, como *record*, *pound*, *feat*, *glory*, *rod*... Es decir, registros notables, libras, hazañas, glorias y cañas de pescas.

Michael Lerner, uno de los pescadores más reconocidos en el orbe, señalaba que el pez espada era una especie de gladiador. Por ello, enfrentarlo era un desafío significativo para todo aquel que se adentraba en los mares en busca de la presa. Así, por ejemplo, Lerner recorrió los mares desde Alaska hasta África, más la completitud del Pacífico, incluyendo Tocopilla, puerto que marcó su biografía.

Ser *angler* era conocer cada uno de los secretos de los tipos de aguas marinas del mundo, que representaban siempre una novedad y un desafío, pues las especies se comportaban de distinto modo, y los vientos y las temperaturas eran diversas. Así surgió la cinegética marina, el arte de la caza.

La caza deportiva definió las personalidades de los *angler*. Sus biografías y sus recursos económicos giraban en torno a los grandes peces que deseaban capturar, a riesgo de fenecer en el intento. No obstante, un rasgo común de todo cazador es que, si lo atrapa la muerte en alguna hazaña, sabe

bien que su muerte no será un mero hecho biológico o fruto de una acción doméstica, sino una muerte que colinda con lo salvaje, que remitiría a un espacio de lucha y tensión fuera de lo común. En pocas palabras, no sería una muerte normal ni aséptica. De una u otra forma, las experiencias de caza, además de construir identidades y de establecer relaciones sociales, tenían (y tienen) la fuerte potencia de transmitir extensas historias de hechos inverosímiles.

Por otra parte, se evidencia que la presencia de pescadores extranjeros en un territorio chileno no fue mayor sorpresa o no generó tensión entre los cazadores locales. Finalmente, el mar era un espacio público, común, para todos, donde no se cuestionaba la propiedad de los recursos marinos. La albacora no tenía nacionalidad. *Era del mundo*. Al capturarla no surgieron cuestionamientos a estos modos de intrusión. Solo que la propiedad surgía cuando era cazada. Pero, como veremos más adelante, lo cazado era obsequiado a la comunidad tocopillana.

En este apartado reseñamos las hazañas de diversos pescadores deportivos que viajaron a Tocopilla para cazar las enormes albacoras. Como veremos, todos son extranjeros. Fueron ellos quienes visibilizaron Tocopilla a lo largo y ancho del orbe. Especialmente, hemos considerado para nuestra investigación las informaciones que entregaron los diarios estadounidenses. Periódicos y magazines que estaban pendientes de las proezas y aventuras de los *angler* que, en el marco económico y minero que expresó Tocopilla, fue el espacio para el desarrollo de otro tipo de extractivismo, un extractivismo marítimo deportivizado.

WILLIAMS TUKER: LA INAUGURACIÓN TOCOPILLANA (1933)

Williams Edred Sanger Toker, quien se presentaba como W. E. S. Toker, era uno de los ingenieros ingleses directores de la Anglo Chilean Consolidated Nitrate Corporation, la empresa salitrera de la familia Guggenheim que operó en Tocopilla desde el segundo quinquenio de la década de 1920.

Farrington describe a Toker como "un inglés que vino a Chile en 1914 y se radicó en Iquique, su esposa llegó un año después y desde entonces han vivido en Chile" (1942: 61).

Agrega que fue un hábil jugador en varias destrezas deportivas, tal como en el cricket, en el rugby, el golf, el tenis y también en bádminton: “No es de extrañar, entonces, que se sintiera atraído por la pesca deportiva cuando vio a pescadores comerciantes llevando albacora en Iquique” (Farrington, 1942: 61).

Con la implementación del llamado *Guggenheim process* en la producción de salitre en la provincia de Tocopilla, que implicó la construcción de las oficinas salitreras de María Elena y Pedro de Valdivia, además de la electrificación del ferrocarril, Williams Toker fue transferido a Tocopilla, donde no solo fue el encargado del transporte del salitre a través del ferrocarril, sino también de supervisar el embarque del fertilizante. Junto a sus labores profesionales, también ofició como vicedónsul británico en la ciudad.

Toker era considerado uno de los pescadores deportivos más sabios y expertos. Es por ello que fue nombrado representante oficial en Chile de la International Game Fish Association, (IGFA), institución que regula la pesca con caña y valida las distintas hazañas a través de récords mundiales. Por tal razón, Toker siempre debía estar disponible para registrar las marcas que los pescadores deportivos lograban con sus capturas, ya que debía certificar el peso, verificar el conjunto de cordeles de la embarcación que se utilizó y consultar a los testigos de la captura y así elaborar un informe. Pero no actuaba solo, sino que era acompañado por una persona que recibía la denominación de *Weightmaster*, es decir, el maestro de pesas.

Al poco tiempo de su llegada a Tocopilla, Toker comenzó a ser conocido por su afición a la pesca deportiva. No obstante, en una bahía donde los pescadores solo cazaban albacoras o pez espada con arpones, resultaba curioso y risible, a ojos de los pescadores artesanales, que un gringo pretendiera cazar a esas tremendas especies solo con lienzas y anzuelos. Nadie lo creería. Al poco tiempo, Toker comenzaba a gozar de cierta fama al desembarcar grandes especímenes en los muelles tocopillanos. Los anzuelos que usaba eran de varios tipos, tales como Mustad, Sobey y Vom Hofe Grinnell. Toker también había capturado a numerosos especímenes con el anzuelo Hardy. Los carretes que usaba los había fabricado en los talleres mecánicos de la maestranza del ferrocarril. En el decir de Farrington, W. Toker pescaba las albacoras con un estilo llamado británico, el cual consistía en poner el carrete debajo de la caña de pescar.

El diario *La Prensa* de Tocopilla informó el 30 de mayo de 1933 que “conocidos aficionados a la pesca dieron caza a un enorme pez-aguja”, también mencionado como marlín por el matutino. Dicho pescado pesó 100 kilos y midió más de 9 pies, es decir, alrededor de 2 metros con 75 centímetros. Aquellos “conocidos aficionados” eran W. E. S. Tucker, Arthur Boynton, G. F. S. Collie, E. Barahona, Williams Eldridge, A. Smith y José Theckeray. El diario indicó: “El caso tiene mucho interés por cuanto, según entendemos, es la primera vez que en nuestras costas se pesca un ejemplar de tales proporciones con artefactos sencillos, o sea caña y anzuelo” (*La Prensa*, 30 de mayo de 1933). Por tales motivos, el hecho fue considerado como una “verdadera hazaña” y un hito histórico.

Los excursionistas informaron que, entre el enorme pez y sus cazadores, se trabó una porfiada lucha que duró cerca de 50 minutos, después de que el pez demostrara tener una fuerza asombrosa. *La Prensa* detallaba: “La resistencia asombrosa fue inútil ante la pericia del señor Tucker, que no descansó hasta izarlo en un bote pescador. La lucha fue emocionante. Los saltos del pez en el agua constituyeron un espectáculo asombroso” (30 de mayo de 1933).

A los pocos meses de la caza de aquel pez aguja, un compañero de trabajo de Tucker, llamado Medley G. B. Whepley, capturó un tiburón tigre (*Galeocerdo cuvier*) que, según el diario estadounidense *The Mansfield News Journal*, era “uno de los pocos tiburones tigre jamás vistos a lo largo de la costa sur de Chile” (15 de agosto de 1933).

Por otra parte, según el magazine *Country Life*, el 10 de septiembre de 1933 es considerado el día en que se inauguró la pesca deportiva del pez espada con caña y carrete en Chile (diciembre de 1936: 92). Y esto fue gracias a que nuevamente Tucker capturó un ejemplar de 280 kilos. Para dicha captura, Tucker tuvo que luchar durante 5 cinco horas. Pero más allá del tiempo de lucha y del tamaño del ejemplar, el caso fue notable porque Tucker usaba precarios accesorios: “Su bote era una ‘vieja bañera’, mientras que su ‘silla de combate’ era un desusado aparato giratorio que probablemente haya adquirido en una venta de bancarrota” (Farrington, 1942: 66).

Nadie en Tocopilla iba a creer que el señor de la compañía salitrera que siempre miraba el mar y que, por efecto de hablar un extraño español, era escasamente comunicativo, lograría una hazaña al año siguiente. El 26

de agosto de 1934, se adentró en el mar y, luego de más de 9 horas y 25 minutos luchando, capturó un pez espada de 379 kilos, lo cual significó que lograra el récord mundial en el tamaño de la especie.

Entonces, gracias a la hazaña de Toker, desde 1934 Tocopilla se posicionó en la tabla mundial de los récords. Veamos la Tabla 1, que remite a los registros existentes hasta 1935.

TABLA 1. RÉCORDS DE CAZA DE ESPECIES A TRAVÉS DE CAÑA Y CARRETE MEDIDO SEGÚN EL TAMAÑO DE LA ESPECIE, CAPTURAS REALIZADAS EN DIVERSAS PARTES DEL MUNDO

Especie	Peso	Año	Pescador	País	Localidad
Pez espada	837 ½ libras	1934	W. E. S. Toker	Chile	Tocopilla
Marlín negro	976 libras	1926	Laurie D. Mitchell	Nueva Zelanda	Bay of Island
Marlín rayado	692 libras	1931	Alfonse Hamann	California	Península de Balboa
Pez vela del Pacífico	180 libras	1931	William B. Gray	Panamá	Golfo de Panamá
Pez vela del Atlántico	106 libras	1929	W. A. Bonnell	Florida	Miami
Atún aleta azul	851 libras	1933	L. Mitchel Henry	Inglaterra	Whitby
Sábalo (Tarpon)	232 libras	1911	W.A. McLaren	México	Río Panuco
Wahoo	124 ¾ libras	1935	J. B. Stickney	Hawái	Oahu
Mako	798 libras	1931	H. White-Wickham	Nueva Zelanda	Bay of Island
Pez limón	111 libras	1926	Zana Grey	Nueva Zelanda	Bay of Island

Fuente: Elaboración propia a partir de Valenti (2002), basado en el registro realizado por Francesca La Monte en el Museo Americano de Historia Natural.

La revista *Motorboarding The Yachtsmen's Magazine*, publicada en Nueva York, señalaba: “En 1934 se estableció un nuevo récord de pez espada de pico ancho. El pez pesaba 837 libras y Toker lo atrapó cerca de Tocopilla, Chile, otra zona de pesca recién descubierta” (febrero de 1936: 286).

El magazine argentino *Caras y Caretas*, indicó:

The Fishing Gazette, revista inglesa de pesca que aparece en Londres, trae en uno de sus últimos números una noticia que debe sernos grata a los aficionados de esta parte de América (...) El señor Tucker relata su brava lucha con el monstruoso ejemplar de la especie *broadbill*, es decir, pico ancho, batalla que duró por espacio de nueve horas y media, hasta que por fin logró reducir al pez espada e izarlo a bordo de su yate (2 de enero de 1935: 128).

La revista estadounidense *The Rotarian*, publicada en Chicago, publicó una carta enviada por Tucker donde daba algunos detalles de su hazaña:

Tuve que comenzar desde la planta baja en mi caza del pez espada, porque aquí nunca nadie los había abordado con caña y línea para el deporte. Examiné el contenido de las barrigas del pez arponeado por los pescadores locales, y encontré que el calamar era su alimento principal. Los pescadores me dijeron que el pez espada no se alimentaba mientras nadaba en el agua. "De todos modos", se burló un pescador y me dijo: "¿cómo crees que vas a atrapar un pez espada de 200 kilos en un anzuelo con una línea y una caña ligera?" (mayo de 1939: 48).

Tucker agrega que, a pesar de las burlas y risas de los pescadores tocopillanos, siguió convencido de que era posible capturar algún ejemplar significativo:

Durante un tiempo pareció que los pescadores se reían de mí. Mi cebo estaba tropezando a popa del bote; luego apareció un tirón en mi línea. Solté el carrete y en unos segundos la línea comenzó a correr cuando el pez se tragó el cebo y se alejó. Entonces golpeé y lo tenía puesto. Tuve el pez espada encendido durante una hora y media cuando el anzuelo se rompió. Debí haber golpeado demasiado rápido después de que el pez mordió el anzuelo y lo metió en el anzuelo y le puso el anzuelo en la parte dura de la boca, porque la punta estaba muy embotada (*The Rotarian*, mayo de 1939: 48).

Finalmente, Toker comenta que después de varios intentos, enganchó un pez espada correctamente: “Me dio una pelea por cinco horas. Pesaba 619 libras. Desde entonces he enganchado a otros. El más grande fue uno de 837 libras y me mantuvo luchando durante 9 horas y 25 minutos. Hizo una buena carrera y saltó fuera del agua cuando lo enganché” (*The Rotarian*, mayo de 1939: 48).

Una de las técnicas usadas por Toker tiene que ver con los tipos de carnadas que usaba, que en la jerga de pescadores era llamado el *cebo*. Este pescador siempre había utilizado calamares para cebar a algún pez espada. Farrington comentó que Toker decía que un pez espada atacará siempre un cebo nuevo ante que a uno que constituye su menú regular:

En las costas chilenas, se ha descubierto que el noventa por ciento del pez espada al momento de abrirlo no contiene más que calamares. Por lo tanto, Toker los tentó con una novedad y descubrió que su teoría era correcta. Creo firmemente que la magnífica pesca de albacoras en Tocopilla debe mucho a la abundancia en la dieta de la albacora (1942: 75).

Sin embargo, debido a su tamaño, los calamares eran difíciles de manipular, pues en las aguas del Pacífico pesaban entre 9 y 18 kilos. Por lo demás, cazarlos era complejo porque solo se capturaban de noche, lo que implicaba dificultades logísticas. Pero cuando Toker se quedó sin calamares, decidió atrapar un delfín para proseguir con las capturas del pez espada, lo cual le trajo éxito de inmediato. Como el delfín era escaso, notó que con el pez *bonito* (también conocido como *mono*) su suerte en la captura aumentó considerablemente.

El 28 de abril de 1940, Toker tuvo otra marca destacada: capturó una albacora de 860 libras (390 kilos). El diario *La Nación* comentó:

W.E.S. Toker, Gerente del Ferrocarril de Tocopilla al Toco, es el campeón mundial de pesca con caña, récord que alcanzó el domingo 28 de abril a diez millas fuera del puerto al pescar una albacora de 860 libras, lo que alcanzó en un tiempo de 15 minutos, lapso que también representa otro récord difícil de igualar (10 de mayo de 1940).



Figura 5. W. E. S. Tucker y su récord mundial de 1940, con un ejemplar que pesó 860 libras. (Archivo de K. Farrington, 1942 y archivo del autor).

El citado diario comentó que, además de la albacora, en la misma jornada había cazado un pez aguja de 150 kilos aproximados y destaca que los especímenes capturados eran regalados a los obreros marítimos de la empresa Anglo Chilean Consolidated Nitrate Corporation.

Como era de esperar, la noticia llegó a varios puntos del orbe y apareció en diversos diarios de los Estados Unidos. Por ejemplo, *The Evening Star*, de Washington D. C., tituló el 10 de mayo de 1940: "La captura de un pez espada de 860 libras cuelga un nuevo registro de pesca". Seguidamente, reseñaba: "Tucker ha establecido un récord mundial de caña y carrete para el pez espada de pico ancho, frente a Tocopilla (...) El último récord de Tucker se enganchó en el ojo, lo que aparentemente paralizó al pez, ya que fue desembarcado en 15 minutos" (31 de mayo de 1940).

En el año 1942, Farrington señaló que los hombres con puntajes más altos del mundo eran Michel Lerner, con un total de 23 peces espada, 11 de los cuales fueron sacados de Tocopilla, 2 en Perú y los otros en Nueva

Escocia. W. Toker contaba con un registro de 18 peces espada, capturados todos en Tocopilla (1942: 65).

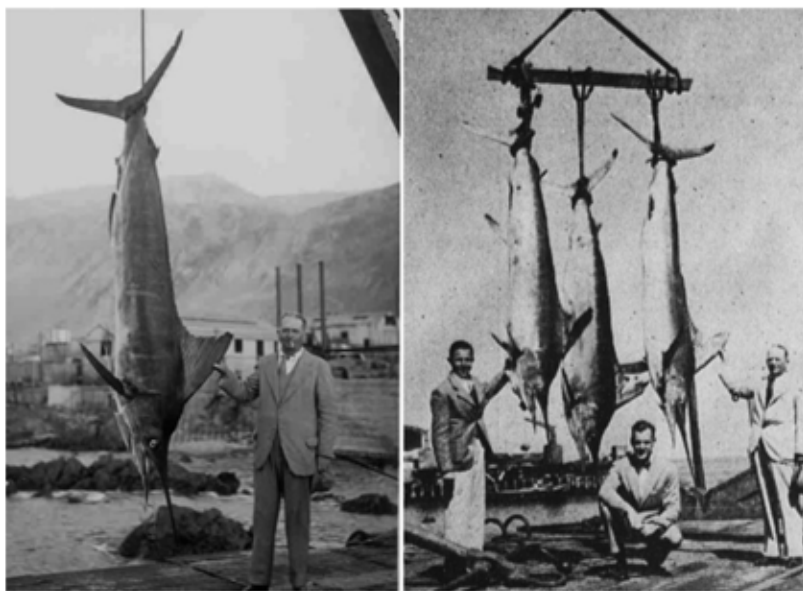


Figura 6. W. E. S. Toker y amigos luciendo las capturas en 1940. (Archivo del autor).

Además de estas actividades deportivas, Toker era integrante de la Liga Marítima de Chile²⁵, de la que era presidente y representante en Tocopilla. A través de aquella institución organizó varias actividades, entre ellas una serie de charlas sobre temas del mar para los estudiantes tocopillanos, “como un aporte a la cultura superior y medio para ayudar a la labor del maestro de iluminar los espíritus y las mentes de los educandos y atraerlos hacia el mar, fuente de futuro engrandecimiento de la patria”, señalaba en una carta dirigida a los directores de establecimientos educacionales en 1947²⁶.

²⁵ Institución fundada el 21 de mayo de 1914.

²⁶ Archivo Gobernación de Tocopilla, Doc. s/n, *Asunto: Comunica programa de la semana de preparación cultura en las festividades del Día del Mar*, 5 de noviembre de 1947.



Figura 7. W. E. S. Tucker y su colección particular de espadas de albacora capturadas en Tocopilla. Abajo, los respectivos titulares sobre sus logros: el diario *La Nación* de Santiago (10 de mayo de 1940) y el diario estadounidense *The Evening Star* de Washington (31 de mayo de 1940). (Archivos del autor).

Derivada de esta pertenencia a la Liga Marítima de Chile, el 16 de julio de 1940 Tucker fundó la agrupación de Scouts Marinos, compuesta por niños y jóvenes trabajadores que se presentaban en los desfiles de la efeméride nacionalista, durante la cual desfilaban con atuendos que citaban a los uniformes de la marinería y como una forma de homenaje ciudadano al mar y a la Armada de Chile.

En 1947, la compañía salitrera, por intermedio de Miguel Vergara, uno de los representantes de Tucker, decidió adicionar una banda de guerra a los Scouts Marinos. Para tal objetivo se confeccionaron instrumentos musicales de percusión (cajas) y aerófonos (pitos) en las dependencias de la maestranza ferroviaria. Al mismo tiempo, se compraron algunos instrumentos de bronce (clarines). Entonces, surgió una nueva agrupación que Tucker nombró Brigada de Mar Lord Cochrane en homenaje al marino inglés que sirvió a la marina chilena por varios años. Desde entonces, la Brigada de Mar se ha presentado hasta ahora en cada uno de los desfiles realizados en Tocopilla.

Con la muerte de W. E. S. Tucker en 1955, la Brigada dejó de recibir financiamiento directo de la compañía salitrera. En esas circunstancias, la Brigada tuvo que autogestionar sus recursos financieros, lo cual le permitió seguir existiendo hasta hoy.

ENTRE EL SALITRE Y LA PESCA DEPORTIVA: GEORGE GAREY (1934)

Como hemos adelantado, con la implementación de las salitreras del sistema Guggenheim, María Elena y Pedro de Valdivia, arribaron variados ingenieros y mecánicos para supervisar las obras tanto del espacio productivo de la pampa como del ferrocarril eléctrico y las actividades portuarias de Tocopilla. Entre aquellos ingenieros extranjeros estaba George Garey, originario de Vermont, Estados Unidos.

La fama local e internacional de George Garey como pescador deportivo en Tocopilla fue ampliándose desde los inicios de la década de 1930. Cabe indicar que Garey había establecido buenas relaciones con Tucker no solo en lo laboral, sino también en los espacios de la pesca. Garey seguidamente tenía que viajar desde la pampa a Tocopilla para realizar gestiones administrativas en el marco de los procesos productivos de la salitrera, como también en los procesos de mantención mecánica de las locomotoras del ferrocarril salitrero, que fueron construidas en el condado de Schenectady, en el estado de Nueva York, a través de la compañía General Electric.

Fue así como, en cada una de las bajadas al puerto, Garey hallaba un espacio para ir junto a Tucker a surcar el mar e ir tras las ansiadas albacoras. Como en muchas las jornadas los esfuerzos fueron infructuosos, poco a poco

comenzaron a ser identificados en el puerto como pescadores perseverantes. En ese escenario, el 6 de septiembre de 1936 George Garey capturó un pez espada de 837 libras, es decir, casi 380 kilos, una verdadera proeza.

Sobre el hecho, Farrington recuerda lo siguiente:

Cuando Garey llegó con su captura al muelle, no quiso pesar al ejemplar inmediatamente; supuso que sería injusto para su amigo Toker, cuyo pez espada récord mundial de 837 libras, fue pesado al día siguiente de su captura y, por ende, había perdido algunas libras. Sin embargo, aunque Garey insistió en que realizara el peso la mañana siguiente, el pescado se pesó esa noche, ya que, después de que Garey había vuelto a la pampa, Toker se había escapado silenciosamente del trabajo y lo puso en la balanza en secreto (1942: 62).

El diario de *Scarsdale Inquirer* reportó que Garey había logrado "el sexto pescado extraído de estas aguas con un peso de más de 800 libras" (12 de noviembre de 1941: 7).

La revista *Art & Decoration* de Estados Unidos también lo comentó:

El señor Garey estaba librando una batalla. Atrapó su pez. Cuando regresaron, él, al darse cuenta de que su premio se acercaría al récord de su rival (Toker), quería con toda justicia esperar hasta la mañana siguiente para pesarlo. Toker insistió en que no se trataba de una ética de pesca. Siempre que sea posible, se debe pesar un pez el mismo día que se pesca (1941: 16).

De esa manera, la captura de Garey superó en pocos kilos el récord que había obtenido Toker en 1934. Sin embargo, cuando el pez espada fue abierto para distribuirlo entre los trabajadores de la empresa salitrera, se dieron cuenta de que en su interior contenía una gran cantidad de calamares, algunos de los cuales pesaban hasta cuatro kilos (Farrington, 1942: 63) los cuales, obviamente, contribuyeron a que el espadón adquiriera un generoso peso.

Pero el camino de gloria y notoriedad volvería a resplandecer en 1937, cuando Garey obtuvo otro récord, con 842 libras de un pez espada.



Figura 8. George Garey en plena escena de caza de un gran pez espada de 837 libras a bordo del bote EL CHINQUIHUE, 6 de septiembre de 1936. En la fotografía de la derecha, Garey luce un marlín rayado de 483 libras. (Archivo de K. Farrington, 1942).

El magazine estadounidense *Boys' Life* expresó en diciembre de 1940:

¡Suerte del pescador! El pez espada de pico ancho récord del mundo, con un peso de 842 libras, fue capturado en la costa de Chile por George Garey (...) esta es una historia de peces con mucha evidencia (1940: 33).

Garey también tuvo un curioso récord en Tocopilla, un récord inverso: capturó uno de los peces espada más pequeños, de tan solo 86 kilos.

Cabe comentar que, para los pescadores artesanales, cazar una albacora pequeña es motivo de fatalidad, “de mala suerte o castigo” (Van Kessel, 1986: 116).

Finalmente, el diario *Scarsdale Inquirer* agregó un detalle curioso:

Al entrar con su captura reciente, cerca de Garey pasó un pescador comercial que había capturado un pico ancho que pesaba más de 1.200 libras. Para aquellos que quieren una verdadera pelea con el monstruo marino, pruebe la costa chilena (12 de noviembre de 1941: 7).

El comentario del diario estadounidense es llamativo y comprueba que hubo hazañas extractivas no registradas ni fotografiadas porque lucir métricas no era parte del universo simbólico y semántico de quien las realizaba, especialmente entre los pescadores artesanales.

HARLAN MAJOR, LOS APAREJOS Y LOS SIETE HOMBRES (1935)

Harlan Major fue un pescador deportivo en aguas saladas originario de Detroit, Michigan. Gran parte de su vida transcurrió en California. Siendo joven trabajó en algunas petroleras y fue un exitoso comerciante de automóviles, pero en los círculos de los pescadores deportivos era conocido por ser un experto reparador de los artefactos de pesca y un pescador con excelentes habilidades mecánicas.

Iniciando la década de 1930, Harlan Major abrió una tienda de aparejos de pesca donde vendía cañas, anzuelos, carretes, etcétera. Uno de sus hitos fue difundir la técnica de la pesca con cometa en la captura deportiva (Major, 1947, 1952, 1957).

Quiso viajar a Chile para difundir sus aparejos, pero también para calmar su ansiedad por ver los peces espadas gigantes que Tocopilla estaba dando a conocer a través de diarios y revistas. Según la memoria del Salón de la Fama de International Game Fish Association (2009), Major había convencido a los directores de Pan American Airways y Grace Line para que lo enviaran a Chile y desde aquellas costas difundiera las historias que garantizaran atraer a los pescadores estadounidenses adinerados para estimular viajes al norte de Chile. En un artículo que publicó Major, comenta que le contó el objetivo de su viaje a Chile al capitán del barco, a lo que este le respondió: "Estás loco (...) nadie más que un lunático vendría cinco mil millas por un pez espada". Major comenta que su "corazón se hundió", ya que había viajado miles de millas desde Nueva York a Chile, pero que al poco rato su ansiedad volvió con más fuerza (Major, 1936: 32).

Una vez arribado a Chile, perfeccionó la famosa silla de combate, estructura empotrada a la embarcación para que el pescador pudiera tener más control en la lucha contra la bestia y así ganar en estabilidad.

Además de difundir sus aparejos, el propio Major quiso adentrarse en el mar con el objetivo de capturar las preciadas especies de espadones. Fue así como, precipitadamente, obtuvo dos impresionantes capturas y su visita allanó el camino a los famosos pescadores Lerner y Farrington, quienes, como veremos más adelante, desarrollaron otras verdaderas gestas.

El diario *The Key West Citizen*, de Florida, tituló el 8 de marzo de 1937: “¡Se necesitaron siete hombres para arrastrar a este pez espada en el bote!”, a la vez que mostraba una fotografía de los pescadores y la tripulación esforzándose por subir el espécimen capturado. El ejemplar de pez espada aprehendido por Major pesó 674 ½ libras y midió casi 13 pies de largo, es decir, alrededor de 3 metros con 90 centímetros.

El diario menciona que Tocopilla destacaba mundialmente por la generosidad de sus aguas y por los grandes peces que allí habían sido capturados, detallando que la pesca de Harlan Major ocupaba el cuarto lugar dentro de los récords logrados por W. E. S. Toker y George Garey.

Finalmente, acotaba: “Este paraíso chileno para los pescadores de aguas profundas se visita semanalmente por cruceros desde Nueva York y California y atrae a deportistas de todo el mundo” (*The Key West Citizen*, 8 de marzo de 1937).

Sin duda, las noticias de Major habían comenzado a dar buenos resultados para las agencias de viajes, ya que eran decenas de pescadores que, junto a sus señoras, amigos y familias, visitaban la costa tocopillana para conocer las particularidades del desierto salitrero y las oficinas salitreras de María Elena y Pedro de Valdivia. De igual modo, el diario *The Key West Citizen* mencionaba que viajar y visitar Tocopilla era barato porque las tasas de cambio de dólar resultaban favorables.

En 1939 Major publicó el libro *Salt Water Fishing Tackle (Aparejos de pesca de agua salada)*, donde reunió varias historias de pesca y los detalles de los aparejos de captura para aguas saladas, junto a los aspectos técnicos de los diseños, los materiales, la construcción, la reparación y los modos de uso. Aquella obra fue una pieza infaltable en las bibliotecas de los pescadores deportivos.



Figura 9. A la derecha, el *angler* Harlan Major junto a su tripulación intentan subir a la embarcación un pez espada que finalmente pesó 674 ½ libras, 1935. A la izquierda, Major acompañado por Tucker y un tercero lucen el trofeo. (Archivo de K. Farrington, 1942)

Según las memorias del Salón de la Fama de International Game Fish Association (2009), Major fue el primero en visitar y escribir sobre aquellas costas que albergaban peces indómitos y gigantes, aunque no lo impulsaba únicamente la pesca. Por ello, fue definido como un científico, técnico y mecánico que dedicó 40 años a demostrar a los pescadores que era posible mejorar su “suerte” a través del estudio, la adaptación y la modificación de los artefactos y aparejos (IGFA Fishing Hall of Fame, 2009).

ALBERTS WOODRUFF Y EL PEZ QUE NO PESCÓ (1937)

En marzo de 1937 el puerto tocopillano era nuevamente noticia en los Estados Unidos por la visita del exsenador Albert S. Woodruff, quien viajó directamente desde Nueva York a Tocopilla para practicar la pesca deportiva. El viaje lo realizó en el barco SANTA CLARA, de la compañía naviera Grace Line.

Cabe indicar que Woodruff (nacido en 1886) era del Partido Republicano y había desarrollado actividades como abogado y como banquero. Fue delegado de la Convención Nacional Republicana de Nueva Jersey en 1924, y se desempeñó como senador estatal republicano del condado de Camden de 1924 a 1926 y nuevamente de 1933 a 1935. Más tarde sirvió como vicerrector del condado de Camden.

Woodruff, acompañado por Charles W. Fischer, fue recibido en Tocopilla por Williams Toker y George Garey, quienes no solo lo esperaban para ir de pesca, sino también para darle a conocer la pampa salitrera. El diario *Courier Post*, de Camden, New Jersey, reprodujo algunos comentarios del exsenador:

Nos entretuvimos en Tocopilla y nos alojaron en los cuartos de directores²⁷, que es tan bueno como cualquier club en los Estados Unidos. La costa, no obstante, es estéril. La temporada de pez espada no suele abrir durante varias semanas después de que llegamos y nuestro anfitrión lamentó no haber podido pescar. El 15 de marzo, sin embargo, el día después de llegar a Tocopilla, salí en un bote con un capitán (9 de abril de 1937).

El político cuenta en el diario que el 15 de marzo de 1937 atrapó un pez espada de un poco más de tres metros de largo y de alrededor de 150 kilos. Agregó que los pescadores Toker y Garey se sorprendieron de que un pez fuera capturado tan temprano: “Fue capturado en 45 minutos, y fue el vigésimo de su especie capturado en Tocopilla desde que comenzó la pesca de caza mayor”, indicó al diario citado. No obstante, complementó: “Pero la mala suerte me siguió dos días después”.

Woodruff cuenta que salió a pescar y que logró enganchar a un gran pez espada y con mucho esfuerzo logró acercarlo a la lancha junto a la tripulación. El espécimen medía alrededor de 12 pies de largo, es decir, más de tres metros y medio:

²⁷ Refinado edificio construido en 1890, ubicado en la avenida Arturo Prat de Tocopilla, frente al puerto salitrero. El nombre oficial de aquel inmueble fue Casa de Directores, pero era popularmente conocida como la Casa Verde.

Cuando lo llevamos al bote y lo amarramos a su lado, con una cadena que pesaba 500 libras, parecía estar muerto. El español, el capitán, se emocionó y parloteó sobre cómo había golpeado a Toker y Garey... ¡Me tomó una hora y diez minutos atraparlo! Metí una mordaza en el pescado (...) pero ese pico se sacudió, pateó, se retorció y giró hasta que rompió la cadena de 500 libras, se liberó y escapó (*Courier Post*, 9 de abril de 1937).

Con gran desazón, la tripulación y el propio pescador vieron cómo el pez huía después de un arduo trabajo para subirlo a la lancha. Según el cálculo dado por la experiencia de la tripulación y por el espacio que ocupaba al borde del bote, medía fácilmente más de 12 pies de largo. Woodruff señaló: "Habría sido el pez espada más grande de su especie tomado con caña y carrete".

Entonces, el *Courier Post* tituló: "Woodruff obtiene 331 libras". Seguidamente, complementaba:

Enérgico, cordial y completamente recuperado en salud, el exsenador Albert S. Woodruff, recientemente regresado de un viaje y vacaciones en Chile, sigue siendo el mismo pescador entusiasta de antaño. En su casa tiene una espada larga, un trofeo de su habilidad y destreza con caña y carrete, el testimonio mudo de que enganchó un pez espada de pico ancho que mide nueve pies, nueve pulgadas en total y pesa 331 libras. Sin embargo, como todos los verdaderos discípulos de Izaak Walton, el antiguo solón llora el "pez que no pescó". Medía 12 pies y mejor, habría sido probablemente el pez espada más grande jamás sacado de las profundidades con una caña y carrete (9 de abril de 1937).

Para superar aquella frustración, Woodruff obtuvo otra marca, la cual se sumó a una gloriosa lista construida en la historia de la pesca deportiva en Tocopilla iniciada en 1933. Dicho balance fue publicado por la prestigiosa revista *Motor Boating* en 1938 (Tabla 2).

TABLA 2. PRINCIPALES MARCAS OBTENIDAS EN TOCOPILLA, 1933-1937

Pescador	Peso	Lugar	Año
W.E.S. Toker	220 libras	Tocopilla	1933
W.E.S. Toker	619 libras	Tocopilla	1934
W.E.S. Toker	445 libras	Tocopilla	1934
W.E.S. Toker	672 libras	Tocopilla	1934
W.E.S. Toker	837 ½ libras (récord mundial)	Tocopilla	1934
G. Garey	489 libras	Tocopilla	1934
G. Garey	488 libras	Tocopilla	1934
W.E.S. Toker	509 libras	Tocopilla	1935
H. W. Major	410 libras	Tocopilla	1935
H. W. Major	674 libras	Tocopilla	1935
W.E.S. Toker	613 libras	Tocopilla	1936
G. Garey	683 libras	Tocopilla	1936
G. Garey	837	Tocopilla	1936
C. W. Forbes	538 libras	Tocopilla	1936
H.R. Graham	432 libras	Tocopilla	1936
G. Garey	507 libras	Tocopilla	1936
M.S. McGoldrick	568 libras	Tocopilla	1936
F.W. Utz	480 libras	Tocopilla	1936
G. Garey	842 libras (récord mundial)	Tocopilla	1937
W.E.S. Toker	632 libras	Tocopilla	1937
W.E.S. Toker	331 libras	Tocopilla	1937
A.S. Woodruff	331 libras	Tocopilla	1937

Fuentes: Elaboración propia a partir de Major (1936).

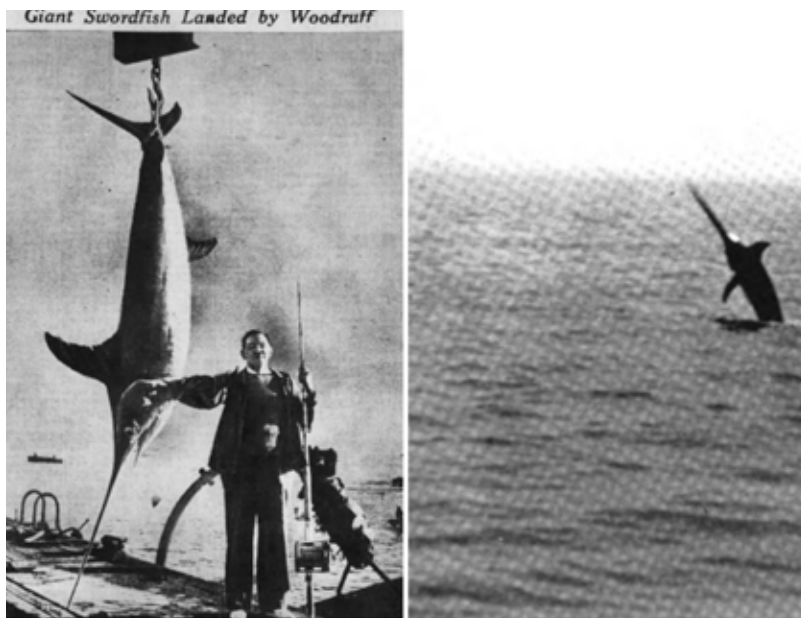


Figura 10. Albert S. Woodruff y su marca de 331 libras. Según la revista *Motor Boating*, "lo atrapó después de una batalla de 45 minutos con aparejos ligeros", en 1937. (*Courrier Post*, 9 de abril de 1937; archivo de K. Farrington, 1942).

Aquel pez que sí pescó Albert S. Woodruff pesó 331 libras. Según la revista *Motor Boating*, "lo atrapó después de una batalla de 45 minutos con aparejos ligeros" (1988: 22). Es decir, pesó un poco más de 150 kilos.

MICHAEL LERNER Y LA VISITA DEL AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY DE NUEVA YORK

En febrero de 1940 comenzaron a circular noticias respecto de la visita que realizaría a Tocopilla una comisión científica proveniente desde los Estados

Unidos y que sería encabezada por Michael Lerner²⁸, *angler* famoso internacionalmente por sus récords obtenidos con cañas y carretes cazando atunes, delfines, marlines, pez espada, entre otras especies.

La comisión científica pertenecía al American Museum of Natural History de Nueva York. El diario *La Nación* señaló al respecto: “La referida expedición trae un equipo completo de los más modernos elementos de pesca, como también cámaras cinematográficas” (29 de febrero de 1940). Fue así como, en la primera semana de mayo de 1940, llegó a Tocopilla aquel conspícuo equipo científico. El objetivo de la visita de los investigadores era estudiar la fauna marina de la zona tocopillana, en especial, el pez espada, el cual “abunda en estos mares”, según remarcaba *La Nación*.

En los hechos, la comisión iba tras los indicios que pudieran conducir a la dilucidación de los misterios e informaciones desconcertantes que caracterizaban a los hábitos y a las migraciones del pez espada y el marlín. “Lanzada en 1936 por la expedición Big Game Fish del Lerner-American Museum y que continúa anualmente desde entonces desde Nueva Escocia a Nueva Zelanda [la comisión] extenderá su investigación de campo este verano a las aguas de Perú y Chile”, señaló *The Miami Herald* (17 de marzo de 1940).

Entre otros, el objetivo de la expedición de 1940 era determinar si el pez espada y el marlín eran o no los mismos que se encuentran en las aguas del Pacífico occidental. Para ello, se estudiaría el contenido del estómago, el sexo y los parásitos, “todo lo cual proporcionará pistas para la solución de los problemas relacionados con el hogar y hábitos de estos habitantes de las profundidades” (17 de marzo de 1940).

El mismo diario *La Nación* notició meses después, el miércoles 26 de junio de 1940: “Hace más de un mes que actúa en Tocopilla una misión científica del Museo de Historia Natural de New York”.

²⁸ Lerner era comerciante junto a su familia, hasta que decidió dejar de lado los negocios vinculados a la venta de ropa para dedicarse por completo a la pesca deportiva y a la investigación marina. Lerner recibió un título honorífico de doctor en Ciencias por la Universidad de Miami. Por su parte, la Fundación Oceanográfica Internacional le otorgó el primer Premio de Pescador de Medalla de Oro por ser el pescador deportivo más destacado y por sus diversas contribuciones a las ciencias marinas.

La delegación estaba integrada por científicos, peritos fotógrafos y camarógrafos encargados de registrar cada una de las misiones en alta mar. Venía también en dicho grupo la destacada curadora del museo, Francesca La Monte, quien se dedicaba a extraer los órganos del pez espada. Cabe comentar que era una ictióloga destacada y fundadora del International Game Fish Association (Asociación Internacional de Pesca Deportiva), institución creada en los Estados Unidos en 1939. Escribió varios artículos sobre sus expediciones y publicó el resultado de sus análisis de diversas especies²⁹, particularmente sobre peces de gran tamaño. La Monte escribió en su diario de viaje:

Solo tres días en el aire desde el calor de un junio de Miami, y estamos en el frío de un invierno en la costa oeste. Dos barcos de pesca se encuentran en el puerto de Tocopilla esperando nuestra expedición. A su alrededor, el agua está llena de anchoas, y las embarcaciones vecinas están oscurecidas por bandadas de pájaros que se precipitan para alimentarse de los pequeños peces azules y plateados (1940: 277).

La expedición llegaba a Tocopilla por su particularidad de contar con una gran cantidad de especies de gran cuerpo y, por cierto, por los vistosos registros globales. Francesca La Monte comentaba: "Es difícil creer que estas enormes criaturas bronceadas con sus poderosos músculos y espadas planas y pesadas, comenzaron su vida hace solo uno o dos años como huevos del tamaño de una cabeza de alfiler" (1940: 277).

El diario *La Nación* reseñó:

Los miembros de la misión científica se encuentran muy bien impresionados del trabajo que han podido realizar en Tocopilla. Llamen a este puerto el *Paraíso de los pescadores*, pues la abundancia de ejemplares mayores de albacoras permite que su trabajo se facilite, como asimismo la pesca que realizan con fines deportivos (26 de junio de 1940).

²⁹ Fue coeditora del *Field Book of Fresh Water Fishes of North America* (1938), autora del libro *North American Game Fishes* (1945), coeditora del texto *Game Fishes of the World* (1949), coeditora de *Fisherman's Encyclopedia* (1950), autora de *Marine Game Fishes of the World* (1952) y también escribió el libro *Giant Fishes of the Ocean* (1966).

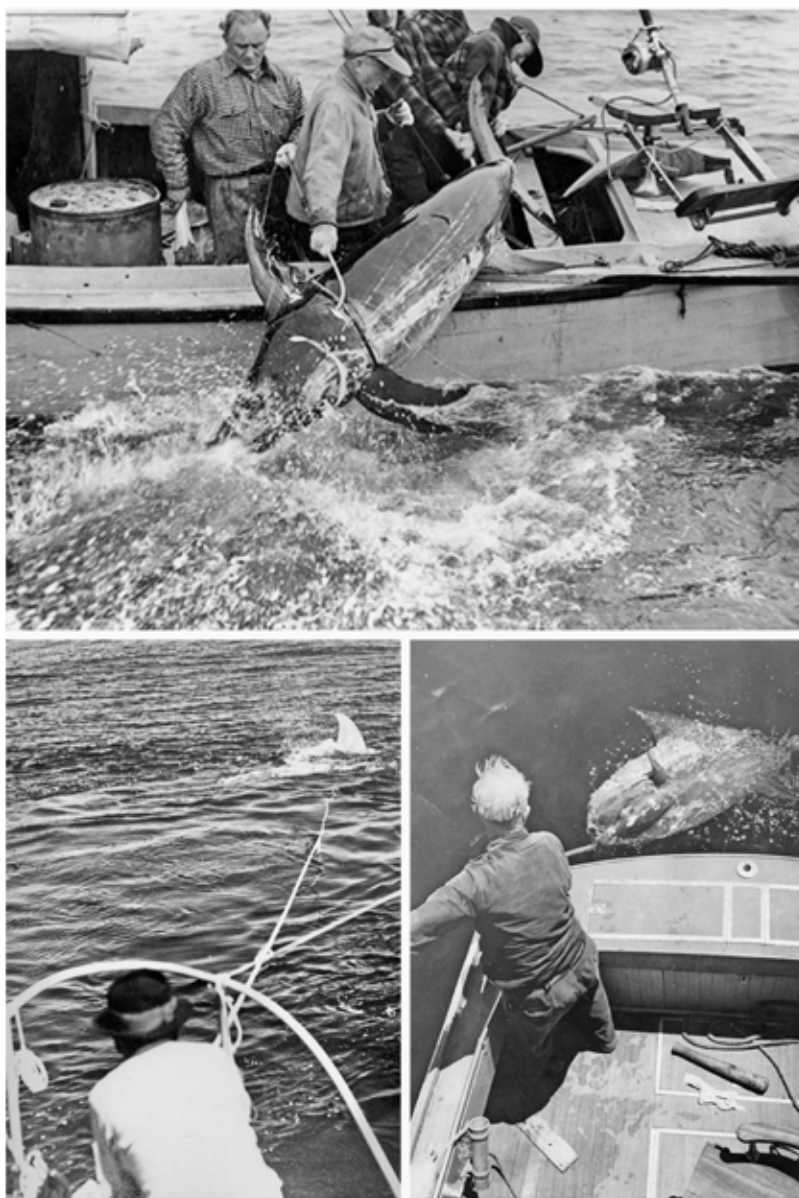


Figura 11. El reconocido *angler* Michael Lerner y sus primeras capturas en Tocopilla, mayo de 1940.
(K. Farrington, 1942; archivo de IGFA).

Los tocopillanos estaban, en parte, sorprendidos por la visita de la comisión del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Si bien la población local sabía de la generosidad de las aguas, y sabían de una dieta sustentada desde siempre en la albacora, entre otras especies, desde la década de 1930 ya venían atestiguando la pesca deportiva en manos de estadounidenses y algunos ingleses vinculados con las empresas The Chile Exploration Company y Anglo-Chilean Consolidated Nitrate Corporation. No obstante, las actividades de la comisión eran muy llamativas:

Han llamado justamente la atención en Tocopilla. Dos lanchas motorizadas, perfectamente equipadas, se destacan en la bahía y diariamente salen para volver casi siempre con un importante cargamento de peces de gran tamaño, como son las albacoras y los marlines (*La Nación*, 26 de junio de 1940).

Finalmente, la noticia del diario *La Nación* consignaba que los trabajos de la misión del museo neoyorquino divulgarían los méritos de Tocopilla como zona pesquera, agregando: "Las fotografías y las películas que se envían a menudo a EE.UU. constituirán un medio eficaz de propaganda de turismo, con el consiguiente beneficio para la localidad" (26 de junio de 1940).

La contribución de Michael Lerner al conocimiento científico de la albacora, o pez espada, no se puede pasar por alto. En la certeza de que los mejores mares del mundo también proporcionarían el mejor laboratorio natural, esta expedición no solo recopiló cuantiosa información valiosa sobre el pez espada, sino también sobre varias otras especies y se capturaron las más espectaculares fotografías sobre los espadones en plena acción. Era la sexta vez que una comisión del museo salía al mundo a estudiar estos peces, todo gracias a la gestión y entusiasmo de Lerner, quien anhelaba aumentar el conocimiento sobre los peces de diferentes partes del mundo. Según Farrington, se logró más de aquel propósito, pues Lerner "hizo mucho para consolidar la amistad y las mutuas relaciones entre Chile y los Estados Unidos" (Farrington, 1942: 48).

Durante la visita de la comisión, Michael Lerner, el principal *angler* de los Estados Unidos y una de las autoridades mundiales en pesca deportiva, en su primer día de pesca en Tocopilla atrapó un pez espada de 548 libras. Al segundo día atrapó otros dos especímenes de pez espada, uno de 668 y otro de 454 libras. En total, tomó nueve peces espada en el viaje a Tocopilla. Por su parte, la esposa de Lerner, Helen, capturó un ejemplar de 570 libras y entre los dos cazaron veinte marlines (*Chilean Gazette*, 1942: 9). Así, la generosidad del mar y la técnica de aquel matrimonio de pescadores, se mostraba como fascinante.

El diario *Detroit Free Press* apuntó:

Aquí está el puerto de Tocopilla, Chile, su base de operaciones. Fue en esta costa donde el señor Lerner enganchó un pico ancho de 548 libras el primer día de salida (...) La emoción que llega al pescador de aguas profundas cuando un pez grande golpea es indescriptible. Lerner estaba en el otro extremo de la línea cuando un gran marlín rayado del Pacífico salió disparado del océano en un vano esfuerzo por lanzar el anzuelo. Estos peces son luchadores hasta el gong final, que suena solo cuando el pez cazado esté en el bote (25 de agosto de 1940).

Hasta 1942, solo ocho hombres y una mujer habían capturado dos peces espada en un solo día. Este honor, el más difícil de todos en el deporte de la pesca, había ocurrido en Tocopilla seis veces; los otros han ocurrido en Catalina, por J. W. Jump (1928) en Montauk, otra por Norman F. Windor (1940); y una en Louisburg, Nueva Escocia, por el doctor Leon Storz (1941) y tres veces por Michael Lerner (1936, 1938, 1941). “Lerner, con sus cuatro dobles, es el único hombre que ha logrado esta hazaña”, señaló Farrington (1942: 65).

Helen Lerner también obtuvo un récord mundial en Tocopilla por la captura de un marlín rayado de 182 kilos (*Popular Mechanics*, febrero de 1942: 1).

Michael Lerner, conocido como Mike entre sus amigos y en el círculo de pescadores, había capturado diversos peces en distintos océanos, logrando marcas en África, Alaska y Asia. Farrington comentó: “Después de haber capturado veintitrés peces espadas, señala que dicho ejemplar es por lejos la más difícil” (1942: 32).



Figura 12. La destreza de Lerner tenía fama internacional. Fue él quien llevó a Tocopilla al American Museum of Natural History de Nueva York en 1940, ocasión que aprovechó para capturar grandes especies y lograr destacadas marcas internacionales. En su primer día de pesca en Tocopilla atrapó un pez espada de 548 libras. Al segundo día atrapó otros dos, uno de 668 y otro de 454 libras. En total, tomó nueve peces espada. Por su parte, la esposa de Lerner, Helen, capturó un ejemplar de 570 libras y entre los dos cazaron veinte marlines. (Archivo de K. Farrington, 1942; archivo de IGFA y archivo del autor).

Francesca La Monte escribió en *Natural History, The Magazine of The American Museum of Natural History*: “Tocopilla es un verdadero paraíso para los pescadores, pero sus aguas en la temporada de invierno son aún más duras que las que encontramos en el Cabo Bretón” (1940: 278).



Figura 13. La ictióloga estadounidense Francesca La Monte analizando los cuerpos y tomando muestras biológicas de los peces espada. (K. Farrington, 1942; archivo de IGFA).

En ese sentido, la expedición dependió casi por completo del trabajo de Lerner y de su esposa, Helen Lerner, quienes, con sus destrezas, permitieron obtener las muestras para el laboratorio. Esta dependencia estuvo bien justificada por la captura de 11 peces espada y 29 marlines rayados durante las semanas en que la comisión estuvo en Tocopilla.

Los ejemplares eran tan grandes que constituía un gran trabajo rescatar a los mismos peces espada y desembarcarlos, momento en que grúas y di-

versos hombres contribuían al objetivo del pesaje: "Los peces son demasiado grandes para llevarlos a los laboratorios del Museo, por lo que nuestros registros dependen de la precisión de un examen cuidadoso de la escena de captura y de nuestras fotografías" (La Monte, 1940: 278).

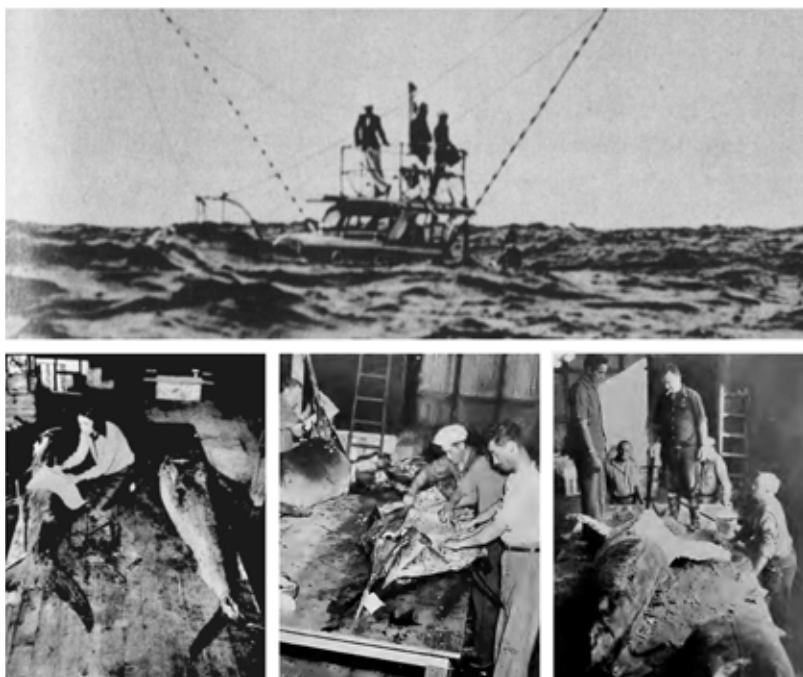


Figura 14. Una vez que era capturado, la comisión del museo obtenía un molde y diseccionaba al pez espada en un laboratorio que implementó en el inmueble de Grace Line. (La Monte, 1940).

Una vez que los especímenes eran pesados y fotografiados, seguidamente eran trasladados en un carro tirado por dos burros, a veces una carreta con la tracción de un caballo, hacia el laboratorio implementado en la Casa Grace, donde el descuartizamiento en la mesa de disección y el análisis y medición de partes específicas, especialmente del estómago y sus contenidos, era un protocolo infalible. En todo momento, los fotógrafos iban registrando cada una de las escenas del proceso.



Figura 15. Lancha de Grace Line facilitada a la comisión del museo. Traslado del cuerpo del pescado en una carreta tirada por burros al gran mesón para el análisis, sin excluir a una importante cantidad de curiosos que, además de observar los trabajos, esperaban los trozos de la albacora. Es posible apreciar a la ictióloga La Monte trabajando rodeada de hombres. (La Monte, 1940).

Consecutivamente, se extraían los órganos sexuales y el pescado era desollado, la piel envuelta y de inmediato el pescado era cubierto con yeso lechoso para confeccionar un molde para luego enviarlo en dos o tres piezas a los Estados Unidos.

Mientras la comisión del museo realizaba sus expediciones, el 25 de julio de 1940 ocurrió un destructivo aluvión en Tocopilla, que arrasó con poblaciones enteras y dejó media centena de muertos. Al respecto, Francesca La Monte comentó:

El clima es despiadado. Está casi desprovisto de lluvia, pero sujeto a inundaciones devastadoras. Las lluvias son tan infrecuentes que traen una destrucción terrible. Se hunden las casas con paredes y techos torcidos. Los sirvientes no aparecen para trabajar porque sus hogares se han caído o han sido arrastrados por la ladera de la montaña. Los caminos a las minas están arrasados. Aluviones en una noche destruyeron puertos prósperos, dejando solo muros en ruinas (1940: 277).



Figura 16. Primera secuencia etnográfica en retrospectiva de la caza de la albacora por comisión de The American Museum of Natural History. 1. La lancha avanza millas adentro. 2. Se prepara la carnada y se incrusta el cable líder confeccionado con acero. 3. Un integrante de la tripulación exhibe el pescado que servirá como cebo. 4. Se lanza la carnada y se prueba la caña. 5. Un tripulante apunta a la zona donde se divisó una albacora. 6. Michael Lerner se sienta en la silla de combate y parte de la tripulación ajusta el arnés para que no caiga al mar. 7. La albacora no puede escapar y gracias a la tracción de la lancha y la mantención de la caña por Michael Lerner, es acercada a la embarcación. 8. La albacora es atrapada, se ata un cordel a su cola y es levantada por la tripulación. 9. La albacora, ya muerta, es alzada y situada al borde de la lancha. (Capturas de pantalla de Edge, 1941)



Figura 17. Segunda secuencia etnográfica en retrospectiva de la caza de la albacora. 1. La albacora situada al borde de la lancha es nuevamente levantada. 2. Lerner amarra el pico del pescado para que no bote el contenido del estómago. 3. Finalmente, es situada dentro de la lancha. 4. La lancha llega al muelle y la grúa la engancha. 5. El operador de la grúa concentradamente sube el gran cuerpo del pescado. 6. El gran peso del pescado genera oscilaciones y bruscos movimientos. 7. La albacora llega hasta la superficie del muelle. 8. La albacora queda colgada para las respectivas fotografías y exhibición ante curiosos que llegan al muelle. 9. El pescado es subido a una carreta con tracción a sangre y es llevada al laboratorio implementado en la agencia naviera Grace Line. (Capturas de pantalla de Edge, 1941)

Pero no solo las lluvias en el desierto llamaron la atención, sino también la bravura del mar. La Monte señala que dos lanchas salían todos los días hacia el amanecer, horas en que el océano se agitaba violentamente, con algunos hechos que pusieron en riesgo los embarques del personal y sus equipos, no obstante, “una vez transferidos a nuestras lanchas, pronto estuvimos en mar abierto buscando el destello de una aleta oscura sobre el agua” (1940: 278). Aquellas lanchas eran dispuestas por Grace Line.



Figura 18. Tercera secuencia etnográfica en retrospectiva de la caza de la albacora. 1. El pescado es bajado de la carreta y situado en una mesa. 2. Se realizan las mediciones y se obtienen muestras biológicas. 3. Se prepara yeso para confeccionar un molde. 4. El cuerpo es embadurnado con yeso. 5. Se aumenta la cantidad de yeso. 6. Una vez que el yeso está seco, se retira del cuerpo del pescado. 7. El molde es situado al costado del animal. 8. Por cada cuerpo se preparaban tres moldes. 9. Los moldes son empacados para ser enviados a los Estados Unidos. (Capturas de pantalla de Edge, 1941).

A pesar de las inestabilidades climáticas, la comisión siguió adentrándose en los mares tocopillanos registrando cada una de las especies y sus contextos geográficos. Los resultados de las investigaciones se plasmaron en la publicación de algunos artículos científicos que se caracterizaron por aspectos descriptivos y etnográficos.

El diario *La Prensa* de Tocopilla comentó que finalizaba la expedición indicando que Lerner y señora regresaban a los Estados Unidos a través de un avión Panagra. “El resto de la expedición, integrada por técnicos de pesca y fotógrafos, regresará por vía marítima” (julio de 1940).

-87-

Para el retorno de los estadounidenses, se había planificado que un barco de Grace Line recalara extraordinariamente en Tocopilla para embarcar todos los materiales y aparejos especiales de pesca, además de las muestras biológicas y los diferentes moldes de pez espada.

Finalizar la expedición siempre era complejo, al menos por los restos biológicos que debían ingresar a los Estados Unidos, pues los aduaneros eran desconfiados y la comisión debía pasar varias horas abriendo y cerrando cajas y envoltorios. En esos devenires, la ictióloga La Monte recordó el sol chocando en la falla geológica del cerro tocopillano llamado Las Cabras, en el acantilado local: "Mientras debajo de nosotros los barqueros cargaban nuestras latas, botellas, cajas, cámaras y baúles de aparejos; y el vapor finalmente salió del invierno hacia el otoño nuevamente" (1940: 280).

Uno de los resultados de este trabajo, fue el extraordinario documental *Monsters of the Deep*, lanzado en 1941. Dicho film fue distribuido en los principales cines de los Estados Unidos y dirigido por Bob Edge, con la narración de Knox Manning y la música de Rex Dunn. En dicho reporte se visualiza prácticamente la jornada completa de caza. Desde los embarques en el muelle salitrero, la descripción de la tripulación, los modos de lanzar las carnadas hasta los combates en altamar llevados a cabo por Michael Lerner y su esposa. Ciertamente, es una pieza audiovisual de alto valor etnográfico que también retrata la rica escena de la vida marina tocopillana, especialmente la vida ornitológica marina, pues se aprecian los miles de cormoranes que habitaban en la playa central de Tocopilla, en la zona del popular balneario El Panteón.

El crítico y comentarista de cine Bob Munroe escribió en *The Miami News* sobre la pieza fílmica que en enero de 1942 se exhibía en los cines de Beach, Sheridan y Paramount:

Es una de las mejores, sino la número uno, imagen de pesca de caza mayor que estos viejos ojos han visto hasta la fecha, y han visto bastantes (...) El señor y la señora Michael Lerner de Nueva York, Miami Beach y Bimini tienen los papeles principales en *Monsters of the Deep*, filmada en los terrenos del marlín y el pez espada, recientemente desarrollados frente a Tocopilla, Chile.



Figura 20. Cola de un pez espada en el muelle salitrero. Al fondo se aprecia la barraca Prat, perteneciente a la familia yugoslava Budinich. Abajo, un hombre muestra el corazón de un pez espada que pesó 853 libras. (Archivo de K. Farrington, 1942).

Sobre la factura audiovisual, detalla que destacaba por:

Magníficas tomas de acción de peleas con el marlín saltarín y abrumador, nunca se muere el pez espada, por no hablar de escenas de impresionante grandeza, y primeros planos de especial interés para todo tipo de “ólogos”,

abundan en esta emocionante película realizada bajo la égida de Lerner y sus asociados del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York (*The Miami News*, 16 de enero de 1942).

Igualmente, el citado documental muestra los procesos de análisis de la bestia capturada, la cual era llevada al laboratorio, donde se confeccionaban los moldes mediante la aplicación de yeso.

KIP FARRINGTON: EL PESCADOR ESCRITOR (1941)

En abril de 1941 llegó al puerto salitrero y termoelectrico otro célebre pescador deportivo y también escritor estadounidense, Kip Farrington, quien arribó junto su señora, Sara Houston Chisholm. Farrington era oriundo de New Jersey y tenía 37 años de edad.

Un importante mérito de Farrington fue que, además de realizar una serie de actividades deportivas, dejó un importante testimonio, que podemos considerar etnográfico, en el cual narra detalladamente cada una de sus jornadas de pesca en distintos países. Uno de sus libros más importantes, publicado en 1942, es *Pacific Game Fishing*, donde narra sus aventuras en distintos mares, con impresionantes detalles. No obstante, fue su experiencia tocopillana la que marcó su biografía. Por tal razón, la historia de Tocopilla es la que abre el relato, para luego pasar a Perú, Ecuador, Panamá, México, Santa Catalina, California, Washington, Hawaiian Islands, Nueva Zelanda y Australia. El diario *The Evening Star* de Washington señaló en diciembre de 1942 que el libro de Farrington era un importante esfuerzo para

dar en detalle toda la información pertinente sobre guías, aparejos, costos, alojamiento y viajes: todo lo que más quiere saber el lector de pesca. Este es el primer libro que realmente cubre pesca en el Pacífico. Toma en todos los conocidos terrenos de Chile a Columbia Británica y toma nota de todo registro de capturas (8 de diciembre de 1942).

A saber de su dilatada experiencia internacional como *angler*, Farrington llegó a afirmar que la experiencia tocopillana le ayudó a pescar con mayor

sensatez y mejor técnica que la desarrollada en otros violentos y agitados mares. Asimismo, señaló que la primera albacora que capturó en Tocopilla le “tomó sesenta y cinco minutos. Era un pescado bastante robusto y me convertía en el primer hombre en capturar un pez espada tanto en el Atlántico como en el Pacífico. Un hecho que siempre recordaré” (1942: 14-15).

Junto a su esposa fueron los primeros en capturar un pez espada en el mismo día. Hasta ese entonces, la señora de Michael Lerner había sido la primera mujer en cazar en ambos océanos. “Tanto mi esposa como Lerner son las dos pescadoras más afortunadas. El siguiente pez que atrapé pesaba 197 kilos y demoré treinta minutos” (Farrington, 1942: 15).

Farrington también tuvo una anotación muy particular en Tocopilla al atrapar un pez espada de 107 kilos, un tamaño considerado “pequeño”, al punto que la tripulación de la barca le sugirió devolverla al mar.

En ese mismo viaje, también cazó el pez más grande jamás tomado en una línea de 9 hilos: un marlín rayado de 425 libras. Aquello le permitió establecer el récord mundial de ese hilo: “Parece casi increíble si se considera que muchas cañas de trucha pesan de tres a cinco onzas”, reseñó el diario *Scarsdale Inquirer* (13 de julio de 1941).

Estos pescadores comentan que, cuando se atrapaba a un pez, no debían olvidar atarle la espada para que no botara lo contenido en el estómago. Farrington señaló que un olvido le significó que un pez espada devolviera varios pulpos que había tragado recientemente, lo cual significó que el ejemplar perdiera varios kilos. También agregaba que cuando se atrapaba una albacora, en varias ocasiones se acercaban tiburones azules a atacarla, poniendo así en peligro la faena deportiva del pescador. Estos acercamientos de los tiburones ocurrían usualmente cuando caía la noche y los pescadores encendían algún foco. Cuando el pez espada era atacado y mordido por un tiburón, la pesca no clasificaba ni obtenía puntajes. Era pesca perdida. Por eso, llevar un arpón para atacar a los tiburones era fundamental y así se salvaron varias capturas de peces espadas.

El diario de Washington *The Evening Star* tituló el 27 de junio de 1941: “Farrington cerca de la marca en la captura de pez espada en la costa chilena”. A continuación señalaba:

La noticia proviene de Tocopilla, Chile, donde el gran pez espada de pico ancho que está fuera de esa costa y Farrington de Nueva York ha reportado una captura que está a solo 7 libras bajo el registro mundial para esta especie.

El mismo pescador detalla en su diario de viaje que se necesitaron seis hombres para subir a bordo el gran pescado:

¡Y vaya qué pescado! La punta de su espada tocaba la caja de pescado en la popa de la SANTA LUISITA y la punta de un lóbulo de su cola llegaba a la escalera. Aunque el pescado era enormemente grueso, no esperaba que pesara más de 360 kilos (Farrington, 1942: 30).

A las tres de la tarde la tripulación le pidió a Farrington que llevara el pescado a Tocopilla para pesarlo:

Estaban seguros de que rompería el récord de Toker y me hacían saber que, si esperábamos a que pasaran siete u ocho horas, perdería bastante peso. Pero volver a Tocopilla seis horas antes para pesar a este pescado, era lo último que quería hacer (1942: 30).

Las propias palabras de Farrington eran de admiración para Toker, pero también de lealtad:

No busco romper récords y no tenía ganas de quitarle a Toker el récord. Ningún hombre merece poseer este registro más que 'Tuck'; fue pionero en los mejores mares del mundo, vive allí, y sin él el mundo nunca hubiera oído hablar del lugar. Así que decidimos pasar el resto de la tarde buscando otros pescados (1942: 30).

Fue entonces que cuando la lancha llegó al muelle salitrero cinco horas después, es decir, a las 20:45 h. Para el desembarque se requirió de nueve hombres para sacar la gran cantidad de pescados de la lancha SANTA LUISITA.

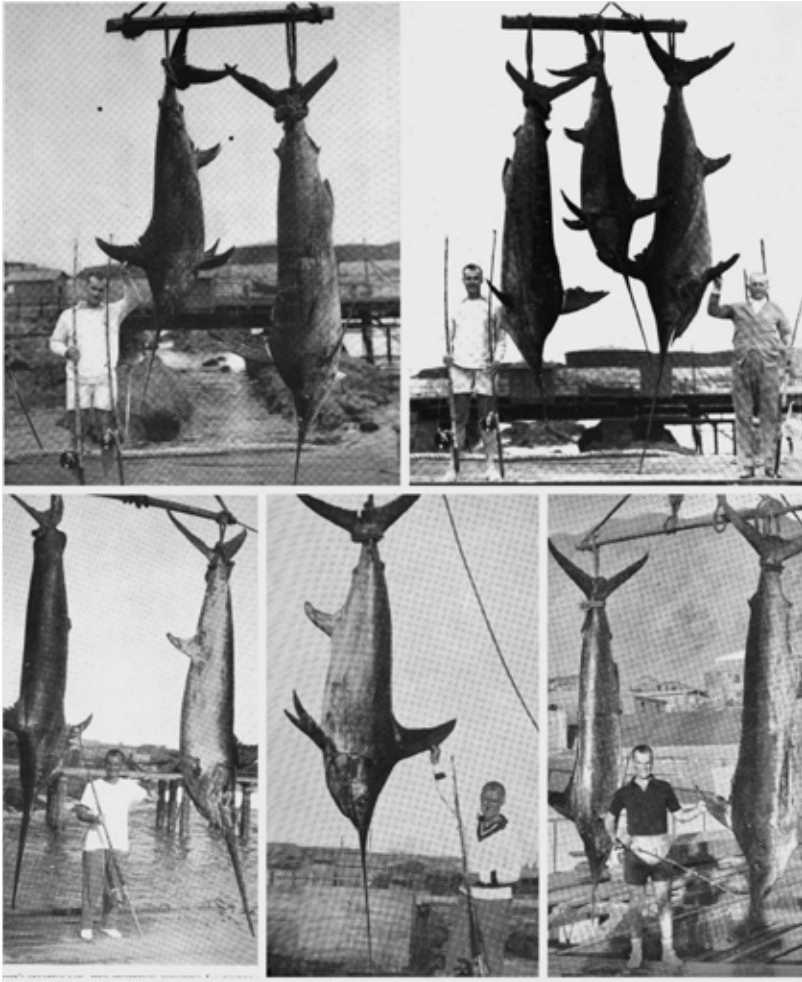


Figura 21. El *angler* Kip Farrington, reconocido internacionalmente no solo por la pesca, sino también por sus valiosos diarios de viaje, llegó hasta Tocopilla, puerto donde obtuvo importantes registros. Uno de sus infaltables acompañantes fue W. E. S. Tucker. (Archivo de K. Farrington, 1942).

Seguidamente, el pez espada fue tomado por la grúa y llevado a un pequeño vagón de ferrocarril del muelle e inmediatamente fue pesado. Dicha acción fue supervisada por George Garey y el comandante Ralph Wooten,

agregado aéreo de los EE.UU. en Chile, quien había volado desde Santiago para pasar un fin de semana de pesca.

Finalmente, el pez espada capturado por Farrington fue pesado y la pesa marcó 386 kilos, tenía algo más de tres metros de largo, una circunferencia de un metro y medio, y una extensión de cola de más de un metro, desde el dorso aleta a la cola. El pescador detalla:

Las únicas personas que estaban desilusionadas eran las de la tripulación de mi barco, y con expresiones en sus rostros que eran realmente muy tristes, en particular Juan, porque estaba seguro de que el pescado iba establecer un nuevo récord (Farrington, 1942: 30-31).

Ante el gran volumen del pescado, la atracción que generó en la comunidad, no se hizo esperar. Una multitud se acercó al muelle a ver la especie cazada:

No creo que ninguno de los residentes de Tocopilla haya asistido a la iglesia ese día; tuve una sensación de que todos iban al muelle a mirar el pescado en la ciudad. Finalmente, la calle que subía hasta la calle principal (calle 21 de Mayo) tuvo que ser acordonada y luego bloqueada (Farrington, 1942: 31).

Farrington se refería a la calle Serrano, la que terminaba en el muelle salitrero donde se desembarcaban las albacoras.

El pescado en cuestión fue llevado hasta a Antofagasta en camión, luego subido a bordo del barco SANTA LUCÍA, donde fue consumido por los pasajeros en su camino a Nueva York. "Mantuve algunos pedazos en hielo para los amigos en Nueva York, y el resto fue directamente al Museo de Al Pflueger en Miami, Florida, para ser exhibido" (Farrington, 1942: 31).

El *angler* indica que cada vez que salía a pescar, lo invadía la sensación de volver siempre con algún pescado grande. Volver con las lanchas vacías era una derrota. Dichas sensaciones y ansiedades entrañaron que las jornadas de pesca fueran excesivamente largas, llegando a durar hasta doce horas.

De esa manera, la ansiedad jugaba una mala pasada en el estado de ánimo. Por ello, siempre Farrington habló muy bien de los trabajadores tocopillanos que eran parte de las tripulaciones, desde el conductor de la lancha hasta los auxiliares a cargo de los motores, los cordeles, las líneas, los cables, etcétera. Estas tripulaciones, compuestas por trabajadores de la empresa salitrera, debían soportar los gritos, los enojos, la furia, entre otros estados de ánimo de los pescadores deportivos, que desplegaban largas luchas para atrapar a un pez espada y luego subirlo a la lancha. También eran quienes abrían el champagne para celebrar alguna captura voluminosa.

Como las jornadas eran muy largas, no fueron pocas las veces en que, al regresar a Tocopilla, ya se estaba alistando alguna lancha para salir en busca de los pescadores. De pronto las bravuras del mar y las demoras del regreso despertaban las peores percepciones de presuntas desgracias.

En la descripción etnográfica de la captura realizada por Farrington se relata detalladamente la escena en la cual atrapó a su memorable pez espada:

Yo grité: ¡De aquí la veo! Era grande, fuerte, se mostraba desafiante y nadaba muy rápido. A juzgar por el aleteo de su cola, supuse que su peso era de aproximadamente 317 kilos. (...) Puse el cebo, al pasar unos minutos se sumergió y se tragó la comida. Mientras aceleraban el bote, le di unas seis u ocho veces, pero se fue antes de que el bote disminuyera la velocidad. Había alrededor de 243 metros de línea, y al momento que el bote desaceleró el animal se comió el cebo de un golpe.

Apliqué las tácticas más conocidas del sistema Toker para hacer enganchar la albacora, aunque, por supuesto, no le di la cantidad de línea habitual, ya que había comido del cebo dos veces.

Una vez más, apreté el freno del bote para desacelerar, y golpeé el freno unas tres, cuatro, seis y ocho veces. El bote desaceleró y la línea aflojó nuevamente. Esta gran albacora estaba jugando conmigo; no había mordido el anzuelo en ninguna parte, excepto entre sus mandíbulas, y se me había escapado dos veces. Nuevamente dejé el cebo ahí, implorando, pero sin esperar, que lo golpeara nuevamente (...) Si el segundo golpe fue fuerte, este fue bestial (...) Fue el golpe más letal y terrible en todos mis años como pescador, primera vez que me pasaba algo así (...).

Es preciso volver a recordar que el cebo estaba ahora a más de 365 metros debajo del bote. Tenía 1.097 metros de hilo de 39 en el carrete, y más de dos tercios estaban ahí afuera. Tres golpes y fuera, pensé, así que esta vez repetí el procedimiento y le di más líneas que la vez pasada. Cuando terminé de golpearlo esta vez, estaba muy furioso. Nos tomó bastante tiempo recoger toda esa línea, y durante los primeros minutos nunca pudimos acercarnos a más de 150 metros.

Luego, comenzó a actuar de manera muy salvaje en la superficie. A medida que recibía más línea de regreso, comenzó a sacudirse y luego a precipitarse en la superficie. Todavía no me daba cuenta de lo grande que era. Los guías lo sabían, pero no me lo dijeron. Comencé a combatir con el pez con todo lo que tenía y, como de costumbre, con la ayuda al 100% de la tripulación. La albacora hizo y deshizo en la superficie, era muy activa y un pez asombroso para batallar. Después de tres cuartos de hora, volvió a alejarse y luego, en rápida sucesión, realizó tres carreras de más de mil pies cada una. Esas tres carreras hicieron que se cansara y contribuyeron mucho a que se contuviera. A los cincuenta y cinco minutos el cable líder salió del agua, y nunca, hasta el día de mi muerte, olvidaré cómo Juan tomó al cable líder para que Meinie lo arponeara. Tomando la postura correcta, apoyándose con sus pies firmes y esperando que el pez estuviera en el momento justo, Meinie arponeó a la albacora en su espalda con el arpón que me había regalado Phil Swaffield. Luego arrojó el arpón cerca de la cabina y tiró al pez hacia el costado. En ese momento afirmé su cola con un gancho, mientras Juan la amarraba con un cordel. Recién entonces me di cuenta de lo grande que era y me reí de los tres chilenos cuando exclamaron: "Es tan grande como el pescado de 390 kilos de Toker" (1942: 28-31).

OTROS PESCADORES E INVITADOS

Más allá de algunas marcas destacadas, el puerto salitrero tuvo un importante flujo de pescadores estadounidenses. Pero también ha sido posible comprobar que hubo personas que solo viajaron para presenciar en vivo y en directo la pesca de las albacoras. Una especie de turismo de caza y de un turismo de espectáculo natural. Muchos pescadores viajaban con amigos,

quienes subían a las lanchas y disfrutaban de jornadas colmadas de emoción, nerviosismo, ansiedad y satisfacción al ver los objetivos de pesca cumplidos. Buena ocasión para brindar con pisco o champagne en altamar, al vaivén de las olas, junto al graznido de miles de pájaros.

En 1937, durante la despedida del embajador de los Estados Unidos, el señor Hoffman Philip comentó orgulloso en su discurso, realizado en el Club de la Unión de Santiago, que había cazado varios peces espada en Tocopilla: “Tal vez ustedes me lo excusarán (...) porque ha sido un inocente pero regio placer” (*La Nación*, 27 de octubre de 1937).

La empresa salitrera de Tocopilla también contaba entre sus filas con otros pescadores, entre ellos Horace Graham³⁰, quien capturó un ejemplar de 432 libras en 1936, y Paul Kruger, ambos ingenieros, quienes, si bien no obtuvieron marcas mundiales, eran ampliamente conocidos en el mundo de la pesca deportiva nacional e internacional, pero, por sobre todo, eran muy conocidos y admirados en la ciudad.

También está el caso de M. S. Mc. Goldrick, quien capturó un pez espada de 526 libras el 29 de julio de 1936. Era funcionario de Anglo Chilean Consolidated Nitrate Corporation.

Fritz Utz, que era colega de Goldrick, capturó en aguas tocopillanas atunes de aleta amarilla, que, según Toker y Farrington (1942), basaban su alimentación en pulpos pequeños. “El récord para Tocopilla está establecido por Fritz Utz, y es de 65 kilos” (Farrington, 1942: 60).

Fritz Utz, ya había sido destacado en julio de 1936, año en que capturó un ejemplar de pez espada de 238 kilos. El 19 de junio de 1938 enganchó otro pez espada de 220 kilos (*The American Legion Magazine*, febrero de 1950: 6).

³⁰ Horace Reynolds Graham era oriundo de Manhattan, Nueva York. Graduado en la Escuela de Minas de la Universidad Columbia en 1908. En 1910 fue empleado de Braden Copper Company para trabajar en la mina de cobre El Teniente hasta 1919, año en que comenzó su vinculación con la familia Guggenheim y sus intereses mineros en Bolivia. En 1929 se convirtió en vicepresidente ejecutivo de Lautaro Nitrate Company Ltd. y Anglo Chilean Nitrate Corporation. Luego, a contar de 1951, fue presidente y director de ambas compañías, las que se fusionaron dando paso a Anglo Lautaro Nitrate Corporation. Según los antecedentes recopilados por Nelson Arellano (2018), Graham era considerado un actor relevante para el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en razón de participar en el control de precios del mercado de metales, particularmente en el mercado del cobre.

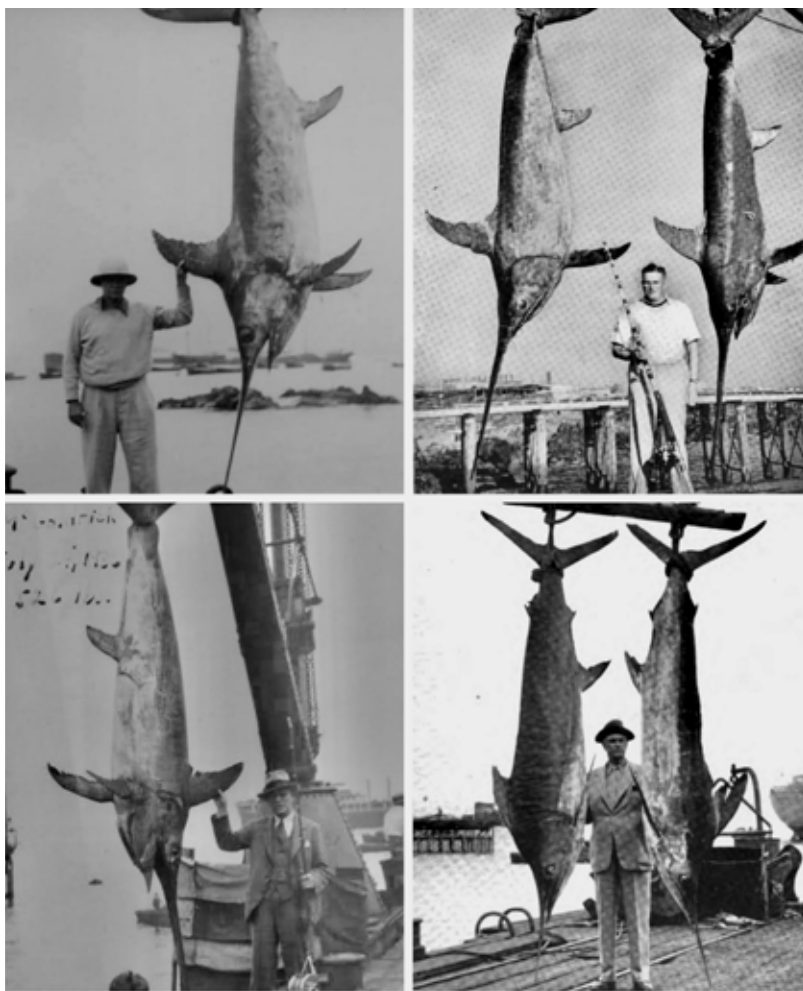


Figura 22. Fueron innumerables los *angler* que arribaron a la costa del desierto de Atacama. En la fotografía, Elton Son (1936), Clarence Ellis (1941), M. S. Mc. Goldrick (1936) y Hope Norton (1936). (Archivo de K. Farrington, 1942 y archivo del autor).

El 17 de junio de 1941, Clarence Ellis cazó un pez espada de 336 kilos en cinco horas y cuarenta minutos, y otro de 295 kilos en cincuenta minutos. El magazine estadounidense *Motor Boating* describió la hazaña como sigue:

Una captura aún más espectacular en aguas lejanas del sur fue el desembarco de dos peces picudos en un día por Clarence Ellis, de Nueva York. Atrapado en Tocopilla, pesaba 741 y 650 libras. Ambos fueron tomados en la línea de 39. Parece que el único pez espada de pico ancho que pesa más de 600 libras se atrapa en Tocopilla (febrero de 1942: 54).

Nueve años después, el magazine *The American Legion* reafirmaba este dato: “En ningún lugar del mundo un hombre ha tomado dos peces grandes en un día” (febrero de 1950: 61). Por su parte, el diario *Detroit Free Press*, señalaba que hasta ese momento Ellis era “el séptimo hombre en atrapar a dos de estos gigantes en un día” (17 de agosto de 1941).

La hazaña de Ellis fue efectuada desde la lancha SANTA LUISITA de Grace Line y “el tackle utilizado fue un carrete 12-0, caña de 24 onzas fabricada en Miami, línea de 39 hilos” (*The Miami News*, 19 de octubre de 1941).

Sobre la pesca de marlín, destaca William Phelps, de Nueva York, quien en febrero de 1941 atrapó 19 marlines rayados en doce días de pesca.

Lynn Selden, de Greenwich, Connecticut (vicepresidente ejecutivo de American Express Company) estuvo en Tocopilla solamente entre el 30 de abril y el 1 de mayo de 1941. Selden atrapó un marlín de 386 libras y la señora Selden uno de 251 libras. Lynn Selden también atrapó a un tiburón mako, y enganchó y luchó contra dos peces espada, para perderlos después de pelear más de una hora. “Esta es probablemente la historia de viajes de dos días más fenomenal. Demuestra lo que puede lograrse en estos caladeros de pesca poco creíbles en muy poco tiempo” (*Chilean Gazette*, 1942).

El doctor Leon Storz, de la ciudad de Worcester, estado de Massachusetts, también tuvo una experiencia en áreas de pesca del puerto salitrero. El 15 de marzo de 1941 salió del muelle a las ocho y media, se metió en las zonas adecuadas a eso de las once en punto, y a las dos de la tarde había capturado seis marlines rayados, considerando que perdió dos. El diario *The Boston Globe* señaló al respecto: “El Dr. Leon Storz de Worcester informa que atrapó trece marlines en tres días, pescando con la línea Ashaway de 24 hilos, en Tocopilla, Chile” (3 de abril de 1941). Finalmente, durante seis días, Leon Storz capturó 18 marlines rayados (Farrington, 1942: 50).



Figura 23. En la fotografía superior, Alfred Glassell, *angler* proveniente desde Texas, quien usaba el carrete *penn reel*. Abajo, el Dr. Leon Storz con seis marlines rayados que atrapó en la mañana del 15 de marzo de 1941, considerando que los atrapó antes de las 14 h, en su primer día de caza en Tocopilla. El peso de los pescados menor fue 255 libras y el mayor de 368 libras. (Archivo de K. Farrington, 1942).

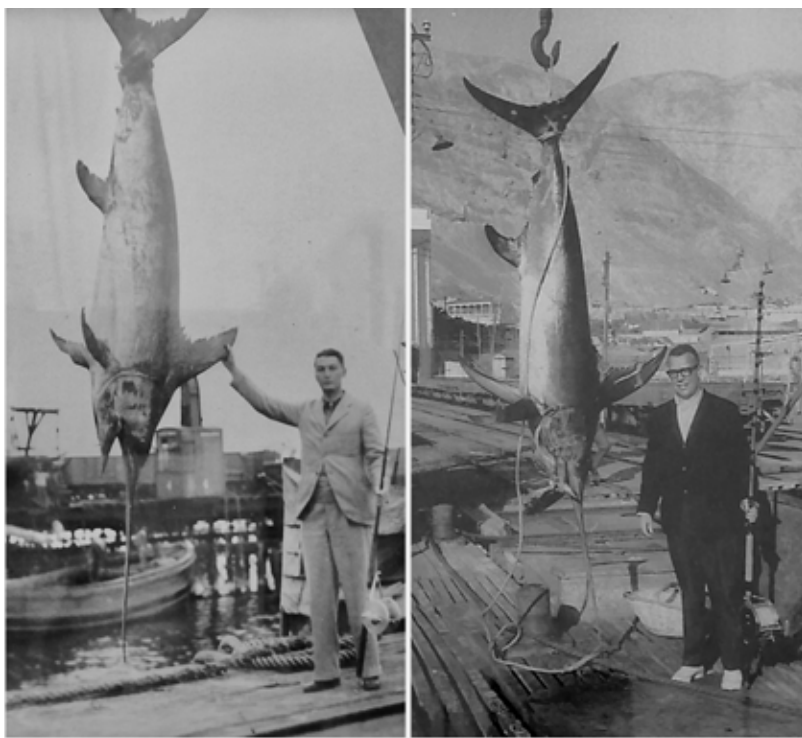


Figura 24. Fritz Utz, quien el 30 julio de 1936 capturó un ejemplar de pez espada de 480 libras. El 19 de junio de 1938 cazó otro pez espada de 220 kilos. Asimismo, capturó en aguas tocopillanas atunes de aleta amarilla, con un récord de 65 kilos. También es posible ver al pescador L.G. Means, quien visitó Tocopilla en innumerables ocasiones. Julio de 1967. (Archivos del autor).

Joe Peeler, “quien es uno de los mejores pescadores de línea liviana del mundo”, logró capturar un pescado de 95 kilos, y siendo el primer marlín capturado con hilos de 9 en toda Sudamérica. Peeler tuvo que luchar contra el pez hasta que estuvo totalmente muerto. Kip Farrington comenta que Peeler no se atrevió a dejar que el guía tomara el pequeño cable líder en el bote, entonces ataron al pez en la cola sin tocar al cable líder. “Fue bueno que no lo hicieran, porque el guía de pesca rompió al cable líder al momento de tomarlo y justo cuando utilizó su arpón el anzuelo cayó lejos”, indica Farrington (1942: 52).



Figura 25. Horace Graham, ingeniero en la empresa salitrera de los Guggenheim. En 1936 capturó un ejemplar de 432 libras. (Archivos del autor).

El escritor Alexander McDonald cuenta en su libro *Trout Fishing in Chilean Rivers: A Concise Survey* que en marzo de 1940 un grupo de deportistas de los Estados Unidos llegó a Tocopilla en un yate privado. Sus planes eran pescar marlines frente a Tocopilla y luego proceder al sur de Chile para ir en busca de truchas antes del final de la temporada:

Esto iba a ser seguido por un mes de caza, luego de lo cual propusieron regresar a Tocopilla para probar suerte con pez espada de pico ancho. El viaje completo desde los Estados Unidos debía durar unos tres meses, pero valía la pena (Mac-Donald, 1940: 329).

Afortunadamente, todos los peces espada, marlines y especies más pequeñas capturadas en Tocopilla tienen mucha demanda de alimentos tanto

por los residentes como por los visitantes en el puerto. “Y como el pez espada es exactamente el mismo que el capturado en el Atlántico Norte, es naturalmente un gran manjar” (Farrington, 1942: 66).

El 12 de abril de 1940, el diario *Scarsdale Inquirer* notició sobre la hazaña de Bill Haskell, de Bretton Road, quien capturó un marlín rayado. Bill Haskell estaba en Chile porque era gerente interino de Grace Line (12 de abril de 1940).

Sobre la pesca de estas grandes especies, el magazine estadounidense *The American Legion* señaló en 1950: “Hay un viejo dicho que dice que un hombre debe estar loco o ser un tonto para pescar peces espada. No lo discutiré. Pero sí sé que no hay mayor emoción que ver la aleta y la cola de hoz altas sobre el agua, a millas de la costa, y el sol cayendo y el mar vidrioso. Hace algo en la boca del estómago” (febrero de 1950: 61).

LA PESCA FEMENINA

Un espacio importante en el desarrollo de este tipo cacería en aguas saladas ejecutado en las diversas y extensas costas del mundo fue ocupado de modo destacado por algunas mujeres que lograron notoriedad internacional.

En el caso de Tocopilla, varias mujeres llegaron desde lejos y se embarcaron en los muelles salitreros para ir tras los famosos espadones. Muchas de ellas no lograron marcas destacadas; no obstante, muchas señoras capturaron numerosos pescados que resultaron voluminosos en el periodo que estudiamos.

De esta manera, al incluir la participación de mujeres, la caza deportiva se diferenciaba sustancialmente de la pesca artesanal practicada en las costas del Pacífico.

Sabemos que en la década de 1930 y 1940 las actividades deportivas de las mujeres remitían a un grupo de elite de la sociedad, especialmente, estadounidense e inglesa, muchas de ellas con una espléndida situación económica. A su vez, casi todas las mujeres que practicaron la caza deportiva de pez espada en Tocopilla ya contaban con una importante experiencia en otras costas del orbe.

Ciertamente, los pescadores artesanales miraban irrisoriamente y con un fuerte tono de desconfianza a estas mujeres, quienes se acercaban a los muelles con sus aperos deportivos. Pero el machismo también estaba presente en algunos pescadores deportivos. Farrington se refiere a la presión a la que estaban sometidas las mujeres pescadoras, ya sea por la superstición de verlas navegando o por la desconfianza de los hombres. Según Farrington, “todos comentaban, incluso los guías de pesca, que la albacora no era un pez para las mujeres, y así lo creían. Si bien Tucker y Garey compartían esta idea, preferían ser cautelosos al mencionarla, y no ser así pájaros de mal augurio” (1942: 9).

Además, las mujeres debían usar un arnés en todo momento, ya que normalmente eran muy delgadas: “Mi esposa siempre lo hace, y lo lleva sobre el suéter. Le resulta más cómodo utilizar prendas que no tengan que ponerse y quitarse sobre la cabeza” (Farrington, 1942: 38).



Figura 26a. Helen Lerner logró el récord mundial en Tocopilla al cazar una albacora de 258 kilos. (Archivo de K. Farrington, 1942; archivo de IGFA y archivo del autor).



Figura 26b. Los Lerner cazando en la lancha SANTA LUISITA de Grace Line, junio de 1940. (Archivo de K. Farrington, 1942; archivo de IGFA y archivo del autor).

En este apartado, se describen las proezas de algunas mujeres, las cuales se suman a las hazañas que ya hemos adelantado de la esposa de Michael Lerner, la señora Helen Lerner, quien logró el récord mundial en Tocopilla

al cazar una albacora de 258 kilos; junto a su esposo, además, cazaron veinte marlines (*Chilean Gazette*, 1942: 9). Helen Lerner también obtuvo un récord mundial a través por la captura de un marlín rayado que pesó 182 kilos (*Popular Mechanics*, febrero de 1942: 81). En suma, “es una pescadora de caza mayor por derecho propio”³¹.



Figura 27. Helen Lerner también obtuvo un récord mundial por la captura de un marlín rayado que pesó 182 kilos. En la fotografía de la izquierda posa junto al capitán Douglas Osborne, guía de tripulación de la comisión del museo neoyorquino. Ambos lucen un marlín de 403 libras. (Archivo de K. Farrington, 1942; archivo de IGFA).

SARA HOUSTON CHISHOLM, RÉCORD FEMENINO (1939)

Sara Houston Chisholm pasó su infancia en Manhattan y en Long Island, Nueva York. En 1934 se casó con el conocido escritor y pescador deportivo Kip Farrington. Como pescadora y esposa de Farrington, fue conocida con el

³¹ La señora Lerner era compañera y participante de todas las aventuras y expediciones de su esposo, y la primera y única mujer en capturar un pez espada de pico ancho con caña y línea en aguas canadienses. Además, “tiene el récord de disparar a la oveja azul más grande jamás abatida por una mujer. Ella capturó este espécimen en las Montañas Rocosas canadienses. El animal tenía una extensión de 434 pulgadas. También ha matado a leones, búfalos, tigres y todo tipo de caza en muchas partes del mundo, y es una pescadora de caza mayor por derecho propio” (*The Gazette*, Montreal, 18 de agosto de 1939).

nombre de Chisie Farrington. Fue una mujer que no necesitó a su esposo para destacar en estas actividades deportivas, ya que se hizo conocida por derecho propio al lograr algunos récords mundiales.

Sus viajes por el mundo la llevaron no solo a generar importantes marcas, sino que también promovió que las mujeres participaran en la pesca deportiva, al punto que en 1951 publicó un libro en Estados Unidos llamado *Women Can Fish (Las mujeres pueden pescar)*. En dicho libro, la autora llama a las mujeres a disfrutar de aquel deporte y que no solo sean acompañantes de sus maridos o hijos. Por tales razones, el libro brinda una serie de consejos que van desde cómo empacar y ordenar los aperos, indica las técnicas de caza, hasta los vestuarios más adecuados, los modos de situarse en una lancha, etcétera. Asimismo, relata experiencias que pocas mujeres han conocido. Cuenta muchas anécdotas e incidentes interesantes en sus diecisiete años de vida matrimonial con Kip Farrington. En ese tenor, explicitaba que muchas más mujeres deberían ir a pescar, haciendo la salvedad de que en la pesca se compite contra los peces y no contra sus maridos, como en el bridge y otros juegos, lo que reduce la posibilidad de discusiones familiares (Farrington, 1951b).

La carrera de Chisie Farrington se resume en que fue la primera mujer en atrapar un atún con caña y carrete, la primera mujer en atrapar dos marlines en un día, y la primera mujer en atrapar dos peces espada en un día, uno de 396 libras y otro de 659 libras (*The New York Times*, 26 de abril de 1992). Además, recorrió prácticamente todos los mares del mundo.

Fue en 1939 cuando visitó Tocopilla por primera vez junto a su cónyuge, quien dijo que ella usaba una línea de pesca de 39 hilos marca Ashaway, un carrete de pesca 12/0 marca Vom Hofe y una punta de caña de 22 onzas de doble bambú marca Vom Hofe, construida especialmente para los miembros pescadores de atún en encuentros internacionales.

La pescadora deseaba atrapar una albacora, ya que ninguna mujer lo había hecho en las costas sudamericanas. El obstáculo no era solo encontrarse con el gran pez, sino también soportar las miradas machistas que predominaban en el mundo de la pesca deportiva. De todos modos, aquellas consideraciones fueron desechadas por la pescadora. "La historia de mi primer

día de pesca es triste. Yo era el centro de atención de todos los ojos y un gran interés, ya que ninguna señora había pescado allí antes, ni tampoco había capturado un pez espada en las costas de América del sur. Me deseaban lo mejor, pero esperaban lo peor” (Farrington, 1951a: 16).

Una de las hazañas de Sara Houston Chisholm, fue narrada en el diario de viajes que escribió su esposo. Esta proeza remite a la mañana de un domingo, día que atestiguaba un mar tremendamente agitado. Farrington recuerda el suceso en detalle:

Mi esposa enganchó su tercera albacora, y una muy grande, naturalmente no sabía que iba a ser la única vez que iba a divisar al pez durante la batalla. A eso de las cuatro de la tarde, aún el pez continuaba furioso, todo mientras saltaba de mi bote hacia el bote (EL QUINCHIHUE) de Tucker. Asimismo, el mar estaba muy bravo (...) el viento soplabla cada vez más fuerte. Lo que llevó a que el pez bajara a 45 metros de profundidad justo por debajo del bote, y cada vez que recuperábamos la línea, el pez volvía a perderse en el inmenso mar. Mientras tanto, a mi esposa le vinieron algunos dolores de espalda demasiados fuertes, complicando más la situación. A las cinco en punto Tucker le sugirió que me pasara la caña, pero ella se rehusó. Transcurrió una hora y el dolor de espalda se acrecentaba. Tucker nuevamente la instó a que me entregara la caña de pesca —esta vez hice caso de la sugerencia, y si bien el pez iba a quedar fuera de competencia, no queríamos quedarnos con la duda, deseábamos saber dónde estaba enganchado. Evidentemente, el anzuelo ni siquiera le había hecho daño—, pero mi esposa insistió en mantener ella la caña de pesca. El oleaje la golpeaba cada vez más (Farrington, 1942: 10-11).

Ciertamente, las condiciones hostiles del ambiente, en especial los vientos y la agitación del mar, obstaculizaban en gran medida las acciones de la tripulación, la albacora se hundía y daba enormes saltos. Y así pasaron más de siete horas de lucha contra el pez espada. Testigo de esta escena, Farrington le exigió a su esposa que le entregara la caña de pescar, cosa que hizo después de ocho horas con cuarenta minutos.

La verdad es que le pasó la cuenta este pez (...) con su espalda dañada, con claros signos de golpes, se suma que tiene golpes en sus muslos y por los costados, ya que fue arrojada contra los soportes de la silla de hierro. A pesar de haber utilizado tres pares de guantes de pesca, su mano derecha la tenía llena de ampollas. Para peor de los colmos, no habíamos comido nada desde las seis de la mañana. Así que no me quedó otra que ayudarla, primera vez que hago algo así y espero que sea también la última vez. Tomé su caña de pescar con bastante seguridad, y en cuestión de minutos ya tenía controlado al ejemplar. Poco me interesaba si se lograba escapar y soltar el anzuelo, al final de cuentas, ya se encontraba fuera de competencia, así que arremetí con todo contra la albacora. No obstante, al tratar de controlar la caña de pescar, me sorprendí que no pude forzarla mucho más de lo que lo hizo mi esposa (Farrington, 1942: 11-12).

Finalmente, no lograron atrapar la albacora, ya que cortó las lienzas con su pico. Según la memoria de Farrington, ese fue el pez más fuerte con que le tocó luchar. La tensión en las cañas fue inédita para esos pescadores. Ante la derrota, descansaron lanzando pan a los enormes pulpos que se acercaban al bote. Sin embargo, el regreso también estuvo lleno de dificultades: el mar había embravecido y los vientos eran densos, se hallaban a 64 kilómetros del norte de Tocopilla. Cuando llegaron al puerto, eran las cuatro de la mañana y ya se estaban alistando tres lanchas para salir en busca de los pescadores, que imaginaban una desgracia.

Después de innumerables intentos y a pesar del desgaste físico, Sara Houston Chisholm de Farrington se subió nuevamente a la lancha el 27 de mayo de 1939. Su marido recuerda:

Mi esposa no estaba muy conforme, sentía que después de haber viajado más de 7.000 kilómetros a los mares más grandes de pesca que hay en el mundo, otros competidores la iban a superar. Así que le comenté que tan solo era un bajón anímico que atravesamos todos quienes pescamos especies grandes (Farrington, 1942: 13).

Fue entonces que cuando, a eso de las diez de la mañana, logró que un pez *picara*, y así, después de varias horas de lucha, a eso de las cinco y cuarenta cinco minutos de la tarde, atrapó a un pez espada. “La mañana siguiente fuimos a pesar al pescado, dando un peso de 584 libras (248 kilos)” (Farrington, 1942: 13).

El diario *The Evening Star*, que circulaba en Washington, difundió la noticia de la hazaña:

Hemos tenido ocasión antes en esta columna de elogiar la habilidad de pesca de la señora Farrington de Long Island, y una vez más la señora Farrington merece atención. Ella ha logrado el récord mundial de las mujeres para el pez espada. El 27 de mayo, fuera de Tocopilla, capturó 584 libras en 340 minutos (...) en dura batalla contra uno de los luchadores oceánicos más obstinados y con más juego (31 de mayo de 1939).

Dos años después de la destacada marca obtenida en aguas tocopillanas, la pescadora retornó a la Bahía Algodonales, de Tocopilla. El camino de triunfo logrado tendría otra evidencia. Sara Houston Chisholm obtuvo un segundo récord mundial en el puerto salitrero al atrapar un pez espada de 630 libras en una batalla de dos horas con cuarenta minutos. También en junio de 1941, la esposa de Farrington capturó un tiburón mako de 136 kilos.

Según las informaciones del magazine *Chilean Gazette*, la señora Farrington y su esposo pescaron diez peces espada en doce días en Tocopilla:

La señora Farrington rompió dos veces el récord mundial de damas y el récord de pez espada de 24 hilos que se ha mantenido desde 1927. También se convirtió en la primera mujer del mundo en atrapar a dos en un día. Tomó 853 libras, siete libras bajo el récord mundial, y también pescó dos en un día pesando 617 libras cada una (1942: 31).

MRS. EDWARD LOWE Y LA MARCA QUE CEDIÓ (1940)

En junio 1940, la señora Edward Lowe llegó a Tocopilla desde la ciudad de San Francisco, California. Después de instalarse junto a sus amigos en la

casona de Grace Line, frente a la iglesia Nuestra Señora del Carmen, en plena avenida Arturo Prat, conoció las salitreras de María Elena y Pedro de Valdivia, a las cuales llegó a través del ferrocarril eléctrico.

Después de recorrer la árida pampa minera, alistó sus indumentarias y aparejos de pesca y se adentró en el Pacífico desde el muelle que administraba la compañía salitrera.

Rumbo al norte de Tocopilla, llegando a la altura de la Piedra del Paragua, logró enganchar a una enorme albacora, con la cual tuvo que batallar por más de 80 minutos. Después de ese lapso, el pez bajó a más de 300 metros y no volvió a salir a la superficie.

Las fuerzas de Lowe se vieron resentidas, por lo cual entregó la caña a su amigo George Garey, quien sin mayor esperanza logró retener al gran pez.

De un momento a otro, el espadón subió hasta la superficie y Garey, aprovechando el cansancio del pescado, logró capturarlo.

El pesaje oficial marcó 387 kilos, una captura que le habría dado a Lowe el honor de haber capturado el pez espada más grande. Farrington dijo al respecto: "Es sin duda una historia con un desenlace no muy feliz" (1942: 66). Naturalmente, esta acción sentenció al pez como una captura injusta. No obstante, los méritos de la señora Lowe, eran indudables.

El diario *The San Francisco Examiner* apuntó: "Lo más destacado del viaje fue cuando la señora Lowe atrapó un pez espada que pesaba 846 libras y perdió la oportunidad de ganar un récord mundial porque tuvo que tener ayuda para traerlo" (28 de julio de 1940).

Este tipo de situaciones fueron mucho más usuales de lo que se piensa. Los fracasos y sus respectivas frustraciones, no siempre quedan registrados o son escasamente comentados.

GEORGIA MCCOY: UN MES DE PESCA Y UN RÉCORD (1940)

El diario *Honolulu Star-Bulletin* de Hawái también notició las acciones de pesca: "Se acaba de recibir noticias de Tocopilla, Chile, de un nuevo récord de mujeres para el pez espada de pico ancho capturado con caña y carrete por la señora John K. Manning de Troy, Nueva York" (31 de agosto de 1940), quien tenía como nombre de soltera Georgia McCoy (Menke, 1950: 7).

La señora Manning consiguió un récord con un pez espada de pico ancho de 611 libras el 23 de julio de 1940, pescando desde la lancha SANTA TERESITA. Los caladeros de Tocopilla, “descubiertos” hace poco tiempo por los pescadores de caza mayor, habían producido muchos récords mundiales durante los últimos dos años. “El trabajo pionero en estos terrenos fue realizado por entusiastas de los grandes juegos como S. Kip Farrington, Harlan Major, Michael Lerner y W. E. S. Toker” (*Honolulu Star-Bulletin*, 31 de agosto de 1940).

Además, junto a su esposo, quien también era un prominente pescador y deportista, poseedor del récord mundial de atún, salieron desde Nueva York a fines de junio, y habían planeado pasar un mes pescando peces espada y marlines en la costa de Tocopilla, cuando “esta pescadora justo estaba usando una línea de 39 hilos” (*Daily News*, 26 de julio de 1940). Durante la visita del matrimonio Manning, a fines de junio y principios de agosto de 1940, “hubo verdadera abundancia de pesca, y es así cómo los visitantes lograron albacoras de más de 500 libras y un pez aguja de 381 libras” (Tucker, 1948: 31).

Un año antes, la señora Manning, entonces Georgia McCoy de Los Ángeles, era famosa por haber pescado un atún de 575 y otro de 715 libras en Wedgeport, Canadá (*The Akron Beacon Journal*, 29 de julio de 1940).

ROSE SAUL MONTGOMERY, RÉCORD CON UN MARLÍN RAYADO (1941)

Después de visitar Tocopilla, Francesca La Monte dijo: “Ojalá supiéramos tanto sobre los marlines. Estos ofrecen un estudio aún más complicado, ya que solo hay un pez espada en todo el mundo, pero hay varios marlines diferentes: el blanco, azul, negro, rayado” (1940: 278).

La Monte agregó que el marlín, el pez vela y el pez espada tienen un tipo de cabeza que los identificaba como familia, e incluso una nariz familiar, salvo que el pez espada la tiene ancha y plana. Por su parte, la del marlín es más estrecha y cilíndrica. El marlín rayado era famoso por su cola y era considerado una de las especies más bellas, que Farrington describió del siguiente modo:

Es el pez más hermoso del mundo. No quiero decir que los que se encuentran en Catalina, México y Nueva Zelanda no sean hermosos; más bien, mi razón para hacer esta afirmación es que están en una condición

tan maravillosa en las costas de Chile y son de tamaño muy grandes en relación a cualquier otro lugar del mundo (1942: 50).

En ese entonces, la captura de un marlín rayado produjo una nueva noticia internacional. El 20 de julio de 1941, el diario *The Sunday*, que tenía amplia circulación en Washington D.C., tituló: "Mujer de Washington aterrizó marlín rayado de 370 libras" y en una imponente fotografía retrata a Rose Saul Montgomery junto a su hermano Bernard F. Saul. El mismo medio relata:

Esto está escrito para los pescadores de Washington que obtienen una emoción desvergonzada de sacar algunas plácidas cabezas duras de la bahía de Chesapeake. Es la historia de una mujer que acaba de regresar de Sudamérica, donde atrapó un marlín rayado que pesaba 370 libras.

La señora Rose Saul Montgomery había realizado un viaje de 13.000 millas por Sudamérica en compañía de su hermano Bernard F. Saul, también de Washington, junto con Francis J. Kelly, oriunda de Chicago.

El matutino de Washington comentaba que el grupo liderado por la pescadora tenía como objetivo llegar a la nombrada ciudad de Tocopilla para ir en busca de algún pez apreciable en su volumen. "En unos pocos días de pesca (...) atrapó tres marlines rayados. El récord de 370 libras de la señora Montgomery allí fue tomado después de una batalla de 28 minutos. La señora Kelly consiguió una de 311 libras y el señor Saul atrapó uno que pesaba 328 libras" (*The Sunday*, 20 de julio de 1941).

Los peces capturados fueron exhibidos en el muelle de madera de la Compañía Minera de Tocopilla. Seguidamente, se fueron camino a Washington en barco, y el grupo de pescadores guardó como grandes tesoros las fotografías y pruebas juradas para probar sus historias. No obstante, el *team* comentó al diario que un pez espada de pico ancho, que debía haber pesado alrededor de 450 libras, se les escapó una vez que había sido atrapado en aguas tocopillanas³².

³² *The New York Times* informó el 16 de abril de 1944 que Montgomery lideraba una competencia de pesca de tiburón martillo en los Estados Unidos, durante la cual capturó un ejemplar de 158 libras.



Figura 28. Sara Houston Chisholm, esposa de Kip Farrington, el 27 de mayo de 1939 logró el récord mundial femenino en la caza del pez espada, al capturar un ejemplar de 585 libras. Un segundo récord mundial que logró en Tocopilla fue en 1941. *Chilean Gazette* comentó en octubre de 1942: “La señora Farrington rompió dos veces el récord mundial de damas y el récord de pez espada de 24 hilos que se ha mantenido desde 1927. También se convirtió en la primera mujer del mundo en atrapar a dos en un día”. (Archivo de K. Farrington, 1942; archivo de IGFA y archivo del autor).

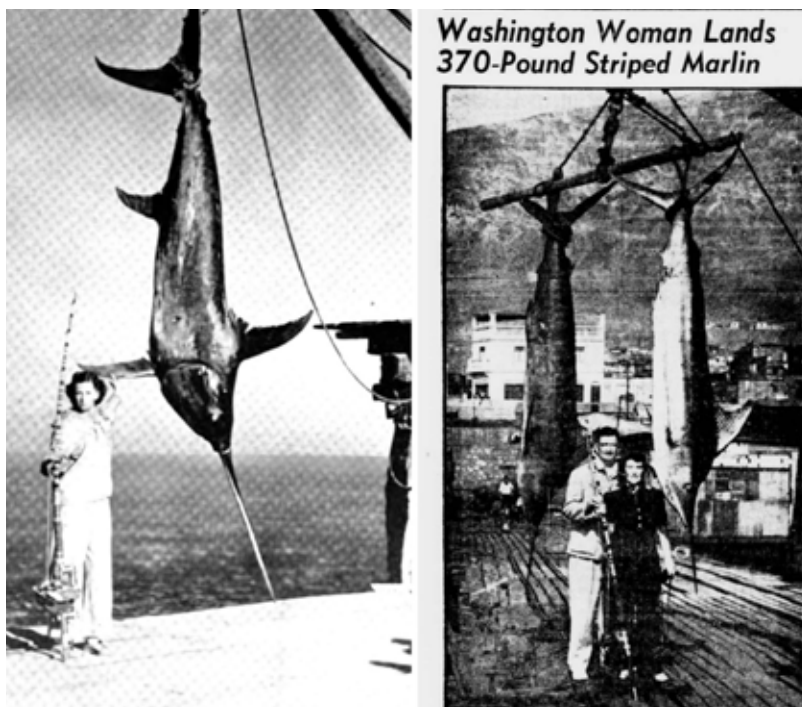


Figura 29. Manning consiguió un récord con un pez espada de pico ancho de 611 libras el 23 de julio de 1940, pescando desde la lancha SANTA TERESITA. En la fotografía derecha, Rose Saul Montgomery junto a su hermano Bernard F. Saul exhibiendo un marlín rayado de 370 libras, fotografía publicada en *The Sunday* el 20 de julio de 1941. (Archivos del autor).

Después de visitar Tocopilla, los pescadores Montgomery irían a pescar en la frontera de Perú con Ecuador. Sin embargo, un conflicto armado entre peruanos y ecuatorianos en Talara arruinó su plan de pescar marlín negro allí.

Sobre la participación de otras mujeres, debemos citar a Fay Crowder, si bien registró una hazaña en un periodo posterior al marco temporal de nuestro estudio, merece ser visibilizada: "Pescado récord desembarcado por mujer amateur", informó *The Birmingham News* el 26 de octubre de 1952. Fay Crowder "no sabía nada sobre la pesca con caña y sedal, pero desembarcó un pez espada que pesaba 694 libras" (*Alton Evening Telegraph*, 3 de octubre de 1952).

Era esposa de Tex Crowder, funcionario estadounidense que laboraba en Chuquicamata. El *Alton Evening Telegraph* consigna que “estaba pescando desde una lancha por primera vez. Los expertos en pesca estaban muy ocupados comprobando si se habían cumplido las condiciones necesarias para poder reclamar un récord mundial” (3 de octubre de 1952). De ese modo, se superaba el récord de Farrington, obtenido en 1941.

No obstante, el récord obtenido en Tocopilla fue superado al poco tiempo, el 2 de julio de 1952, por otra mujer, Mildred Allison, quien capturó un espécimen de 759 libras en Iquique (*Daily Independent Journal*, 31 de julio de 1952).

LOGÍSTICA Y VÍNCULOS

La existencia de estos flujos de pescadores y pescadoras, muchos de ellos con alto estándar de vida y que a la vez eran viajeros cosmopolitas, demandaron la estructuración de itinerarios de locomoción internacional, de modo que barcos, aviones y autos se organizaron para movilizar a estos aventureros. A su vez, demandaron en Tocopilla una infraestructura que facilitara la locomoción interna (que incluía viajes de paseo a la pampa a través del ferrocarril) y la propia estancia en la ciudad. Así, materialidades y personal calificado fueron trascendentales, tales como anfitriones, traductores, cocineros, fotógrafos, tripulación en lanchas, mucamas, mecánicos, estafetas, asistentes de aseo, etcétera. A su vez, la infraestructura para el alojamiento, también para el acceso y reparación de aparejos, lanchas, la disponibilidad de un muelle, combustibles, fueron piezas clave para el desarrollo de este deporte.

La presencia de estos viajeros también estableció un modo singular de relación con la población local. Definitivamente, el prestigio de la pesca no solo quedó en la memoria de los diarios, sino también en la memoria comunitaria, ya que los pescadores deportivos donaban sus capturas marinas, por lo que surgió un notable espacio de distinción, aprecio y también admiración.

AGENCIA GRACE LINE

“El pueblo costero de Tocopilla, en el norte de Chile, se está convirtiendo rápidamente en gran centro de pesca deportiva para los estadounidenses deportistas como resultado de instalaciones de pesca adecuadas recientemente amuebladas por la Grace Line para el beneficio de sus pasajeros y personas que viajan por Pan American-Grace Airways”. De esa manera, el diario *The Philadelphia Inquirer* se refería a la importancia logística que la agencia naviera implementó en este proceso (19 de mayo de 1940).

En junio de 1942, *Dixon Evening Telegraph*, de la ciudad de Illinois, aludía a Tocopilla y a la agencia naviera Grace Line en los siguientes términos:

Tan popular es el paraíso de los pescadores que Grace Line ahora tiene disponible para el uso de los pescadores que visitan Tocopilla un cómodo hospedaje para invitados y dos cruceros de pesca (1 de junio de 1942).

A finales de la década de 1930, la compañía naviera era dirigida por Daulton Mann, un estadounidense entusiasta y promotor de la pesca deportiva, cualidades que lo llevaron a adquirir algunas embarcaciones para facilitar las actividades de pesca, además de acondicionar las instalaciones de la Casa Grace para recibir a los diversos deportistas.

El espacioso edificio de pino oregón³³ se ubicaba en la avenida Arturo Prat de Tocopilla, en las intersecciones de calle Serrano y San Martín, frente a la principal iglesia católica de la ciudad, también construida con abeto de Douglas. En los sectores aledaños a la agencia naviera había connotadas residencias de vecinos comerciantes, pues en los principios del siglo xx era el principal núcleo cívico, donde estaban la municipalidad, la gobernación, algunos consulados, agencias navieras alemanas, el Club de la Unión, los principales hoteles (por ejemplo el Hotel América), la masonería, además de la importante agencia de All America Cables Incorporated, junto a las oficinas administrativas de las empresas salitreras y cupríferas.

Según Kip Farrington, Daulton Mann era "un gran deportista", que además de ser vicepresidente ejecutivo internacional de Grace Line, era "uno de los hombres de buque a vapor más extraordinarios de los Estados Unidos" (1942: 63). Todas estas acciones eran coordinadas desde ese país a través de D. S. Iglehart, el presidente de Grace Line. También contaban con la ayuda de R. R. Adams, vicepresidente ejecutivo; P. B. Iglehart, vicepresidente de operaciones; R. A. Shiner, asistente de gerente de tráfico y Jimmy Hoyt, quien también fue operador en Tocopilla y organizó las sorprendentes instalaciones cuando llegaban los barcos.

³³ Desde la década de 1960, el inmueble de Grace Line fue adaptado como una escuela particular adquiriendo el nombre de Colegio Sagrada Familia N° 23, dependiente del Arzobispado de Antofagasta.

El pescador Farrington recuerda:

Mi esposa y yo estamos felices de contarnos entre los pescadores que tienen una deuda de gratitud con estos hombres, así como con todos los demás funcionarios y empleados de Grace Line por su amabilidad y cortesía hacia los pescadores que visitan Chile (1942: 64).

Los pescadores que venían desde los Estados Unidos viajaban en los barcos de Grace Lin y el primer puerto de escala en Chile era la ciudad de Arica, lugar donde debían bajar para presentar sus pasaportes. En su defecto, los pescadores también tenían la opción de viajar en los aviones de la compañía Pan-American Grace Airways (Panagra)³⁴.

El viaje en los barcos de Grace Line desde los Estados Unidos duraba 15 días y recorría 4.400 millas, incluyendo el paso por el canal de Panamá, con paradas en Cristóbal y Balboa, en Panamá; Buenaventura, Colombia; Guayaquil, Ecuador; y cuatro puertos en Perú, más una excursión en tierra por Lima. Al respecto, el diario *Chattanooga Daily Times* reseñó: “No es una distancia demasiado grande para estos peces, en particular el pico ancho, que es tan difícil de atrapar en otras aguas del mundo” (1 de septiembre de 1940).

Cuando los viajeros preferían viajar en los aviones de Pan-American Grace Airways, volaban dos días y una mañana desde Miami, con paradas nocturnas en Cali y luego en Lima, para después aterrizar en Antofagasta. Farrington afirmó al respecto: “¡4.400 millas están a poca distancia para descubrir esta pesca!” (1942: 69).

Dentro del paquete del viaje para los pescadores se incluía el alojamiento y atención en la Casa Grace de Tocopilla.

³⁴ Farrington señala: “al norte se encuentra Iquique, ciudad que alguna vez fue el gran puerto del nitrato en Chile, pero cuyo resplandor ahora es asumido por Tocopilla. También hay muchos peces en este puerto, la Corriente de Humboldt y el Océano Pacífico se encuentran con abundantes peces y se realiza una gran cantidad de pesca comercial. Desde aquí hasta Tocopilla (...) hay 228 kilómetros. El próximo puerto de escala para los barcos de Grace Line, también para Pan-American Grace Airways, es Antofagasta, un poco más de 160 kilómetros al sur de Tocopilla. Este es un puerto abierto para Bolivia sin litoral, y el ferrocarril va desde allí hasta La Paz, su capital” (1942: 63).



Figura 30. Comisión del American Museum of Natural History en las dependencias de la agencia naviera Grace Line, ubicadas en la avenida A. Prat. En las dos fotografías inferiores se aprecia el embarque temprano de las logísticas para las largas jornadas en altamar. (Capturas de pantalla de Edge, 1941).

Recordado personaje fue el inglés Arthur Swain, jefe de personal y fotógrafo, que se encargaba personalmente de los pescadores, junto con coordinar las labores de administración, organizar a los mayordomos, al personal de la cocina, de la lavandería, del servicio de mucamas. Swain ofrecía además los servicios de traducción.

Desde 1940, la Casa Grace se amplió y remodeló en el marco de estas actividades deportivas. Farrington señala que las habitaciones eran grandes, se encontraban asombrosamente decoradas y tenían los reputados colchones marca Simmons. Los baños eran excesivamente grandes, casi del tamaño de las habitaciones, los cuales contaban con duchas, vestidores, tocadores y espejos enormes. Había un taller con herramientas para arreglar y reparar los equipos de pesca. Otro espacio fue especialmente equipado como habitación oscura para que el pescador pudiera obtener imágenes de su preciado pescado. Había una generosa cocina que recibía carnes desde el norte de Argentina, además de un gran stock de productos enlatados provenientes desde los Estados Unidos. Dicha cocina estaba operativa desde las cuatro de la mañana para brindar los desayunos.

Además de una pequeña sala de cine, la Casa Grace tenía una cancha de bádminton completa, una mesa de pimpón y una terraza para tomar el sol. También se ofrecían en arriendo o en venta carretes de pesca, cables, ganchos, varillas, anzuelos, plantilla de plumas, arneses, entre otros implementos de pesca y vestuario. Asimismo, contaba con una tripulación para las embarcaciones, que salían a la pesca con los estadounidenses y orientaban sobre los detalles del muelle.

La tripulación del puerto estaba conformada por tres hombres y había un vigilante nocturno para cada lancha. En total, doce hombres atendían las necesidades de los pescadores y se disponía de teléfonos de radio, toda una vanguardia tecnológica para la época.

Las lanchas SANTA TERESITA y SANTA LUISITA estaban equipadas con silla de combate en la cabina, con tirantes centrales y aparejos para dejar peces a bordo, además de cajas de peces en la popa, cajas para almacenar las carnadas, vigas en la parte superior del techo de la cabina y tubos para hablar al timonel. Conjuntamente, estaban equipadas con arpones, cuchillos, agujas de cebo e hilo. Las cabinas eran seguras y bien ventiladas, con baños en buen estado y una pequeña cocinilla para freír pescado en altamar o para preparar té.



Figura 31. Lancha EL COPIHUE de Grace Line navegando en las costas tocopillanas, 1940. (Archivo de K. Farrington, 1942).

Farrington anotó en su diario de viaje que la Casa Grace enviaba almuerzos calientes o fríos, a gusto del pescador, todos los días: “Te aconsejo no perder la oportunidad de comer tu propio pescado recién salido del mar. Probé el mejor pez espada frito en aceite de oliva en esa estufa de alcohol, solo como un chileno puede cocinarlo” (1942: 73).



Figura 32. Lancha SANTA LUISITA de Grace Line, embarcación que facilitó memorables jornadas de caza, especialmente cuando la comisión del American Museum of Natural History de Nueva York se allegó a las costas de la Atacama tocopillana en 1940. (Archivo de K. Farrington, 1942).

La tripulación constaba de tres hombres: uno ejercía como capitán a cargo del timón, el segundo era el guía de pesca y ayudaba a manipular las carnadas y a dirigir el cable líder cuando el pez espada u otro espécimen eran llevados a bordo. El tercer muchacho era un mecánico experto, quien supervisaba el motor y se encargaba de las maniobras. Kip Farrington los recuerda en su diario de viaje:

Son marineros maravillosos y buenos navegantes, y les encanta ver a sus grupos pescar. Son muy decisivos, y en altamar se muestran como trabajadores muy dispuestos. Siempre en buen estado de ánimo, harán todo

lo que les pidas y correrán el bote de la forma que desees después de la pesca. El cargo por día para cada lanzamiento es de solo \$35 en dinero estadounidense, ciertamente muy bajo en comparación con los precios en la mayoría de los otros centros de pesca que se conocen. Incluye todo: gasolina, aceite, hielo y cebo. Afortunadamente para el pescador, la cuestión vital de conseguir cebo no es un problema en Tocopilla (1942: 73).

En la Casa Grace estaba La Caseta, una gran habitación donde se almacenaban diversos tipos de pieles de pescado y era una especie de laboratorio para los pescadores. También se preparaban las muestras y los empaquetados que se enviarían a diversos laboratorios de los Estados Unidos.

Hacia la década de 1950, la compañía siguió ofreciendo sus servicios. Earl Parker Hanson reseñó: "Para la pesca en altamar, las 2.600 millas de costa de Chile ofrecen algunas de las mejores oportunidades del mundo. La pesca de altura, especialmente de marlín y pez espada, está organizada por Grace Line en Tocopilla en la costa del norte de Chile" (Hanson, 1950: 22).

CAPTURAR Y REGALAR: ALBACOREROS Y COMUNIDAD

La Asociación Internacional de Pesca Deportiva (International Game Fish Association), que tiene su sede en los Estados Unidos, es la institución que regula mundialmente el desarrollo de la pesca a través del uso de caña. Como hemos visto, la institución certifica los diversos logros y establece los récords. En ese sentido, es el organismo que tuvo a cargo la estandarización de los parámetros de competición, de las diversas técnicas asociadas y de los códigos relacionales entre pescadores locales, pescadores deportivos y las comunidades sociales y ambientales donde se desarrolla la actividad.

Por ejemplo, un código muy importante es promover el *capturar y soltar* (*catch and release*), práctica que tiene como objetivo minimizar los impactos de la pesca, y así proteger la vida de diversos organismos afectados por el extractivismo y por la contaminación.

Con el correr de los años, los pescadores deportivos harían del recordado aforismo acuñado por Mel Krieger una verdadera filosofía: "Si no ha devuelto nunca un pez vivo al agua... solo pruebe hacerlo".

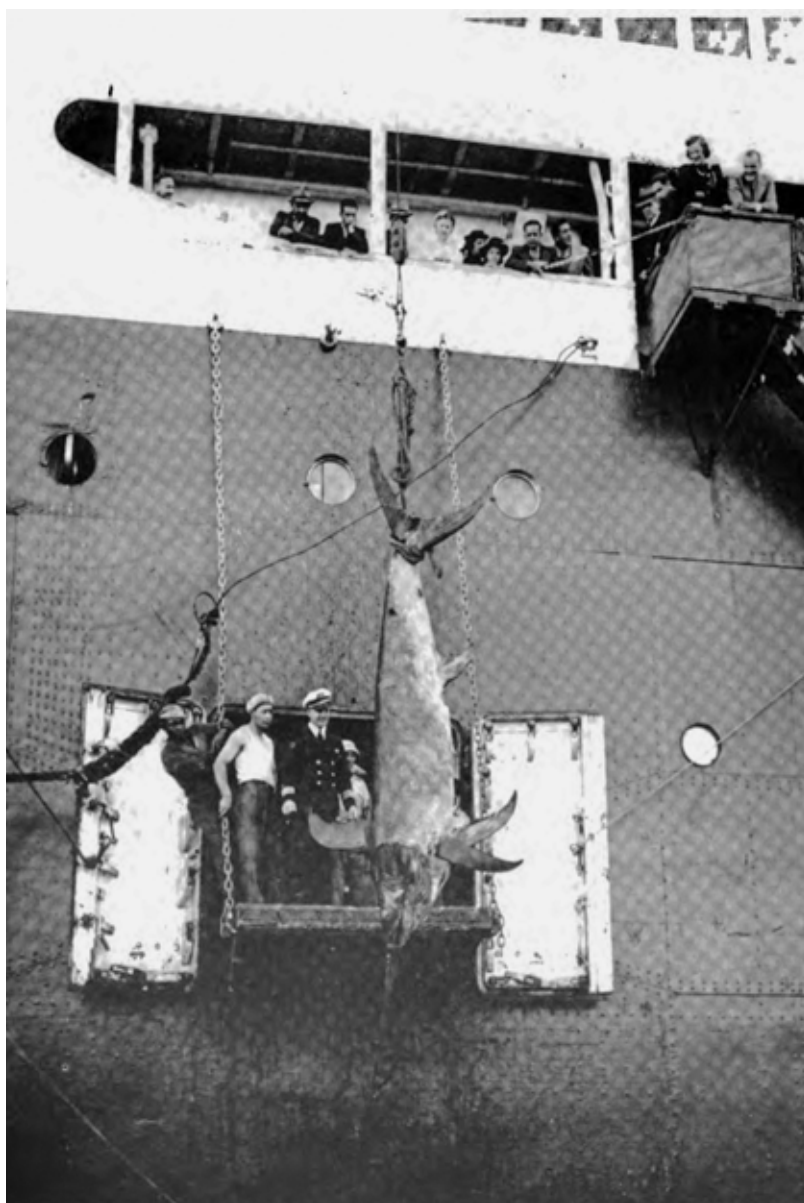


Figura 33. Momento en que una albacora de 386 kilos cazada por Kip Farrington es embarcada en la nave SANTA LUCÍA de Grace con rumbo a los Estados Unidos. (Archivo de K. Farrington, 1942)

Sin embargo, en Tocopilla la idea de "capturar y soltar" evidenció una modificación, porque luego de capturar las albacoras y marlines se regalaban a la comunidad. Aunque otras albacoras eran enviadas a los Estados Unidos en los congeladores de los barcos, en ocasiones fueron comidas durante el viaje. No obstante, donar los pescados a la población local fue una práctica que se hizo tradición.

Francesca La Monte señala que la comisión investigadora del museo neoyorquino había adquirido alta popularidad en la comunidad tocopillana porque, una vez que los peces espadas o los marlines eran examinados en el laboratorio de la Casa Grace, llegaba una gran cantidad de personas a pedir trozos de albacora, carne muy apetecida por la población.

"Vale la pena esperar un poco por este premio, ya que la carne de pez espada es un gran placer allí y una buena variación del congrio y el pejesapo, extremadamente poco atractivos. Ocasionalmente, la espera es larga, ya que siempre hay algunas de nuestras capturas destinadas a las salas de exhibición del Museo" (La Monte, 1940: 279). Por su parte, el diario *La Nación* destacaba que Toker "regala el apreciable producto de su pesca entre los obreros marítimos de la Compañía Salitrera Anglo Chilena" (10 de mayo de 1940). Es decir, se las daba a los trabajadores de la empresa que Toker dirigía en Tocopilla.

Kip Farrington dijo al respecto que en 1941 había en Tocopilla un sindicato de pescadores que en ese momento atravesaba algunas penurias económicas, básicamente por la mala temporada de pesca. Visto el éxito de los extranjeros en la caza de los peces espada, los pescadores artesanales vieron una oportunidad de mejorar su situación. Farrington detalla:

Ocurrió que el presidente del sindicato de pescadores de Tocopilla se acercó a mí y me pidió que les diera mi pescado. Pensé que estaba loco. Más tarde, le entregué otro pescado que capturé, y desde entonces siempre estuvo a mi lado al momento en que yo llegaba al muelle por la noche o cuando salía al día siguiente, encargándome las albacoras para su gremio (1942: 76).

Las primeras albacoras regaladas, permitieron mejorar la economía de los pescadores artesanales de Tocopilla, que normalmente trabajan en la orilla, ya que muchos no contaban con motores. Farrington dice que "ese

primer pez había hecho posible que el sindicato pagara su impuesto de Gobierno” (1942: 76). Trabajar en las orillas o aguas menos profundas también se explica por las ansias de no perder la orientación geográfica.

Por otra parte, Farrington consideraba que los pescadores de Tocopilla ganaban muy poco dinero en la venta de las albacoras. En ese sentido, realizaba algunas comparaciones:

“Los pescadores comerciantes reciben solo alrededor de tres pesos por kilo por albacora y alrededor de un peso por kilo por marlín, muy lejos de los precios que pagan los mercaderes en el Atlántico Norte, que obtienen de diez a cincuenta centavos por dólar por sus capturas, dependiendo del tiempo y la temporada” (1942: 76).

Por pequeña que fuese la ganancia, el pez espada le brindaba al pescador chileno mejores precios que cualquier otro tipo de pez, por lo que era la ambición de todos ellos en convertirse en pescadores de peces espadas; la primera meta, entonces, era tener un motor fuera de borda.

Dado que la carne de la albacora era un productopreciado, se fue encareciendo por la dificultad de la caza y la escasez de motores para llegar mar adentro. No siempre los pescadores artesanales cazaban albacora, pero cuando lo hacían, el pescado entraba en un espiral de especulación a través de intermediarios, por lo que finalmente terminaba siendo un *plato caro*. El diario *La Prensa* tituló el 27 de agosto de 1934: “La albacora sigue siendo un plato de lujo en nuestro puerto”. Según el diario, los vendedores preferían enviar el pescado hacia otras ciudades alejadas de la costa, tales como Calama, Chuquicamata y María Elena, donde los precios no constituían problema por ser un producto marítimo y escaso. Eran las clases modestas locales las afectadas.

En ese contexto, surgió una especie de fraude alimentario, ya que el tiburón mako (*Isurus oxyrinchus*) comenzó a venderse con el nombre de “albacorilla” por sus texturas, color y tamaño similar a la albacora, pero era una forma de engaño. La carne del tiburón es mucho más amarga que la del pez espada. Una forma de confundir al consumidor consistía en exhibir el pescado sin la cabeza, que cortaban mucho antes de la venta para que no se reconociera la notable diferencia entre un tiburón y una albacora.

Los envíos de carne de albacora hacia la pampa salitrera (María Elena, Pedro de Valdivia, Coya Sur), además de Calama y Chuquicamata, eran decisión del Sindicato de Pescadores. Esta política implicaba que, por ejemplo, el 26 de agosto se recibieron alrededor de 3.000 kilos, de los cuales solo 200 quedaron en Tocopilla.



Figura 34. Diversos titulares publicados en los diarios tocopillanos *La Prensa* y *La Opinión* entre 1934 y 1936. (Archivo de la Gobernación de Tocopilla).

En efecto, surgieron varios reclamos y conflictos entre consumidores, pescadores, rematadores y autoridades. En algunos casos, "Por propia voluntad los pescadores han rebajado el precio de la albacora" (*La Opinión*, 26 de junio de 1934), esto ante los hechos de decomisados por no cumplir lo establecido por el Comisariato, institución que fijaba los precios³⁵ de los alimentos desde 1932. El editor del diario *La Opinión* comentaba:

³⁵ El comisario departamental (dependiente de la Gobernación) controlaba los precios a los que el pescador podría vender la albacora al revendedor. Asimismo, se fijaban los precios a domicilio o venta en la calle, además del precio a las oficinas salitreras, tales como María Elena, José Francisco Vergara y Coya Sur (*La Opinión*, 9 de julio de 1932).

Los pescadores han debido convencerse del profundo error que encierra la política que han seguido en esta temporada de los precios altos, han tenido que reconocer que la razón está de parte del público que los ha boicoteado y cuyo sentir nosotros hemos interpretado al realizar la campaña en contra de los monopolizadores de la albacora (26 de junio de 1934).

El proceso de la especulación de la albacora fue perseguido por las autoridades, especialmente por el comisario de Subsistencia y Precios, luego de lo cual se creó un reglamento para sancionar las prácticas de colusión (*La Opinión*, 5 de octubre de 1935). Sobre estos reglamentos, datados en septiembre de 1935, surgieron alzas del precio como “represalia por las determinaciones que tuvo nuestra autoridad con los pescadores i algunos compradores” (*La Opinión*, 1 de octubre de 1935).

Como era un ejemplar escaso, en el decir del diario *La Opinión* se motivaría el alza del precio. Según el Sindicato de Pescadores de Tocopilla, las albacoras en algunas épocas se alejaban de Tocopilla y se hallaban en las cercanías de Iquique: “Un motor, para poder llegar a esa latitud, tendría como gasto la alzada suma de \$200 pesos, dinero que en la actualidad hay muchos que no cuentan” (*La Opinión*, 15 de octubre de 1935).

El problema del encarecimiento era un problema de conmoción pública que no tuvo arreglo con el paso de los años. El 30 mayo de 1936, el diario *La Opinión* señalaba: “Vergonzoso negociado se está practicando con la venta de la albacora (...) numeroso público llegó a protestar a *La Opinión* por la no intervención de las autoridades contra esta especulación con el pueblo”. Dentro de las quejas, nuevamente surgía el problema del desabastecimiento por efecto de la exportación de la carne de albacora hacia la pampa.

Fue entonces cuando los pescadores deportivos comenzaron a destacarse en el puerto porque donaban las tremendas especies capturadas no solo al Sindicato de Pescadores, sino también a los pobladores, al hospital y a los campamentos mineros del interior de Tocopilla, especialmente a los de las minas La Despreciada y Minitas, muy precarizados, con familias con muchos hijos y con una población que escasamente tenía acceso a productos de primera necesidad.

También se donó carne de albacora a empobrecidos barrios portuarios, tal fue el caso de la población La Manchuria, una barriada extremadamente menesterosa situada en la periferia norte de la localidad. Era un barrio constituido por casas y tolderías de cartones, latas, maderas, plásticos, etcétera. No contaban con agua ni con electricidad, mucho menos con alcantarillado, donde el hacinamiento y la morbilidad eran una conmovedora realidad.

Fue en aquellos barrios y campamentos donde los estadounidenses llegaban raudos en vehículos Ford, usualmente, sin aviso. Eran recibidos como verdaderos héroes. La carne de la albacora calmaba circunstancialmente el hambre y diversificaba la dieta en dichas poblaciones precarias. Asimismo, el aceite de la albacora era usado por algunos hombres para sanar dolencias pulmonares a través de friegas en el pecho y en la espalda. Van Kessel reportó aquella práctica aun en la década de 1980: "El aceite se obtiene de la cabeza del pescado mediante el cocido en agua en recipientes" (Van Kessel, 1986: 11).

En 1941 era alcalde de Tocopilla un dirigente comunista llamado Víctor Contreras Tapia. Recordado personaje carismático que, además de ser alcalde, era al mismo tiempo un jornalero de mar en la empresa salitrera, la que dirigía Mr. Tucker, el albacorero de las marcas mundiales. Contreras Tapia en las mañanas era un palero y estibador, y en las tardes era alcalde, situación que generó una importante admiración y respeto comunitario. La relación entre Víctor Contreras y Williams Tucker era relativamente conflictiva en razón de los cargos de ambos; además, Contreras Tapia había sido presidente del Sindicato de Lancheros y Ramos Similares de Tocopilla, escenario que propició conflictos entre ambos por algunos sucesos huelguísticos.

Sobre la personalidad de W. E. S. Tucker, el alcalde Contreras mencionó aspectos no tan saludables en un libro autobiográfico, señalando que los gerentes de la termoeléctrica y los directivos de la empresa salitrera eran bien distintos entre sí:

El de la Anglo Lautaro era un inglés —la gente suele decir que los ingleses son muy caballeros— pero éste era hartito poco. Cuando era invitado, como se acostumbraba para los aniversarios nacionales o locales, las autoridades que ofrecían la manifestación esperaban como es natural a sus invitados en la puerta. El señor Tucker llegaba con un "buenos días" que no parecía

saludo, sin tender la mano a nadie y seguía derecho para adentro. Allá corrían algunos “chupamedias” a atenderlo. Yo tuve muchas discusiones con algunos por este servilismo hacia el inglés que, además, era gerente de una compañía que hartó nos explotaba (Contreras, 1981: 103).

Sobre el amigo de Tucker, Mr. Boynton, pescador ocasional de albacoras, Contreras Tapia mencionó: “Arturo Boynton, el gerente de la Chilex³⁶, era distinto. La gente lo llamaba el ‘huaso’ Boynton por su trato sencillo” (Contreras, 1981: 103).

Aun en esas circunstancias, hemos hallado una decidora carta del alcalde Contreras Tapia dirigida hacia Tucker en el marco del agradecimiento por las donaciones de albacora a los pobladores pobres.

Estimado W. E. S. Tucker: En el rol de mi cargo debo agradecer a Ud. los admirables gestos que ha tenido junto a sus amigos para con los pobladores del barrio La Manchuria, abatido sector de la ciudad que en julio de 1940 sufrió las peores consecuencias por el alud de barro y piedras que destruyó los ranchos y chozas de los viejos salitreros y mineros que allí habitan. La ayuda entregada por los pescadores deportivos que visitan nuestras costas ha sido de gran ayuda y alivio en los momentos amargos que vive nuestro proletariado. Los trozos de albacora y diversos pescados ayudan a mitigar la angustia de no tener pan en sus tristes bocas. Los vecinos han venido a mi despacho alegres a contarnos sobre los pescados donados. Solo he visto brillar sus ojos de alegría en días aciagos como los que se viven en Tocopilla.

Víctor Contreras, alcalde, Tocopilla, 14 de marzo de 1941³⁷.

Fue entonces que la albacora comenzó a ser identificada como el consumo propio de una clase desfavorecida, paradójicamente en una escena de encarecimiento de aquellas carnes marinas. Pero las donaciones de los estadounidenses dislocaban las circunstancias.

³⁶ Estilo popular de nombrar a la empresa The Chile Exploration Company.

³⁷ Archivo de la Gobernación Departamental de Tocopilla, *Carta s/n, a Mr. Tucker, remite. V. Contreras*, 14 de marzo de 1941.

De cierto modo, los propios estadounidenses que participaban laboralmente en la termoeléctrica que energizaba a Chuquicamata y en la exportación del salitre del sistema Guggenheim eran testigos de la profunda desigualdad socioeconómica del territorio que, siendo rico en cobre y salitre, era a la vez de una pobreza extrema. La misma ciudad donde los estadounidenses tenían implementada una de las termoeléctricas más potentes del orbe, para alimentar a la mina de cobre más grande del mundo, la ciudad no tenía electricidad. La electricidad se distribuyó en Tocopilla recién 1942, mientras que la termoeléctrica había sido inaugurada en 1915 (Galaz-Mandakovic, 2019a: 134). De esta manera, las donaciones fueron constituyendo un modo de prestigio y de admiración aun en una escena de fuerte asimetría socioeconómica y tecnológica. De igual modo, era ciudad sumamente contaminada por la combustión de petróleo³⁸. Era Tocopilla una ciudad ahumada y ennegrecida. Simultáneamente, el mar sufría la contaminación térmica, consistente en la devolución de las aguas de mar usadas en la usina y procesadas en condensadores para enfriar las turbinas, aguas que volvían al mar con mayores grados en relación con la temperatura natural, lo que alteraba radicalmente las comunidades de plantas y animales acuáticos³⁹.

³⁸ El tocopillano Sergio Fernández (nacido en 1930 y fallecido en 2016) nos comentó que él, siendo un niño, iba a la zona de los muelles junto a familiares a mirar las labores de pescadores artesanales, el embarque de salitre en lanchones y el desembarque de albacoras. Recuerda que los pescadores, además de los comentarios de un tío referían que “no era bueno pescar cerca de la Chilex, porque había mucho humo y además escaseaban los pescados”. Agrega que esa zona era considerada “muy sucia” porque siempre había derrame de petróleo y siempre había pájaros muertos. “Cuando uno pasaba en falucho por esa zona siempre había pescados flotando, buenas manchas de petróleo que provenía de las descargas de los barcos petroleros gringos, entonces a los viejos no les gustaba pasar por ahí, además el agua estaba más caliente en comparación con las playas que estaban más al norte, por ejemplo, con la playa de Caleta Vieja (4 kilómetros al norte), pero había niños que se metían a la zona de la Chilex y se bañaban porque el agua no era helada y les gustaba tirar piedras a los manchones de petróleo que se formaban todos los días... una vez vimos que un lobo estaba como atrapado en un gran machón de petróleo” (entrevista a Sergio Fernández, febrero de 2016).

³⁹ El calentamiento de las aguas costeras tiene efectos muy pronunciados sobre la biota marina. Además, el agua que es succionada por la termoeléctrica para ser pasada a través de los condensadores succionaba organismos del fito y zooplankton, tales como huevos y larvas de moluscos, crustáceos y peces, los cuales son destruidos por la presión a la que el agua circula por los tubos de intercambio, por las diferencias de temperatura y por las sustancias químicas y biocidas que se emplean para prevenir la corrosión en los condensadores.

En ese sentido, la comunidad estadounidense reprodujo en Tocopilla una razón legitimada basada en estructuras de reciprocidad propias de la lógica del don, momento en el cual el acto de donar albacoras no fue solo una iniciativa de generosidad espontánea y despojada de interés, sino quizás una marca de superioridad o predominio (Mauss, 2008). Es decir, no cualquiera es el donante, sino que es aquel que exhibe poder, una diferencia y un capital necesario para hacerlo, y con su donación de alguna forma apabulla y sorprende a quien no tiene esos medios.

Aquellos hechos construyeron jerarquías en el imaginario local, nuevas representaciones y fueron desencadenando imágenes de distinción desde los tocopillanos desheredados. De ese modo, los pescadores donantes obtuvieron legitimidad y reconocimiento social, además de ser admirados por sus destrezas deportivas. Fueron también construyendo una nueva identidad que se agregaba y complementaba con los roles de extractores de minerales y de generadores de electricidad para la misma minería. Todo aquello estructuró cierta imagen de *grandes hombres y mujeres*, gracias a sus recursos excedentarios, lo que permitió un fuerte potencial simbólico y político que brindó el soporte de una posición de reputación provechosa.

La donación construyó deudas que, de una u otra manera, fueron retribuidas a través del prestigio y la configuración de redes sociales que favorecieron la reproducción de la elitización de la pesca deportiva como derivado de una actividad minera.

En la sociedad mercantil del desierto minero costero, la misma que consigna a una efectiva periferia estatal, los migrantes fueron valorizados según su potencia económica y donativa. Surgió con ello una métrica de prestigio que se especificaba según lo donado. Participaban de esta lógica de la donación los estadounidenses y también los chinos allegados desde Guangdong (Galaz-Mandakovic y Moraga, 2021). Eran quienes contaban con la potencia agonística para quemar los excedentes, para regalar los trofeos que brindaban fama y prestigio internacional.

Fue allí cuando la albacora devino en cierto fetiche que funcionaba también como capital que activó relaciones y devino, como diría Godelier, en “valor dotado del poder de engendrar por sí mismo el valor, como dinero capaz de engendrar dinero” (1996: 97).



Figura 35. Jóvenes trabajando en los barrios populares de Tocopilla durante julio de 1940. Algunos botes y los automóviles con los cuales los estadounidenses visitaban la pampa y trasladaban también las albacoras hacia los barrios empobrecidos de Tocopilla. (La Monte, 1940).

El desierto marítimo de Tocopilla fue el territorio para el intercambio mercantil y el contrato, por una parte, pero también para las relaciones simbólicas, no contractuales ni “negociables”. Siempre en algún techo de nylon, en donde frazadas y cartones eran los bastidores, un trozo de albacora fue sinónimo de goce de paladar y alegría estomacal.

FARRINGTON Y LERNER PREMIADOS POR SUS HAZAÑAS (1942)

En abril de 1942 se realizó un importante evento en California: la 44° Cena Anual de California Club junto a los socios de Tuna Club de la isla Santa Catalina. La instancia contó con una exposición fotográfica donde destacaban

en tamaño y en color dos grandes fotografías que remitían a las batallas de pesca. Aquellas fotografías eran las que mejor representaron las actividades del año. La primera mostraba una espectacular batalla de caña contra un pez espada frente a las costas de Avalon, California, ejecutada por el pescador Stonson Ward. La segunda correspondía a una batalla entre un pez espada enorme y Kip Farrington, desarrollada en aguas tocopillanas durante 1941.



Figura 36. Kip Farrington (izquierda) y Michael Lerner (derecha) en los Estados Unidos, comentando las actividades realizadas en Tocopilla, las que significaron el reconocimiento del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York junto con el Gobierno de Chile, encabezado en ese entonces por Juan Antonio Ríos. (*Chilean Gazette*, junio de 1943).

Dicha cena era el encuentro anual de los más destacados pescadores deportivos de los Estados Unidos, ocasión donde se distribuyeron numerosos premios, trofeos y medallas entre los miembros por las diversas sergas realizadas a lo largo y ancho del mundo. La conferencia principal fue de Kip Farrington, quien narró sus aventuras tocopillanas (*Wilmington Daily Press Journal*, 4 de abril de 1942).

Las actividades deportivas de pesca en aguas saladas no solo trajeron trofeos y fama para sus practicantes, sino que también influyeron en el desarrollo de una literatura difundida en libros y magazines internacionales, principalmente en los Estados Unidos. También implicó el progreso del saber científico sobre los grandes peces marinos. En ese escenario, las actividades desarrolladas por Michael Lerner y Kip Farrington fueron fundamentales. Ante dichas consideraciones, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, junto con el Gobierno de Chile, encabezado en ese entonces por Juan Antonio Ríos, reconocieron las hazañas de aquellos connotados pescadores deportivos.

El magazine *Chilean Gazette* así lo expuso:

En las ceremonias especiales celebradas en el Museo Americano de Historia Natural el miércoles 9 de junio (1942), Aníbal Jara, Cónsul General de Chile, otorgó en nombre de su gobierno el premio más impresionante a los ciudadanos extranjeros, la Condecoración Al Mérito, en el título de Comendador sobre el señor Michael Lerner, Fideicomisario del Museo Americano y el señor S. Kip Farrington, famoso autor y deportista (junio de 1943: 11).

A Farrington se lo reconoció por ser uno de los pescadores de agua salada más destacados del mundo y por su gran cantidad de escritos de renombre en ese campo. Las autoridades chilenas señalaron que Farrington había fomentado en gran medida las relaciones culturales entre Chile y los Estados Unidos, particularmente en los relatos de sus expediciones en aguas chilenas. Claramente, la principal obra de Farrington fue el libro *Pacific Game Fishing* (1942); además, fue editor en el área de pesca en agua salada en la revista *Field and Stream*, publicada en los Estados Unidos.

Por su parte, se condecoró a Michael Lerner por sus servicios a Chile en relación con su expedición de 1940 bajo los auspicios del Museo Americano de Historia Natural, momento en que visitó Tocopilla junto a la destacada ictióloga Francesca La Monte, todo con el "propósito de estudiar a los peces marinos. La expedición logró importantes resultados no solo en el sentido científico sino también en las relaciones culturales de los dos países",

comentaba el magazine *Chilean Gazette*, agregando que para “el éxito de la expedición del señor Lerner, el gobierno chileno, los oficiales de industrias prominentes, la prensa y las líneas de transporte compitieron entre sí en la hospitalidad y asistencia” (junio de 1943: 11).

Después de presentar las condecoraciones y de una alocución del cónsul Jara, el señor A. Perrysborn, presidente interino del Museo Americano de Historia Natural, expresó la apreciación de la Junta de Síndicos por el honor conferido a uno de sus miembros.

RECONOCIMIENTO A W. E. S. TUKER (1949)

En 1949, la Gobernación Departamental de Tocopilla, en conjunto con el gobierno de Gabriel González Videla, deciden entregar a W. E. S. Toker la Condecoración de Honor al Mérito por haber contribuido a las relaciones internacionales de Tocopilla, por sus acciones sociales y por su destacado rol como pescador deportivo que logró marcas universales. Debemos recordar que Toker era a la vez el vicecónsul británico en Tocopilla.

Un documento de la Gobernación fechado el 29 de diciembre de 1949, firmado por el gobernador Justo Martín Droguett, comenta el evento en que se entregó dicho reconocimiento, el cual fue realizado en el Teatro Nacional de la empresa Bidwell de calle Bolívar, teatro que se atiborró con pobladores, ocasión donde se emitieron elocuentes discursos. El documento cita:

El acto resultó brillante y el público no dejó de aplaudir y reconocer el súbdito del imperio británico. Además de los discursos del alcalde, el gobernador y del propio Mr. Toker, se contó con el discurso de los representantes del Sindicato Industrial del Ferrocarril de Tocopilla al Toco (FCTT), el señor Segismundo Marín Torres, quien hizo pública la satisfacción con que los obreros del ferrocarril habían recibido la noticia de la distinción y reconocimiento que había sido objeto Mr. W. E. S. Toker, quien recibió por parte del sindicato un banderín bordado en seda y colocado en un pedestal de bronce. De igual modo, hicieron uso de la palabra los representantes

del Servicio Marítimo, del Club Deportivos Villa Prat y el presidente de Chile Sporting Club⁴⁰.

Al poco tiempo de este reconocimiento nacional y provincial, Williams Edred Sanger Toker falleció, en 1955. Un año antes había recibido en Tocopilla el The New Year Honours 1954, reconocimiento del imperio británico a quienes habían realizado buenas obras en diversos países (*The London Gazette*, 29 de diciembre de 1953).

⁴⁰ Archivo de la Gobernación de Tocopilla. *Memoria anual de 1949, principales hechos*. Gob. Justo Martín Droguett, 29 de diciembre de 1949.

CONCLUSIONES

La presente investigación es una memoria construida no a partir de los márgenes nacionales, sino también “desde afuera”, y no exclusivamente desde el punto de vista de las fuentes históricas internacionales, que resultaron fundamentales, sino además en el sentido de una singular interrelación transfronteriza. Es decir, fueron extranjeros quienes redefinieron un territorio y espacio marítimo en el marco de sus riquezas. Pero fue ese mismo territorio costero y espacio marítimo el que redefinió varias biografías, que cimentó nuevas semánticas, e hizo surgir identidades e interesantes procesos culturales.

Ya lo hemos advertido, Tocopilla tuvo fama mundial por ser un verdadero “paraíso de los pescadores deportivos”. Aquella fue la impronta identitaria que adquirió el puerto que exteriorizaba la producción salitrera del sistema Guggenheim. A aquella imagen ecológica contribuyeron los pescadores deportivos, los ictiólogos y los periodistas, que no dejaron de noticiar desde los Estados Unidos las diversas hazañas e hitos que transcurrieron desde 1933 en el puerto salitrero.

A pesar de que el pez espada es una especie que migra entre distintos mares con diferentes temperaturas, es sabido que prefiere las aguas cálidas. No debemos soslayar que las aguas tocopillanas eran más cálidas que las aguas de Iquique y Antofagasta por la sencilla razón de que en Tocopilla, gracias a la termoeléctrica, se evidenció desde 1915 una densa contaminación térmica de las aguas. La usina eléctrica, una vez que usaba el agua de mar para enfriar los condensadores de las turbinas, la devolvía al mar, pero llegaba completamente caliente, es decir, con una diferencia radical en los grados del agua en su condición natural, “en efecto, al inicio de la temporada de pesca el pez espada se encuentra cerca de la costa en aguas relativamente cálidas” (Yáñez *et al.*, 1996: 134). Es una hipótesis que, para el caso tocopillano, no ha sido estudiada. Pero es evidente la correlación, o al menos así lo indicaba la epistemología popular y portuaria a mediados del siglo xx.

Más allá de aquellas conjeturas, el pez espada era un ejemplar sumamente admirado por su belleza, y por sus fuerzas y velocidad. Verlo nadar y saltar

sobre la superficie constituía un notable espectáculo y una admiración. Es decir, la observación ya constituía una importante atracción.

El recordado pescador estadounidense Eugenie Marron dijo en 1957:

El deporte de la pesca de altura guarda una fascinación peligrosa que solo tiene un paralelo en otras partes de la vida (...) Desde el día en que comienza la participación, su tiempo, sus pensamientos, su energía y su dinero deben dedicarse a una sola causa consumidora (1957: 7).

El mismo pez espada era amado al verlo cazado y, por sobre todo, colgado en alguna grúa portuaria, donde su cuerpo capturado era exhibido con un fuerte halo de orgullo y éxtasis por su capturador. Todo esto remitía a la erótica del cazador, en cuanto a la "espera y ausencia, deseo y posesión, amor y muerte, riesgo y emoción, temor y placer" (Zulaika, 1992: 110).

De ese modo, la albacora cazada devino en una especie de espectáculo de gloria a través de la exhibición de la muerte de un animal de importante tamaño, un pescado que poseía una talla en otra escala. Desintegrado y fragmentado, este cuerpo llegó a varias mesas de familias pobres. Pero también aquellos cuerpos enteros llegaron al museo neoyorquino para ser estudiados y analizados, para ser exhibidos en sus esqueletos y junto a los moldes que permitieron reconstruir sus fisonomías. En esa condición, la espectacularidad del pescado pasaba por varias estaciones y ciclos.

En aquellos significantes, el pez espada dialoga con la percepción sobre la ballena, la cual, como indica Cristina Brito, durante siglos ha sido vista como monstruosa, grande, aterradora, además, "capturada, útil, valiosa, extraña, extraña y hermosa" (Brito, 2018: 2). Así, el carácter de "curiosidad" también ha despertado estas nociones sobre la espectacularidad, idea también frecuente en las noticias que históricamente han retratado a la especie (Quiroz, 2020: 113).

En la actualidad, el pez espada no ha adquirido aún esa dimensión patrimonializada de los mares, como sí lo ha obtenido la ballena, considerada "embajadora del océano o como icono de conservación marina" (Brito, 2018: 8).



Figura 37. Tipo de anzuelo líder y plantilla de plumas que atrapó varios marlines en 1941. Las siguientes gráficas fueron obtenidas en los muelles salitreros de Tocopilla, espacios donde se conjugaba el embarque de los minerales y se recibían los resultados de las jornadas de caza. (Archivo del autor).

Así, cuando el pescado muerto era resignificado y conjugado entre el ego deportivo, la ciencia y el hambre comunitario, no había cuestionamientos ni fijaciones morales a la actividad de caza. La albacora era un recurso

económico, de ocio y también de espectáculo. De esa manera, la actividad cinegética no cargó, aparentemente, con las etiquetas de crueldad, ni de bestialidad o de saña por parte de estos pescadores. Era el propio espíritu de la época. Salvo la acusación y cuestionamiento a quienes lanzaban dinamitas para capturar peces, pues no seleccionaba taxonómicamente lo que mataba. Era el pescador quien después devolvía "lo que no servía". Dentro de estas polisemias, entre los pescadores artesanales la albacora constituía un pescado que brindaría buenos recursos pecuniarios.

Debido a la etiqueta de prestigio y curiosidad del espectáculo, la comunidad llegaba hasta los muelles tocopillanos y aplaudía estas glorias constructoras de memoria e identidad de un tipo de relación social, ecológica y taxonómica. Al mismo tiempo que la albacora era un plato deseado por sus sabores, ante la escasez y la demanda devino en un plato que no era de acceso popular. Entonces, la solución a gran escala fue distribuir las carnes del pescado donado por los pescadores estadounidenses. Una albacora alcanzaba para todos en los barrios populares y en los numerosos conventillos portuarios. El cazador devenía en *gran hombre* que llevaba una gran mercancía alimentaria.

No obstante, antes de aquellas distribuciones en los barrios y periferias urbanas, la fotografía del gran pescado colgado devino en un dispositivo de archivo de los hechos, y a la vez, en un artefacto de comprobación de las especies cazadas, archivo que tendría que circular y viajar para sus validaciones y certificaciones métricas en la metrópolis organizacional que validaba estos hechos, en los Estados Unidos. La fotografía era el certificado, el testimonio, el hecho en sí mismo reducido a una imagen que activaba los infinitos relatos y las microhistorias etnográficas que conllevaron cada captura. Una foto nunca fue igual a la otra, nunca una fotografía activó las mismas historias. El mar, el puerto, la geografía, las lanchas, la tripulación eran la misma, pero no los relatos, las horas de combate ni las horas de las peripecias y de frustraciones. Finalmente, cada fotografía era sinónimo de una experiencia singular y de una biografía marcada por los hechos de la caza. Desde aquellos archivos fotográficos y reportes escriturales surgieron las múltiples memorias marítimas en aquella porción de la Atacama salitrera y termoelectrificante de la minería de cobre.



Figura 38. Portada del diario Daily News de Nueva York, 25 de septiembre de 1934. (Archivo del autor).

Las fotografías también activaron los viajes y las pulsiones de cierto coleccionismo de imágenes y de escenas que contribuyeron a la creación de contenidos que impulsaron la difusión del deporte y también de la localidad.

Fueron aquellas imágenes impresas dispositivos de memoria y constancias de una acumulación de hechos. Esas mismas imágenes y archivos de prensa son las que hoy nos permiten caracterizar los campos ideológicos, tecnológicos y relacionales que los pescadores movilizaron. La acumulación de retratos estuvo entramada en círculos de especialistas y de actores de elite que hallaron en la pesca deportiva un espacio de garbo en los círculos restringidos de hombres y mujeres. Esas mismas fotografías fueron las constructoras de melancolías que atiborraron museos y principalmente colecciones particulares. Ser albacorero y famoso era un horizonte ontológico.

Sobre las actividades de caza deportiva siempre ha estado en discusión su potencial dimensión sádica. La dimensión del ego es también trascendente toda vez que el animal se considera un ser inferior o un ser sujeto de muerte desde una mirada antropocéntrica. Incluso, está en discusión si acaso es sujeto o no; o bien, si es mero cuerpo autómatas. Al mismo tiempo, la caza ha sido considerada una acción de violencia que, en el marco de la ritualidad y del espectáculo del cuerpo muerto, ensalza la condición de *virilidad*, o las imágenes históricas que derivan en cierta idea de guerrero, de vencedor en tono exaltado (Lanternari, 1983). Frente al ritual, la dimensión de violenta se diluye o se atenúa semánticamente.

En todos estos procesos está la cuestión del *doble estatuto* de la vida de los seres que habitan la Tierra, y también el agua, como en el caso que estudiamos. Doble estatuto que remite a la condición del derecho a vivir y el derecho a morir. ¿Hubo crueldad en la caza de albacora? ¿Los albacoreros reflexionaron sobre la arista de violencia que implicaba su actividad?

El doble estatuto del animal se refiere a una instancia de transformación, de mutación del animal en cuanto a ser amado hacia ser de violencia y peligro. "Cazar para la ciencia", decían recurrentemente los diarios estadounidenses sobre la comisión que Michael Lerner llevó a Tocopilla. Entonces, aquel agente de muerte animal, aquellos cazadores se arrogaban, como en muchos otros casos, la autodefinición de "verdaderos ecologistas en virtud a los trabajos que realiza en pro de la fauna" (Sánchez,

2005: 1), como, por ejemplo, estudiar sus migraciones, alimentación, comportamiento y hábitat. Emergen así “dos fuerzas aparentemente opuestas simultáneamente presentes en una situación, una entidad, un proceso o un acontecimiento determinado” (Harvey, 2014: 17); es, en otras palabras, una instancia de contradicción.

El animal marino deviene en víctima, en ser sacrificial. Para ello se leen semióticamente sus señales “asalvajadas”, se interpretan, se codifican y se procede a matarlo. La admirada espada del pez se vuelve dispositivo de peligro mortal para el humano. Por ello, se construye un rival que, en el marco de su potencia, puede matar al cazador. En el decir del antropólogo italiano Sergio Dalla Bernardina: “La caza, en el plano fantástico, es verdaderamente un proceso de transformación de la víctima/persona en una víctima/cosa: el doble estatuto del animal autoriza a matarlo” (Dalla, 2000: 3). Es decir, se trata de una reificación.

En esa dirección, la muerte por causa de la caza no es mera mecánica, sino que estaría inscrita en lo simbólico, “sería un sucedáneo del homicidio” (Dalla, 2000: 8). Tal como se lo pregunta Joseba Zulaika si acaso la actitud del cazador ante el animal “puede reproducirse ante otros objetos y personas” (1992: 110). En esa dirección, consideramos que la caza vendría siendo una instancia sublimatoria.

La caza ayuda a la teatralidad de aquella fractura ontológica que acusa Dalla. Se aprecia la muerte “mediante el rodeo de una gestualidad deliberadamente desvalorizante” (Dalla, 2000: 4), y se aplican diversas técnicas y rituales mediadores de relación situada en un conflicto, de modo que “el diálogo se funda en el antagonismo” (Ballester, 2017: 96), de dos agentes activos situados disímilmente.

La “víctima” sería parte de una supuesta “anomia” construida por una subjetividad que estimula la captura y la exhibición del cuerpo muerto. Si analizamos el animal interfecto, colgado, sería lo que Dalla llama “un modo de recitar hasta el final el drama de la cosificación” (2000: 4). Entonces, ¿qué sería lo valioso de un cuerpo capturado? El triunfo ante el rasgo común que posee todo animal: su propensión y devoción a la huida. Ver al animal huir o luchar para no ser atrapado sería un espacio para la inculpación. Es en ese momento cuando se produce una “falta

imaginaria susceptible de justificar su gesto vengador" (Dalla, 2000: 8), junto con la necesidad de evocarla públicamente y, con ese acto, obtener prestigio y distinción.

Exhibido públicamente, se espectaculariza la muerte, el cuerpo colgante, con la espada hacia abajo, como muestra simbólica de una inversión de las fuerzas y la confirmación, supuesta, de la jerarquía del humano por sobre el animal. Es confirmar la asimetría. Entonces surge la instancia para archivar y registrar dicha espectacularización, que contiene una fuerte etiqueta de lo inverosímil. Es decir, el archivo se valida por su condición de increíble, por contar y/o mostrar algo casi imposible de lograr. Aun así, la dimensión cadavérica del archivo es evidente.

En aquella escena, la muerte y la crueldad no generan perturbación, es más, *fascinan* públicamente. Surge el deseo de archivar esa muerte y construir memoria, una marca, ojalá destacada internacionalmente. Es una performance que construye la admiración técnica y de fuerza ante un cazador cuya talla es cinco o cuatro veces menos de lo que representa la bestia cazada. Había que hacerlo antes de que se pudriera o antes de fagocitar lo cazado. El registro se desarrollaba, entonces, en un espacio transicional.

A la postre, estos procesos de caza deportiva fueron evidentemente una derivación más de las acciones mineras que se desarrollaban en la provincia salitrera de Tocopilla. Es más, los mismos ingenieros a cargo de la gestión local de las empresas, que tenían sus matrices en los barrios del sur de Manhattan, fueron quienes activaron este proceso. Así, surgió otro modo de extractivismo, esta vez vinculado a un modo pulsional del goce por parte de actores que remitían a una elite socioeconómica foránea. Varios de ellos tenían fuertes injerencias en la localidad minera y portuaria, y además contaban con un sólido capital simbólico y político. Fue entonces que el mar, al igual que el desierto, se compusieron ontológicamente como los espacios ecológicos que activaron las búsquedas, las incursiones, los desafíos del saber y la aplicación de técnicas.

En ambos extractivismos se confirmaron claramente los espíritus aventureros que ampliaron los campos de las experiencias y las modalidades relacionales con el entorno y la comunidad local, los poderes económicos,

el capital cultural y cierto modo de coleccionismo de las riquezas del mar y la tierra. Estas riquezas resolvieron la pulsión con la obtención de prestigio, distinción y reputación.

El ocaso de la pesca deportiva en Tocopilla se debió a la disminución de los viajeros⁴¹. Ya en 1942, la Segunda Guerra Mundial hizo insostenible los desplazamientos en barco por la vulnerabilidad y peligrosidad propia de la beligerancia. Submarinos alemanes que recorrían las costas sudamericanas causaron el hundimiento de 18 barcos brasileños durante julio y agosto de 1942 (Duthel, 2015). En ese tenor, el miedo al viaje marítimo se reprodujo inconmensurablemente. Debemos agregar que, a saber pesar de que el presidente Pedro Aguirre Cerda había logrado la neutralidad⁴², luego de su fallecimiento en noviembre de 1941 la situación varió radicalmente y quedó en manos de su sucesor, el presidente Juan Antonio Ríos, la tarea de hacer frente a los años más duros de la guerra y de soportar las presiones internacionales para que Chile se inmiscuyera, a las que el gobierno se resistía por la carencia de medios defensivos y de la infraestructura aeronáutica requerida (Fernández, 2014: 15).

En ese escenario, la nueva facción de la Armada creada justamente en el contexto de la guerra, el Cuerpo de Defensa de Costa, se vio obligado a redoblar los esfuerzos para dar protección al litoral y de ese modo artillar los puertos por donde se exportaba cobre y salitre, es decir, Antofagasta, Tocopilla, Chañaral (Barquito) y San Antonio.

Otras cautelas fueron el reforzamiento de la vigilancia en establecimientos mineros e industriales de la ciudad, “especialmente en el recinto de la Planta eléctrica perteneciente a la Chile Exploration, depósitos de petróleo y bodegas de salitre, contando para ello, además, con la completa

⁴¹ Sin embargo, en 1951 se constata la presencia de algunos pescadores deportivos, entre ellos Art Hayes, quien cazó un marlín de 330 libras; Scotty Sanders, quien atrapó un marlín de 220 libras y la caza de Bob Fulton, quien se anotó con un pez espada de 524 libras después de una lucha de siete horas.

⁴² El gobierno de Pedro Aguirre Cerda promulgó una serie de decretos para reglamentar el tráfico marítimo de los barcos de los países involucrados en la guerra, y reglamentó el empleo de las radios, la transmisión de los boletines y bandos de información, el racionamiento de combustibles para los distintos navíos y aviones de guerra o de buques mercantes armados, de los correos y telégrafos.

cooperación de los representantes de dichas firmas"⁴³, rubricaba un documento confidencial de la Gobernación de Tocopilla en diciembre de 1941.

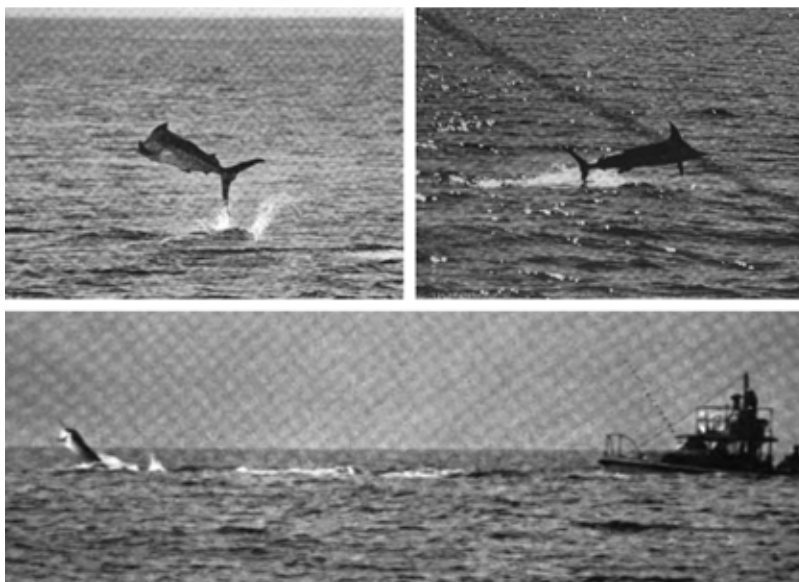


Figura 39. Marlines en plenos saltos sobre la superficie del mar. Abajo, un marlín atrapado por el cebo aplicado por la tripulación de la lancha. Al fondo, la imponente y vertical cordillera de la Costa. (Archivo de K. Farrington, 1942).

En los últimos días de 1941, el capitán de puerto realizó las labores de vigilancia en cada uno de los barcos y el reforzamiento del control de desembarcos y accesos en los muelles. En noviembre de 1942 se decretó finalmente Zona de Emergencia en Tocopilla, por decisión del Ministerio de Defensa Nacional de Chile⁴⁴, lo cual significó una fuerte restricción naviera y el cierre parcial de las fronteras. Se adicionaban los simulacros de ataques aéreos y los apagones nocturnos para impedir los potenciales ataques de los japoneses.

⁴³ Archivo Gobernación de Tocopilla, Confidencial N° 2, 10 de diciembre de 1941.

⁴⁴ Archivo Gobernación de Tocopilla, Oficio N° 2229, Ministerio de Defensa Nacional, 14 de noviembre de 1942.

Los pescadores estadounidenses fueron reemplazados por otros estadounidenses que eran militares, quienes llegaron para resguardar las salitreras y la termoeléctrica.

Desde entonces, las albacoras dejaron de ser cazadas deportivamente. No obstante, gracias a la difusión de los motores, los pescadores artesanales extendieron sus incursiones en el mar y así pudieron aumentar las capturas de albacoras para distribuirlas en la ciudad y también en la pampa.

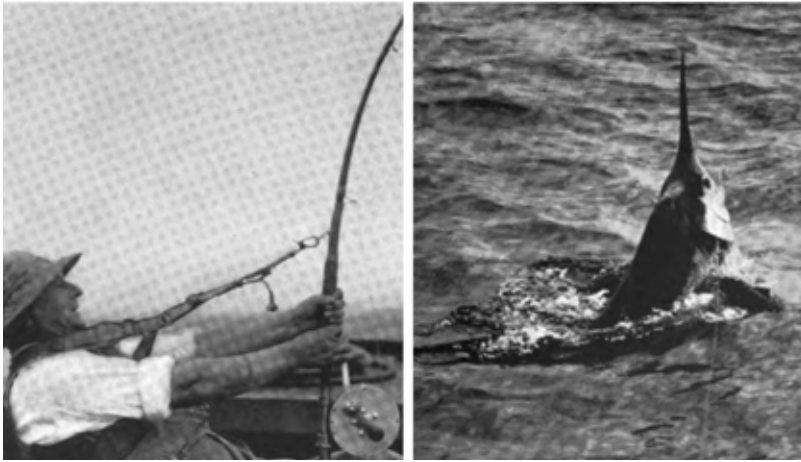


Figura 40. W. E. S. Tucker luchando contra un marlín con una caña que contiene un carrete fabricado en la maestranza de la oficina salitrera María Elena. (Archivo de K. Farrington, 1942).

Finalizada la guerra, Iquique se convirtió en el nuevo centro albacorero, con interés internacional. En aquel puerto se registró un vistoso récord, obtenido por el estadounidense Louis Marron el 7 de mayo de 1953: una albacora de 536 kilos. “La albacora más grande del mundo”, dijeron los iquiqueños. Al mismo tiempo, los tocopillanos decían que “ese pescado era de Tocopilla y que solo fue a Iquique a pasear hasta que lo vio un gringo”⁴⁵.

⁴⁵ Comentarios hilarantes y recurrentes entre los viejos portuarios de Tocopilla.

Por otra parte, los pescadores artesanales no dejaron de operar con las dinamitas para capturar las albacoras. Fue entonces que, en el primer quinquenio de la década de 1940, se denunció que dinamitaban los cardúmenes y albacoras para vender los productos a barcos estadounidenses.

Según el senador Exequiel González Madariaga esta práctica aún se realizaba en 1958. El senador citó en la Cámara un artículo del diario *El Correo* de la ciudad de Valdivia, el cual denunciaba la presencia de buques pesqueros estadounidenses que llegaban a la zona entre Iquique y Taltal para capturar albacoras y atunes. El senador cita:

Hasta hace o más o menos 15 años, los norteamericanos tenían abundancia de estas especies en la Isla Catalina, al sur de California (...) durante los tres últimos lustros, aunque parezca sorprendente, las empresas pesqueras norteamericanas para preservar por un lado las especies de su litoral, y por otro, por la facilidad con que se obtenía y obtiene, preferían venir a buscar nuestras costas. Así como suena: a buscarlo y desde hace 15 años⁴⁶.

De ese modo, gracias al paso de aviones se verificaba la presencia de estos barcos pesqueros trabajando en el mar chileno. Pero también se veía que

los pescadores no hacen otra cosa (...) que llenar sus botes con redadas enormes de atunes o albacoras pescadas con dinamita para venderla a los buques fábricas norteamericanos que venían a recoger su faena en una sola pasada⁴⁷.

Según el senador, los pescadores se "hacían a la mar un día cualquiera sin más aparejos que algunos tiros de dinamita" y cuando avistan un cardumen lo enfrentan lanzando el explosivo: "En menos de un minuto está hecho 'el trabajo', que a fuerza de tira y tira el anzuelo les habría llevado una semana". Después del dinamitazo, se acercaba una lancha motorizada de los

⁴⁶ González, Senado de Chile, Sesión 21ª, 7 de enero de 1958, p. 857.

⁴⁷ *Id.*

estadounidenses para recoger la pesca y les pagaba en dólares a los pescadores chilenos. De ese modo, los pescadores volvían a los muelles con los chinguillos vacíos, pero con los bolsillos llenos con billetes americanos.

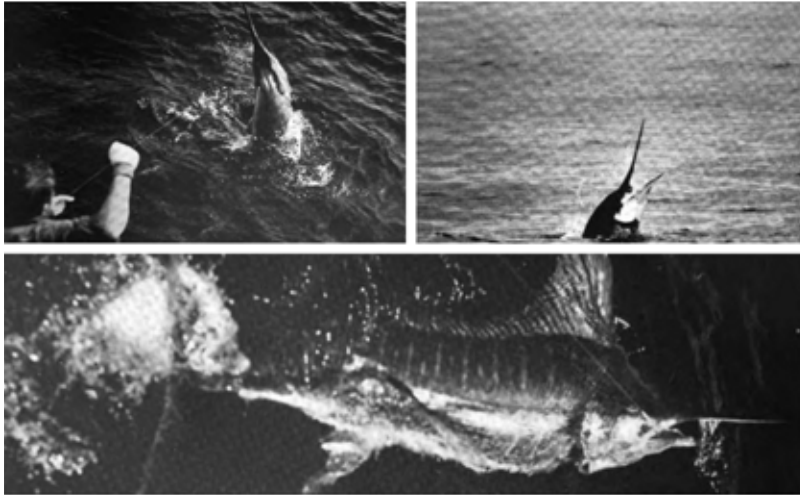


Figura 41. Momento exacto en que un marlín es cazado y se inicia una tensión de varias horas con el *angler*, junio de 1941. (Archivo de K. Farrington, 1942).

Las diversas campañas en los diarios nortinos no hallaron las resonancias en los pescadores con dinamita, quienes eran acusados de establecer relaciones comerciales con barcos piratas.

En ese sentido, la consolidación de la industria pesquera en Tocopilla en la década de 1950 derivó en la merma de las especies marinas. Con ella también llegarían las fuertes pestilencias del proceso de elaboración de harina de pescado, el nefasto *olor a dólar*. Tal como lo enunciaban los empresarios y autoridades políticas para no procesar cambios o mitigaciones de aquellos pestíferos gases. Simultáneo proceso se vivió en Iquique al finalizar la década citada. En el decir del sociólogo iquiqueño Bernardo Guerrero, “albacoras, bonitos, jureles, caballas, pejerreyes y otros peces ya no alimentarían con su generosidad los platos de nuestras casas” (Guerrero, 2 de mayo de 2010: 13).

En el tiempo presente, la carne de las albacoras es más onerosa que la carne de los vacunos que provienen de los lejanos campos sureños del país. A su vez, su imagen gastronómica y sanitaria es cuestionada por ser depositaria de importantes concentraciones de mercurio.

Bahía Algodonales de Tocopilla

Invierno de 2021.

AGRADECIMIENTOS

A Steve Villacorta Rojas por su apoyo en la traducción. A Daniel Quiroz Larrea por su apoyo en la publicación de este libro. A la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural y a todo su equipo que colaboró en la producción de este trabajo. Esta investigación se enmarca dentro de los resultados del proyecto Fondecyt de Iniciación N° 11180932, proyecto que financió una estancia de investigación en Nueva York (septiembre de 2019) permitiéndonos acceder a valiosos libros y archivos hemerográficos. Agradecimientos especiales a mi familia por brindarme siempre los espacios para investigar y escribir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albert, F. (1913). *El problema pesquero en Chile*. Santiago: Imprenta Kosmos.
- Arellano-Escudero, N. (2018). La energía solar industrial en el desierto de Atacama entre 1933 y 1952: investigación, desarrollo y sustentabilidad. *Estudios Atacameños*, 57: 119-140.
- Ballester, B. (2017). La pesca y la caza marina en el desierto de Atacama: Luces conceptuales desde los documentos escritos (siglos XVI-XIX). *CUHSO*, 27 (2): 89-120.
- Barbieri, M.A., Yáñez, L., Ariz, L., González, A. (1990). La pesquería del pez espada: Tendencias y perspectivas. En María Ángela Barbieri (ed.) *Perspectivas de la Actividad Pesquera en Chile*, pp. 196-214. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Barkmeier, J. (1938) *Trading under the laws of Canada*. Washington: Government printing office.
- Brito, C. (2018). Beauties and beasts: whales in Portugal, from Early-Modern monsters to today's flagship species. *Arcadia*, 21, s/p.
- Collao, J. (2001) [1970]. *Historia de Tocopilla*. Tocopilla: Corporación Juan Collao Cerda.
- Contreras, V. (1981). *Campesino y proletario*. Moscú: Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti.
- Dalla, S. (2000). Una persona no completamente como las demás. El animal y su estatuto. *Gazeta de Antropología*, 16 (9): 1-14.
- Duthel, H. (2015). *Opus Dei-iglesia dentro de la Iglesia*. Berlín: Bucher.
- Edge, B. (1941). *Monsters of the Deep*. Los Ángeles: Warner Bros. Pictures, Inc. and The Vitaphone Corporation.
- Ellis, R. (2013). *Swordfish. A biography of the ocean gladiator*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Farrington, K. (1942). *Pacific game fishing*. New York: Coward-McCann, Inc.
- Farrington, C. (1951a) A swordfish and lady. *Art & Decoration*, 54: 16-18.
- (1951b) *Women Can Fish*. New York: Coward-McCann, Inc.
- Fernández, A. (2014). *La aviación en Tocopilla*. Santiago: Dirección General de Aeronáutica Civil de Chile.

- Galaz-Mandakovic, D. (2013) *Migración y biopolítica. Dos escenas del siglo XX tocopillano*. Tocopilla: Retruécanos ediciones.
- Galaz-Mandakovic, D. (2018). De Guggenheim a Ponce. Sistema técnico, capitalismo y familias en el extenso ciclo de los nitratos en El Toco y Tocopilla (1924-2015). *Revista Chilena de Antropología*, 37: 108-130.
- (2019a). *Movimientos, tensiones y luces. Historias tocopillanas*. Tocopilla: Ediciones Bahía Algodonales.
- (2019b) Luces yugoslavas para el oscuro puerto de Tocopilla. De la innovación a la obsolescencia (1914-1942). *Taltalia*, 12: 117-133.
- (2020a). *The Guggenheim process*. Innovaciones y contrapuntos de un sistema técnico y de transporte en la industria del salitre en el Departamento de Tocopilla (Chile, 1926-1949). *Revista de Historia*, 27 (2): 175-209.
- (2020b). Una transformación urbana en la costa del Desierto de Atacama desde 1929: derivaciones de las visitas del presidente Carlos Ibáñez y los urbanistas Karl Brunner y Luis Muñoz Maluschka a Tocopilla, Chile. *Revista de urbanismo*, 43: 168-186.
- Galaz-Mandakovic, D. y Moraga, J. (2021). Migración china en Tocopilla. Transformaciones internas y heterogeneidad relacional. *Rumbos TS*, 24: 85-128.
- Galaz-Mandakovic, D. y Owen, E. (2015). *Hermanos Latrille: impronta en el desierto*. Tocopilla: Retruécanos ediciones.
- Godelier, M. (1996). *L'enigme du don*. Paris: Librairie Fayard/Flammarion.
- Guerrero, B. (2010). Albacora. *La Estrella de Iquique*, 2 de mayo de 2010, p. A-13.
- Hanson, E. (1950). *The New World Guides to the Latin American Republics*. New York: Sloan and Pearce.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo*. Quito: Editorial IAEN.
- La Monte, F. (1940). West Coast. Natural History. *The Magazine of The American Museum of Natural History*, XLVI: 276-283.
- Lanternari, V. (1983). *La grande festa. Vita rituale e sistemi di produzione della società tradizionali*. Bari: Dedalo.
- Mac-Donald, A. (2017 [1940]). *Trout Fishing in Chilean Rivers: A Concise Survey*. USA: Ian Ruxton.
- Major, H. (1936). His Majesty. The Swordfish. *Motorboating*, LVII, 7: 32-35.
- (1947). *Basic fishing, from the worm to the fly*. New York: Unk & Wagnalls.

- (1952). *Fishing Behind the Eight Ball*. New York: Stackpole.
- (1957). *La pesca en los trópicos*. Barcelona: Hispano Europea.
- Marron, E. (1957). *The Search for the Giant Broadbill*. New York: Random House.
- Mauss, M. (2008). Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. En *Sociologie et anthropologie*, pp. 145-284. Paris: PUF,
- Menke, F. (1950). *All-sports Record Book*. New York: A.S. Bernes & Co.
- Moreno, J. (1879). *Compendio de jeografía de Bolivia*. La Paz: Sociedad de Instrucción Primaria de Bolivia.
- Neruda, P. (1950). *Canto General*. México: América.
- Paul, E. (1945). *I'll hate myself in the morning and Summer in December*. New York: Random House.
- Quiroz, D. (2020). Sobre monstruos y mercancías: El "espectáculo" de las ballenas en la segunda mitad del siglo XIX en el Sur de Chile. *Chungará*, 52 (1): 113-131.
- Reyes, S. (1960). Los mares de Chile y la Antártida. *Anales de la Universidad de Chile*, 118: 210-215.
- Rothery, A. (1930). *South America; the west coast and the east*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Rubio-Ardanaz, J. (2003). La antropología de la pesca, campo y oportunidades para la investigación antropológica: perspectivas desde el formalismo, sustantivismo y materialismo. *Zainak*, 5: 237-257.
- Sánchez, R. (2007). Percepción y rentabilidad cinegética: la hipótesis del "verdadero ecologista". *Periferia*, 7 (2): 1-21.
- Saura, S. (1880) El mar. Sus pobladores, sus dominios, sus tesoros y maravillas. Capítulo XXXI: Los peces. *El Mundo Ilustrado*, 59: 314-344.
- Schmidt, L. (1929). Discurso del señor Ministro de Fomento don Luis Schmidt. *Anales de la Universidad de Chile*, 7: 335-344.
- SONAMI (Sociedad Nacional de Minería). 1941. Compañía Salitrera Anglo Chilena (ex Anglo Chilean Consolidate Nitrate Corporation). *Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería*, 500: 1257-1258.
- The International Game Fish Association (2009). *The IGFA Fishing Hall of Fame*. <https://igfa.org>
- Tucker, W. E. S. (1948) Cuarto torneo internacional de pesca del atún realizado en Wedgeport, Canadá. *Mar*, 125: 30-36.

- Valenti, P. (2002) *Understanding The Old Man and the Sea: A Student Casebook to Issues, Sources, and Historical Documents*. London: Greenwood Publishing Group.
- Valenzuela, R. (1919) Chuquicamata planta. *Pacífico Magazine*, XIV (82): 407-413
- Van Kessel, J. (1986). *Diccionario de pesa artesanal del Norte Grande de Chile*. Iquique: Centro de Investigaciones de la Realidad del Norte.
- Weidner, D. M. & J. A. Serrano (1997). *World Swordfish Fisheries: an analysis of swordfish fisheries, market trends, and trade patterns past-present-future. Volume IV. Latin America, Part A: South America, Section 1: Pacific, Segment B: Chile*. Silver Spring, MD: National Oceanic and Atmospheric Administration.
- Yáñez R., E.; Silva, C.; Barbieri, M.; Nieto, K. (1996). Pesquería artesanal de pez espada y temperatura superficial del mar registrada con satélites NOAA en Chile central. *Investigaciones marinas*, 24: 131-144.
- Zulaika, J. (1992). *Caza, símbolo y eros*. San Sebastián: NEREA.

Revistas y magazines

- Art & Decoration*, Vol. 54, USA, 1941.
- Chilean Gazette*, Vol. 1, N°3, USA, octubre de 1942.
- Chilean Gazette*, Vol. 2, N° 9, USA, junio de 1943.
- Country Life*. USA, diciembre de 1936.
- Motor boarding*, Vol. 57, N° 1, USA, febrero de 1936.
- Motor Boating*, Vol. 161, N°3, USA, 1988.
- Motor Boating*, Vol. LXIX, N° 2, USA, febrero de 1942.
- Popular Mechanics*, Vol. 77, N°2. USA, febrero de 1942.
- The Rotarian*, Vol. XLVIII, N°5, USA, mayo de 1939.
- Algo*, año III, N° 112, Barcelona, España, 20 de junio de 1931.
- The American Legion Magazine*, Vol. 48, N° 2. USA, febrero de 1950.
- Los Muchachos*, Madrid, España, 16 de noviembre de 1916.

Diarios

- Alton Evening Telegraph*, Illinois, Estados Unidos.
- hattanooga Daily Times*, Chattanooga, Tennessee, Estados Unidos.
- Courier Post*, Camden, New Jersey, Estados Unidos.

Daily Independent Journal, San Rafael, California, Estados Unidos.
Daily News, New York, Estados Unidos.
Detroit Free Press, Detroit, Michigan, Estados Unidos.
Dixon Evening Telegraph, Illinois, Estados Unidos.
El Abecé, Antofagasta, Chile.
El Bien Público, Mahón, España.
Honolulu Star-Bulletin, Hawaii, Estados Unidos.
La Nación, Santiago, Chile.
La Opinión, Tocopilla, Chile.
La Prensa, Tocopilla, Chile.
Scarsdale Inquirer, Scarsdale, New York, Estados Unidos.
Tampa Bay Times, St. Petersburg, Florida, Estados Unidos.
The Akron Beacon Journal, Akron, Ohio, Estados Unidos.
The Birmingham News, Birmingham, Alabama, Estados Unidos.
Boston Globe, Boston, Estados Unidos.
The Evening Star, Washington, Estados Unidos.
The Gazette, Montreal, Canadá.
The Key West Citizen, Florida, Estados Unidos.
The London Gazette (Supplement), Londres, Inglaterra.
The Mansfield News Journal, Mansfield, Ohio, Estados Unidos.
The Miami Herald, Florida, Estados Unidos.
The Miami News, Florida, Estados Unidos.
The New York Times, New York, Estados Unidos.
The Philadelphia Inquirer, Philadelphia, Pennsylvania, Estados Unidos.
The San Francisco Examiner, San Francisco, California, Estados Unidos.
The Sunday, Washington, Estados Unidos.
Tierra Vasca, Bilbao, España.
Wilmington Daily Press Journal, California, Estados Unidos.

Archivos

Chronicling America, Historic American newspapers, USA.
Historical Newspapers Hudson River Valley Heritage, Southeastern New York
Library Resources Council, USA.

International Game Fish Association, Fishing Hall of Fame, USA.

Newspaper Library The New York Public Library, USA.

Cámara de Congreso de Chile.

Gobernación Provincial de Tocopilla, Chile.

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de trescientos ejemplares, en el mes de agosto de 2021
en Andros Impresores.
Santiago de Chile.

